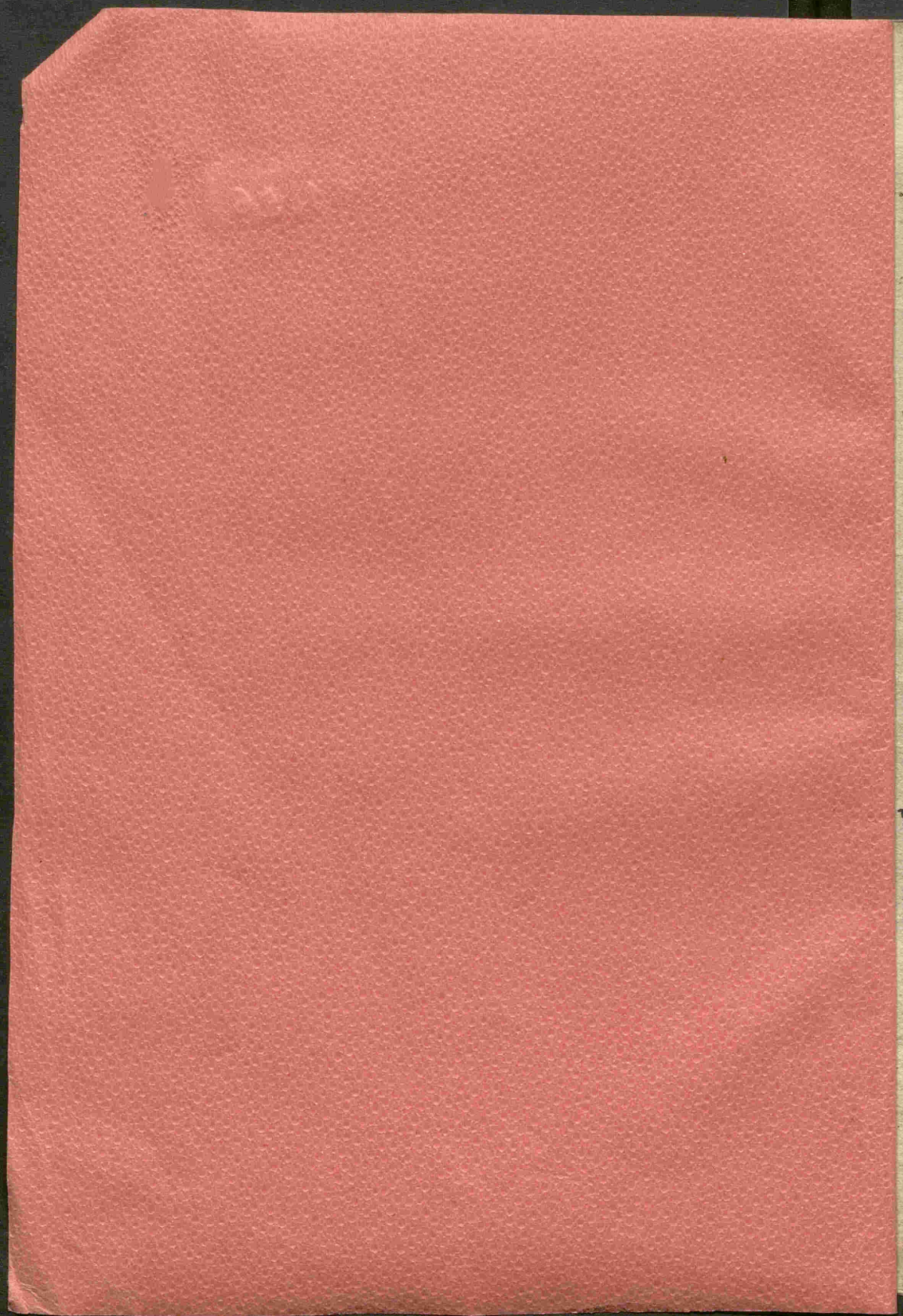


F.A.  
F-315







0265337 000 002

*i Raro!*

APENDICE

~~15~~ RESC/563

~~2189~~

F A F 315

A

LA SENTENCIA PRONUNCIADA

EN 11 DE MAYO DE 1825

POR

LA AUDIENCIA DE SEVILLA

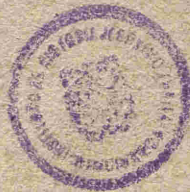
CONTRA

SESENTA Y TRES DIPUTADOS DE LAS CÓRTESES DE  
1822 Y 1823.

POR

DON AGUSTIN DE ARGÜELLES,

UNO DE LOS COMPRENDIDOS EN LA SENTENCIA.



LONDRES:  
EN LA IMPRENTA DE CARLOS WOOD É HIJO,  
POPPIN'S COURT, FLEET STREET.

1834.



Si, cum ceteri de nobis silent, non etiam nosmetipsi tacemus, grave: sed si lædimur, si accusamur, si in invidiam vocamur, profecto conceditis, ut nobis libertatem retinere liceat, si minus liceat dignitatem. Accusati sunt uno nomine consulares, ut jam videatur honoris amplissimi nomen plus invidiæ quam dignitatis afferre.

*Cicero, oratio, pro P. Sulla, cap. 29.*

Non fuit igitur illud iudicium, iudicii simile; in quo non modus est adhibitus, non mos, consuetudoque servata, non causa defensa. Vis illa fuit, ruina quædam, atque tempestas, et quidvis potius, quàm iudicium, aut disceptatio, aut quæstio.

*Pro A. Cluentio Avito, cap. 35.*



## ADVERTENCIA.

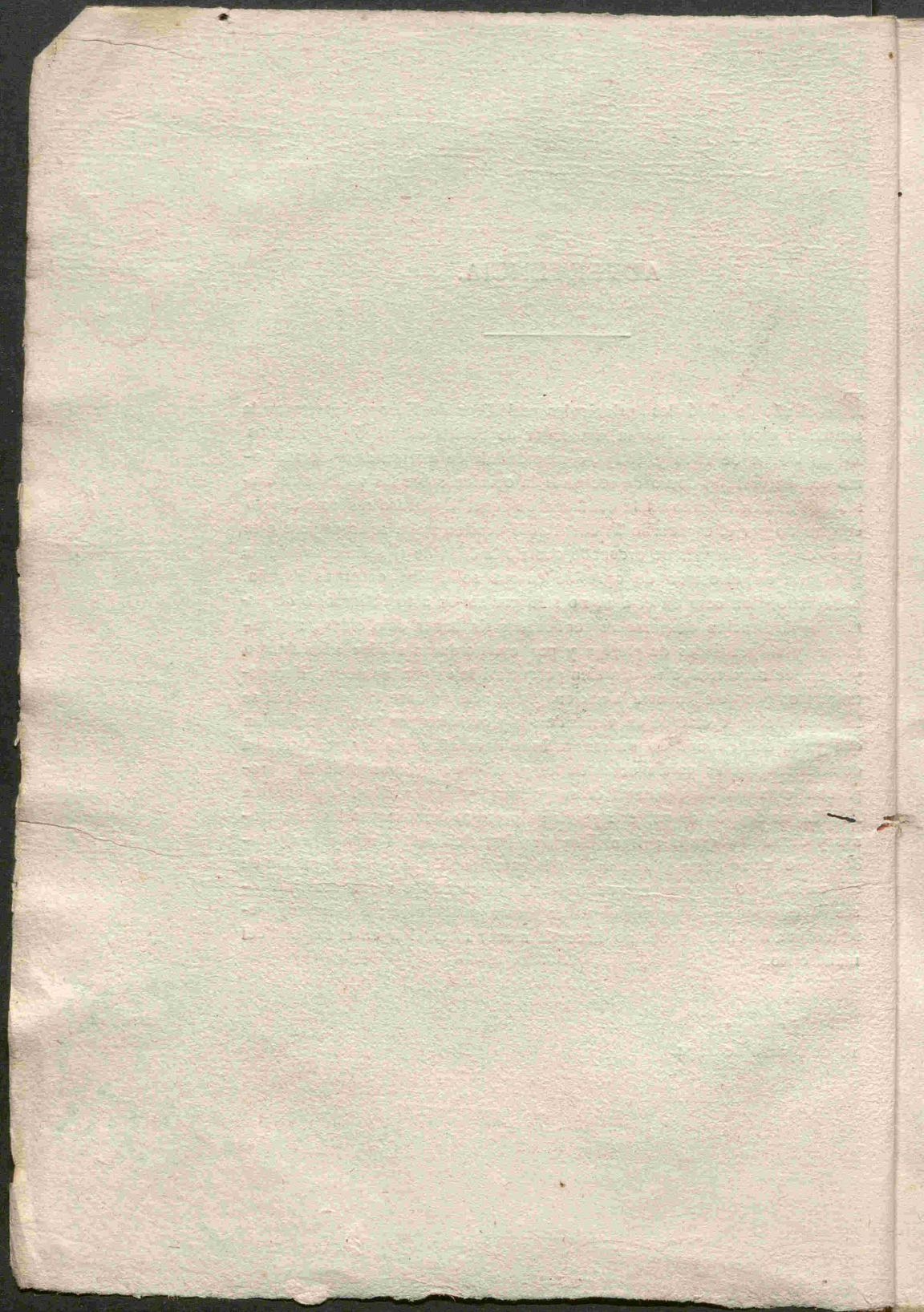
---

EN el año de 1826 los principales periódicos de Europa insertaron la sentencia pronunciada por la Audiencia de Sevilla contra 63 Diputados de las Cortes de 1822 y 1823, comentándola de diferentes maneras. Como era natural, el deseo de rectificar la opinion sobre las verdaderas causas que habian influido en la conducta de aquel Congreso respecto al acto condenado por el espresado Tribunal, dió ocasion á que se estendiese este escrito; pero despues de ordenado ocurrió la duda de si seria conveniente publicarle en el estado de opresion en que se hallaba entonces España. Esta indecision cesa en el dia, no solo por ser un acto obligatorio de justicia la vindicacion de personas condenadas sin haber sido oidas, maltratadas, y vilipendiadas de palabra y por escrito durante diez años dentro y fuera de su patria, sino tambien porque así lo exigen las nuevas circunstancias en que se encuentra la nacion. Desgraciadamente la guerra civil se halla de hecho declarada en varias de sus provincias por la misma faccion que ya la habia inundado en sangre hace doce años. La funesta doctrina de *intervencion* es para muchos de los principales Soberanos de la Europa una maxima fundamental de su política, y para aplicarla de nuevo á España no dejarán de volver á servir de pretesto como antes las disensiones y disturbios que la agitan. Una manifestacion de los medios empleados desde 1820 hasta 1823, unida á la esperiencia que tiene la nacion de sus efectos, no puede menos de ilustrarla acerca de sus verdaderos intereses. A este fin se dirige principalmente esta publicacion; habiéndose preferido por muchas razones no hacer la menor alteracion en el original del manuscrito.

LONDRES,

16 de Marzo de 1834.







## INTRODUCCION.

---

**P**OR auto de la Audiencia de Sevilla de 11 de mayo de 1825, se condena en ausencia y rebeldía en la pena ordinaria de muerte, en las costas y á que sus bienes sean aplicados al Real Fisco, á 63 diputados que se pretende ser los únicos que votaron, en la sesion de Córtes de 11 de junio de 1823, en aquella ciudad la destitucion del Rey y nombramiento de una Regencia.

El prestigio que lleva consigo la decision ó fallo de un tribunal en que se supone autoridad competente, y, cuando menos, aquella libertad é independencia sin que no es dado á hombres proceder con rectitud, sorprende de tal modo el ánimo de los que leen ú oyen hablar de una sentencia, que sin mas exámen la consideran justa, y la veneran como infalible. Sin embargo, en el caso presente basta la simple lectura del auto de la Audiencia de Sevilla para descubrir las monstruosas nulidades de que adolece una declaracion judicial que, no porque se disminuya arbitrariamente el número de aquellos sobre quienes se hace recaer sus efectos, deja ni dejará nunca de ser una sentencia de pena capital contra el cuerpo representativo de la nacion. De aquí la obvia duda de si la autoridad que pronunció el fallo era ó no competente.

Del mismo modo, á la mera inspeccion de aquel auto resalta la iniquidad de dar efecto retroactivo á decretos sanguinarios á fin de justificar una pena atroz, y que ademas irroga la mayor infamia y trasciende á las familias inocentes. El acto de las Córtes á que alude la sentencia tuvo lugar el 11 de junio de 1823, y el decreto que ésta cita como para fundar su decision se publicó en primero de mayo de 1824; esto es, siete meses despues de perpetrado el supuesto crimen.

Segun los principios de jurisprudencia, no solo de España sino del mundo civilizado, la audiencia de Sevilla no podia proceder sino con arreglo á leyes vigentes en el reino al tiempo en que tomaron las Córtes aquella resolucion. Si estas leyes la autorizaban para calificarla del modo que lo hace, como no lo espresa claramente, y no que en vez de este curso natural y único que seria legítimo, declara que los diputados que condena están



comprendidos en la excepcion duodécima del Real decreto de Amnistía del 1º de mayo de 1824. ¿Y entonces, es este decreto de amnistía el fundamento de la condenacion á muerte, ó bien otro decreto anterior que se cita en la excepcion duodécima? Y si lo era en realidad ¿como la Audiencia no hechaba de ver que aquel decreto, siendo doce dias posterior á la resolucion de las Córtes, no podia menos de producir tambien efecto retroactivo? Además, un tribunal que presumia de justificacion y rectitud podia no examinar antes el origen del decreto en que se apoyaba? Era competente para proscribir á las Córtes una Regencia nombrada por el duque de Angulema? Desde cuando el invasor extranjero adquiere autoridad soberana para sí y para delegarla á otro sobre el pais que temporalmente ocupa y oprime con la fuerza de las armas? Si de la escandalosa usurpacion del invasor pasó la audiencia de Sevilla al modo de ejercer autoridad la Regencia de Madrid ¿en que leyes de España, en que principios y máximas de jurisprudencia nacional, en que prácticas, usos ó costumbres posteriores á la era de los Vandalos y de los Árabes halló que fuese obligatorio un decreto tan bárbaro como el que decia en su artículo 3.º? — «Todos los diputados á Córtes que han tenido parte en la deliberacion en que se ha resuelto la destitucion del Rey N. S. quedan por *este solo hecho* declarados reos de lesa magestad, y los tribunales, les aplicarán *sin mas diligencias que el reconocimiento de la persona*, la pena señalada por las leyes á esta clase de crimen »

Si de aqui este tribunal dirigia la atención al pretendido cuerpo del delito, por ventura el acto de las Córtes era un hecho aislado que procedia solo de sí mismo, es decir, un efecto sin causa? En que se fundó la Audiencia de Sevilla, en que los autores y colaboradores del decreto de amnistía, y en fin en que la Regencia del duque de Angulema para separar aquel acto de otros de que se derivaba; para romper su íntimo enlace con los grandes sucesos que le precedieron, y sin cuyo exámen no seria nunca, no se diga justo, no se diga político, pero ni posible declarar la criminalidad que se le quiso atribuir? Que, bastan en materia tan grave y de tanta trascendencia; en acontecimientos respecto de los cuales en todas las épocas de la monarquía en que la fuerza y la violencia no se subrogaron á las leyes y á la conveniencia pública, se procedió para calificarlos con la mayor circunspeccion y prudencia, bastan acaso decisiones de Camarillas y juntas de cortesanos para alterar, para obscurecer, para desfigurar y trastornar segun la fantasia y capricho de hombres de faccion y bandera hechos públicos y auténticos, propiedad ya de la posteridad y de la historia?

La resolucion de las Córtes en Sevilla no pierde su verdadero carácter porque se haya presentado arbitrariamente como acuerdo de solo sesenta y tres individuos particulares y aislados. Aquel acto lo fue del cuerpo re-



representativo de la nacion. La responsabilidad en el desempeño de las funciones parlamentarias que puede ser compatible con el sistema representativo bajo cualquiera forma de gobierno no puede sujetar á las Cortes de 1822 y 23 á la competencia de los que hasta hoy se han arrogado el derecho de residenciarlas. Este derecho es, y no puede menos de ser exclusivamente de la nacion, estando en libertad para ejercerle sin coaccion ni violencia. Cuando llegue este caso y quisiere pedirles cuenta de su encargo segun las formalidades establecidas con anterioridad por la ley, ó si ésta no existiere, ó no estuviere espresa, por los medios que se consideren mas análogos á la institucion representativa, entonces será cuando el juicio que se pronuncie podrá ser competente, justo y legitimo.

En el entretanto, el auto de la Audiencia de Sevilla de 11 de mayo de 1825, la excepcion duodécima de la amnistía que se cita en él y el decreto de la Regencia de Madrid, vil satélite de los estrangeros que oprimieron á la nacion, no son, ni pueden ser mas que el dictámen individual y privado de los que concurrieron, ó tuvieron parte en semejantes declaraciones. Por tanto, no son estas declaraciones las que pueden despojar á los que en ellas aparecen prosritos de la buena fama y opinion de lealtad y honradez que hubiesen merecido antes en su patria. Otros son los jueces á cuya competencia y rectitud corresponde pronunciar en esta gran causa; en la cual ciertamente no es solo el interés personal de sesenta y tres individuos el que reclama una decision imparcial y justa. Por si pudiese contribuir á que esta se consiga algun dia se aventuran estas reflexiones, en las cuales se procede con la intencion mas pura, sin ánimo de perjudicar á nadie en el mismo derecho; y sin que cualquiera alegacion, omision ó error en que involuntariamente se incurra, deba acarrear responsabilidad de ninguna especie mas que al que publica este escrito.

Lóndres 21 de abril de 1827.







Si para dominar un país lo mejor es destruirle\*, con todo, esta horrible máxima aun no habia llegado á su complemento hasta la invasion de España en 1823 decretada con premeditacion por una liga de Soberanos que se dió asimismo el título de *Santa Alianza*. La mision de ejecutar esta atrocidad la aceptó ufano Luis XVIII, Príncipe á cuya restauracion no poco contribuyeron los esfuerzos de esta nacion generosa que ya en el siglo anterior habia dado preferencia á su familia sobre otras que tenian mejor derecho y no podian ser contrarias á su independencia y sus verdaderos intereses.

Para cohonestar tan inicua invasion fue preciso suponer que una reforma provocada por la usurpacion de un conquistador, y por tanto justa en su origen, noble en su objeto y conducida con la mas consumada prudencia habia sido una revolucion voluntaria, sangrienta y acompañada de las mayores violencias, dirigida solo á trastornar las leyes, las instituciones y todo el orden social que existia en la nacion desde siglos. Alteracion de los hechos mas públicos; omision de las circunstancias mas esenciales y mas características; imposturas, calumnias bajo el aspecto mas odioso y repugnante, á nada se ha perdonado hasta aquí para dar colorido de razon á las resoluciones del Congreso de Verona; á la irrupcion del duque de Angulema; á la ocupacion de un ejército opresor que ni venció, ni pudo vencer, puesto

\* Quando quelli stati, che s'acquistano como e detto, sono consueti a vivere con loro leggi ed in liberta, a volergli tenere ci sono tre modi: il primo e rovinargli.--*Machiavelli, del Principe, cap. V.*



que para no correr los riesgos de la guerra desarmó á sus adversarios, valiéndose de estratagemas antimilitares.

Se pretendió justificar toda esta obra de iniquidad con las alegaciones tan calumniosas como absurdas del decreto espedido en Valencia el 4 de Mayo de 1814; y asimismo con suponer que el restablecimiento de la Constitucion en 1820 no tuvo otro fundamento que la rebellion militar de un pequeño número de tropas en un rincón de Andalucía. Lo estenso del primero de estos períodos obliga á abandonar por ahora toda idea de examinar una cuestion tan grave, tan complicada, de interes nacional tan eminente; limitando este escrito á la segunda época en la parte que puede conducir al conocimiento de las verdaderas causas, que influyeron en la conducta de las Cortes desde 11 de Enero de 1823 hasta 11 de Junio del mismo año, respecto á que admite otra brevedad, sin que por eso se disminuya su importancia. Al mismo tiempo es forzoso reconocer cuan costoso es este sacrificio, pues sin duda ninguna privará á estas reflexiones del peso que les daría el exámen histórico de la reforma constitucional de que trahe origen, en donde estriba y se afianza todo raciocinio que pueda emplearse en cuestiones enlazadas con aquel ilustre y patriótico esfuerzo.

Trastornado en 1814 el gobierno representativo; establecido en su lugar el régimen absoluto y despótico como no se habia visto en ninguna de las épocas mas calamitosas de la monarquía; quebrantada la nacion con los esfuerzos y desgracias de seis años continuos de una lucha atroz y devastadora, los españoles fueron sorprendidos con un atentado que no les dejó otra alternativa que la de someterse por el momento, ó entrar nuevamente en una contienda todavía mas cruel como lo es.



siempre toda guerra civil. Para no atormentar la sensibilidad de los corazones generosos bastará decir ahora que la nacion esperó seis años el cumplimiento de una promesa solemne, cuyo prestigio tanto contribuyó á que hubiese tolerado la usurpacion y despojo de sus derechos.

Mientras se desplegaban en la desventurada península las funestas consecuencias de aquel trastorno, el congreso de Viena fundaba un nuevo derecho público para las naciones sometidas antes al sistema continental de Bonaparte; y despues de formar con el título de *Santa Alianza* una asociacion conservadora de lo establecido en aquel congreso, fueron invitados á reunirse á ella los gobiernos que no habian hecho pleito homenaje á aquel soberbio conquistador. El Rey de España accedió á la *santa* liga, y desde aquel momento quedó incorporado en la confederacion de soberanos que dió principio á esta nueva era. Bajo de este aspecto es evidente que Fernando VII, como administrador de un estado poderoso, no podia menos de llamar la atencion de los Príncipes sus asociados, no fuera que comprometiese la estabilidad de una alianza de que ya formaba parte.

En vano se bubiera pretendido creer que España estaba verdaderamente sumisa; que obedecia con gusto el nuevo régimen que el Rey habia establecido á su vuelta de Francia. Ilusiones de esta naturaleza no podian preocupar el ánimo de Soberanos que presumian haberlo previsto todo, que segun su propia frase, habian rescatado la civilizacion de la furia de las revoluciones. En España aparecian continuamente síntomas evidentes de una convulsion política y muy proxima, que desmentian la pretendida tranquilidad y bienandanza que preconizaban sus opresores. Este fenómeno era tanto mas digno de atencion cuanto no existian las causas á que se hu-



biera querido atribuir. Una persecucion sin límites que envolvió á todas las clases del estado no podia menos de haber segregado de la nacion las impurezas que la hubiesen contaminado anteriormente. En realidad, los revolucionarios habian desaparecido, pues todos los que pudieran merecer esta denominacion se hallaban arrojados de la sociedad en virtud de una muerte civil é ignominiosa.

Sin embargo habia otros y no en pequeño número, que sin pertenecer á la infamada categoria podian ser objeto de la observacion y vigilancia de los *santos* aliados, sin que en ello estos soberanos comprometieran su dignidad y decoro. Eran aquellos los mismos que en 1814, apoyaron incautamente el trastorno de la Constitucion, confiados en la promesa de 4 de Mayo desde Valéncia. Nada importaba tanto como quitarles el pretesto de quejarse, si es que no se podia reconocer derecho en súbditos del estado, de que se les hubiese faltado á una palabra empeñada con solemnidad, y en medio de una crisis que pocos conocen aun en toda su estension. El egército nacional de aquella época regenerado á la sombra de las reformas constitucionales, bajo cuyos auspicios restableció y mejoró su organizacion, su disciplina, y su antiguo espíritu militar, á cuyo influjo debió haber elevado su fuerza al inconcevable número de ciento noventa y dos mil hombres de tropas de línea, veteranas y aguerridas, y con el cual durante el imperio de la constitucion renovó para su patria las glorias de Pavía y San Quintín, entrando victorioso en el territorio enemigo, este egército reclamaba, por no decir mas, toda la consideracion de los que lograron su apoyo para mantener en España el sistema de gobierno que se intentaba consolidar en todas partes por la confederacion europea. Este egército sostuvo el decreto de 4 de Mayo de 1814 porque



á lo menos contenia una declaracion esplicita en que se le ofrecia á él y á su desventurada patria un régimen que compensase á ambos sus inmensos sacrificios. La *santa* liga no podia desentenderse de aquella promesa, pues á ella y no á otras causas sabia bien que Fernando VII, debió la sumision de todos sus dominios. Como conservadora del orden europeo que ella misma acababa de establecer no podia consentir que un Príncipe, miembro ya de su asociacion, descuidase del modo que lo hacia el cumplimiento de aquella oferta, y se espusiese á quejas, á reclamaciones que cada dia habian de ser mas peligrosas. La independenciam del comprometido Príncipe no podia servir de obstáculo á los saludables consejos, y si estos no alcanzasen, ál irresistible influjo de vigorosas amonestaciones de parte de sus coasociados, porque les iba á todos ellos, no tanto la felicidad de sus súbditos, como la tranquilidad de sus reinos, y con ella la estabilidad de sus mismos tronos. Alterada una vez esta tranquilidad en alguna parte no era posible evitar que las demas se resintiesen.

Los fundadores de la *Santa Alianza* al anunciar al mundo la confederacion de familia que habia de velar en adelante sobre la conservacion de su *legitimidad* no echaron de ver que daban el ejemplo para que se formase otra confederacion protectora de intereses que no incluyó, ni de que hizo mencion siquiera el acta federal de aquella liga. Todos los pueblos que en Europa contribuyeron á la ruina de Napoleon Bonaparte recibieron de sus Príncipes promesas mas ó menos esplicitas de grandes retribuciones. El funesto olvido en que fueron cayendo sucesivamente todas ellas era forzoso que escitase en las naciones vivos deseos de precaverse contra los fatales efectos del abandono en que se hallaban sus intereses. Empero esta confederacion de pueblos, ó naciones en



defensa de lo que habian rescatado para sí en la restauracion universal, no se redujo ni era necesario que se redujese á escritura pública; que se solemnizase en reuniones numerosas; que se revistiese de las fórmulas y aparato cancelleresco de dietas y congresos. Su naturaleza era mas humilde; su carácter menos ostentoso; no requeria conferencias diplomáticas; no habia menester correspondencias públicas ni secretas, agentes acreditados ó encubiertos, mensajeros ilustres, ó clandestinos. Desde entonces existe y se propaga á despecho de la mas suspicaz y vigilante policía, de restricciones y censuras previas; no le sirve de obstáculo la maravillosa diversidad del dialecto humano, ni la diferencia de hábitos, de costumbres, de creencias y demas variedades que constituyen en estados separados la gran familia del que se llama mundo civilizado. Sus relaciones son tanto mas íntimas, mas inmediatas, mas constantes cuanto se hallan fuera del alcance material de los que aspiran á destruirlas. En suma, esta inmensa y formidable liga tiene por fundamento el orden moral de la sociedad humana; su autoridad, su imperio y su influencia se estienden á todas partes; son irresistibles, porque su fuerza es intelectual y su poder tiene cierto resábido de divinidad.

Asi es que ya el acto de ingratitud y de injusticia cometido en España en 1814 echó los fundamentos sobre que habia de formarse, atendiendo á que este acto escandalizó del mismo modo en los helados climas de Moscovia que en las templadas orillas del Rodano y del Adriatico. En vano lo disimularon los Príncipes, aliados entonces contra Bonaparte; en vano se regocijaron en su corazon de que hubiese aquel arrojado un éxito que ellos mismos no se atrevian á esperar todavía; en vano aparentaron atribuir á causas diferentes el efecto de una sorpresa que revelará la historia con todas sus circunstancias. Las



glorias y triunfos que para desgracia de la presente generacion perturbaron el juicio á los que en el Congreso de Viena creyeron tener en sus manos la suerte futura de la Europa, tal vez en su arrogancia del género humano, no los absolverán para con la posteridad por haber preparado con sus insignes desaciertos la espantosa convulsion que amenaza trastornar el órden establecido hoy en todas las naciones.

Seis años iban consumidos entre lágrimas y desolacion en España, confiando siempre esta nacion generosa en el cumplimiento de lo prometido, cuando desvenecidas hasta las mas remotas esperanzas, con tan frecuentes desengaños, los ánimos se exasperaron; el sufrimiento llegó á su colmo; los síntomas que lo anunciaban se repetian de continuo, sin que lo desconociesen mas que los que se obstinaban en despreciarlo todo, adormecidos no se sabe con que funesta seguridad. Por fin, en el mes de enero de 1820 algunos cuerpos del ejército destinado á ultramar proclamaron en la isla de Leon el restablecimiento de las instituciones que les habian proporcionado tantos triunfos. Seis años de amarga experiencia los habian convencido que sin la proteccion de aquellas instituciones hasta su gloria militar acabaria de marchitarse. El número de estos cuerpos, apesar de su heróica resolucion y su denuedo, era tan poco adecuado para la empresa, que al fin no hubiera dejado de sucumbir á no haber hallado desde el primer momento una poderosa diversion en la simpatía nacional, y poco despues en la abierta cooperacion de todas las provincias. El dia 7 de marzo el gobierno tuvo que ceder á la fuerza de las circunstancias, y en el 9 inmediato el Rey prestó juramento á la Constitucion, para ratificarle despues solemnemente en las Córtes que debian convocarse. La nacion recibió esta promesa como prenda segura de su cumplimiento, y de que con ella alcanzaria



las recompensas que le eran debidas por sus anteriores sacrificios.

Comunicado este acontecimiento á las cortes extranjeras, las de Austria, Berlin, Londres y Paris contestaron con espresiones de mera urbanidad; pudiendo servir como ejemplo la respuesta del gabinete de las Tullerias. »Su M. Cristianisima,» decia, »desea que la resolucion »del Rey de España de restablecer la constitucion asegure »la felicidad personal de S. M. y de su Real familia, y »la prosperidad de la monarquía que la Providencia le »ha confiado.» La contestacion de la corte de San Petersburgo, ni fue tan pronta como la de los otros Sobervanos, ni estaba concebida en el mismo estilo. Esto no debe estrañarse de un gabinete que se hallaba en situacion embarazosa para el caso. El Emperador Alejandro espontaneamente habia hecho insertar en el tratado celebrado con la Regencia de España en 1812, y ratificado por las Cortes extraordinarias un artículo en que espresamente decia. »Artículo 3: S. M. el Emperador de todas »las Rusias reconoce por legítimas las Cortes generales »y extraordinarias reunidas actualmente en Cádiz, y la »Constitucion que éstas han decretado y sancionado.»

Aunque se quisiese considerar este artículo como anti-cuado; arrancado por el influjo de las circunstancias; dirigido unicamente á lisongear la vanidad de un cuerpo cuyos esfuerzos entonces eran necesarios, con todo, no parecia prudente faltar á las reglas mas comunes de la discrecion diplomática; á aquella circunspeccion que nadie mejor que los que presumen de los hombres de estado conoce que no puede abandonarse nunca sin cometer un grave yerro. Por eso el gabinete de San Petersburgo fundó su contestacion á la corte de Madrid en una circunstancia accidental que le evitase caer en una contradiccion, ó inconsecuencia, como lo hubiera sido condenar



el restablecimiento de una constitucion que en mas tristes dias, y en menos próspera fortuna habia creído útil hacer objeto de una estipulacion solemne. Aquella circunstancia es la declaracion de los cuerpos del egército expedicionario de América, al proclamar el órden constitucional en un rincon de la península. La respuesta del gabinete de Rusia al enviado de España en San Petersburgo dada con fecha de 20 de abril (2 de mayo), de 1820, no debe confundirse con la circular comunicada al mismo tiempo á sus agentes diplomáticos en las córtés estrangeras sobre el propio asunto. En la respuesta al enviado Español se decia entre otras cosas: »Aun »cuando no se quisiese considerar estos acontecimientos »sino como consecuencias deplorables de los errores que »desde el año 1814 parecia présagiaban una catástrofe en »la península, nada todavia podria justificar los atentados »que entregan á los trances de una crisis violenta los »destinos de la patria.»

No se puede desconocer que aqui se intenta aludir mas bien al modo que no al acto de restablecer la constitucion. Aunque se escoge la palabra *errores* afin de atenuar todo lo posible los escándalos ocurridos en España desde la vuelta del Rey, la designacion de *época*, llamar *deplorables* á las *consecuencias*, y sobre todo el tremendo vocablo de *catástrofe*, descubren á despecho del artificio diplomático, cual era el juicio verdadero de los que así pretendían disimularle. Sin embargo la equidad exige en este punto toda la indulgencia debida á la situacion peculiar del Príncipe, á cuyo nombre se hablaba en la respuesta. Que este Príncipe, como gefe de una autocrácia militar, y de un egército tal vez de un millon de soldados, muchos de ellos de raza, de índole incivil y ágrete todavia, se hubiese sobrecogido al oir los acontecimientos en España; que herida vivamente la fantasía, ésta no le dejase ver en



ellos ninguna otra circunstancia importante sino la que se llamaba rebelion de los cuerpos expedicionarios de ultramar en la isla de Leon, no debe admirar, mucho menos, si se consideran tambien los peligros de un país en que la sucesion al trono va frecuentemente acompañada de violencias que espantan. No de otra manera podria conciliarse con la pretendida civilizacion de aquella córte el despacho en forma de circular á los otros Soberanos, en que entre otras terrificas frases se decia: » La nacion » Española debe hoy el ejemplo de un acto espiatorio á » los pueblos de los dos emisferios.» Y en otro lugar: » Hay alguna medida sábia y reparadora que pueda re- » conciliar á la España consigo misma, y con las demas » potencias de Europa?»

Esta circular corrió toda esa Europa, concitándola á entrar en una cruzada contra el desventurado país que anegado en sangre por espacio de seis años para darle tambien á ella libertad y reposo, recibió por premio otros seis años mucho mas calamitosos, pues á las atrocidades que trajeron consigo se unia el sacrílego empeño de llamarlos *Era de restauracion*. La circular fue acogida por los gabinetes á quienes se habia dirigido con el espíritu que animaba entonces á la *Santa Liga*. Siendo en el dia superfluo detenerse en lo que es tan conocido de todos, bastará recordar unicamente el carácter que tenia la respuesta del Príncipe que menos debia participar de aqueste espíritu, no siendo miembro de aquella confederacion, ni pudiendo tampoco por la forma de su gobierno, hallar en los sucesos de España fundamento suficiente para sobresaltarse. La contestacion de la córte de Lóndres al gabinete de San Petersburgo comunicada confidencialmente al mismo tiempo á las de París, Berlin, y Viena, decia entre otras cosas: » La autoridad del Rey (de España) á » lo menos por el momento, parece estar disuelta. Los



„despachos de Madrid representan á S. M. entregado al  
 „torrente de los acontecimientos, y concediendo cuanto  
 „se le exige por la Junta provisional y por los clubs.....  
 „Por terrible que sea el ejemplo que nos presenta España  
 „de un egército en rebelion y de un monarca prestando  
 „juramento á una Constitucion que contiene apenas en  
 „su forma la apariencia de una monarquía, no hay mo-  
 „tivo para temer que la Europa pueda verse de pronto en  
 „peligro por las armas españolas..... No es prudente á lo  
 „menos hacer pausa antes que tomemos una actitud que  
 „parecería que nos obligábamos á los ojos de la Europa  
 „á algun paso decisivo. ¿Antes de embarcarse en seme-  
 „jante medida, no es conveniente á lo menos fijar con  
 „alguna precision que es lo que nos proponemos? Esta  
 „moderada y cáuta política, tan propia del estado y cri-  
 „tica posicion en que se halla personalmente colocado el  
 „Rey, de modo ninguno nos embargará la accion si llegáre  
 „alguna vez el caso de obrar\*.”

La absoluta omision que se hace en esta respuesta del  
 origen verdadero que tenia la pretendida *rebelion del egér-  
 cito español*, como de toda circunstancia capaz de debi-  
 litar la impresion de tan estrepitosa frase; acalorar to-  
 davia mas la exaltada fantasía de los Príncipes á quienes  
 se comunica este documento con la imágen de otro Prín-  
 cipe, miembro de la misma confederación, despojado de  
 su autoridad, de los atributos de su dignidad y su poder,  
 pues hasta la forma monárquica se disputa á las insti-  
 tuciones que juraba; en suma, presentar este cuadro tan  
 lleno de espectros; tan cargado de sombras y de cuanto  
 podia sobrecoger el ánimo, y escitar terror en corazones  
 ya demasiado conmovidos, no era ciertamente el medio mas

\* Nota confidencial del Vizconde de Castlereagh, ministro de negocios estrange-  
 ros de Inglaterra comunicada en mayo de 1820, á los gabinetes de Austria, Fran-  
 cia, Prusia y Rusia.--Parliamentary Debates, new series, vol. viii. p. 1135.



apropósito de calmar los temores que se aparentaba disipar; no era reprobar el principio de intervencion que se reconocía justo por todo el tenor de la respuesta; no era tampoco disuadir esta intervencion, siendo la pausa que se recomendaba una mera precaucion para asegurar mejor el éxito cuando llegase el caso de emprenderla.

Por una lamentable fatalidad el Ministro \* que comunicaba esta nota ya se habia distinguido anteriormente en vilipendiar los hombres y las cosas que existieron en España en una época memorable para toda la Europa. Este Ministro en 1816, hablando en la Cámara de los Comunes, de lo ocurrido en la península despues de la vuelta de Fernando VII, no dudó decir: » Los liberales, » aunque considerados bajo el punto de vista militar, eran » un partido antifrances, politicamente formaban un partido frances de la peor descripcion.... Los liberales en sus » principios eran un partido perfectamente Jacobino †. » Cuando esto se aseguraba en el parlamento de Inglaterra los *liberales* á que se aludía se hallaban sumidos en horrendos calabozos, repartidos por los presidios de África, y mezclados en ellos con malhechores y asesinos, prófugos de su patria, y tal vez resonando en sus oidos, y traspasando su corazon estas tremendas calificaciones. Por otra coincidencia no menos estraña estos mismos *liberales* mientras se escribía aquella respuesta, salian unos de tanta humillacion y tanto oprobio; volvian otros á su país natal, y todos ellos con su patria á participar del beneficio de la libertad en virtud de haberse restablecido en la nacion ese órden constitucional que con tan acerbo estilo se condenaba de nuevo. La circular del gabinete de San Petersburgo y esta nota confidencial que le sirve de contestacion son el verdadero origen de lo ocurrido en España

\* Lord Castlereagh.

† Parliamentary Debates, vol. xxxii, p. 602.



desde 1820, habiendo sido en realidad el programa sometido á la *Santa Alianza* para trazar y conducir el plan que terminó con la destruccion de las instituciones constitucionales en 1823. Suspendiendo esta dolorosa reseña es necesario volver la atencion ácia otra parte.

Jurada la Constitucion el 9 de marzo de 1820, el tránsito del régimen despótico que cesaba al orden legal que se restablecia no pudo ser mas digno de una nacion noble y magnánima. Confiada en la solemne promesa que se le hizo entonces, desde luego señaló el camino de la moderacion que se proponia seguir en su nueva carrera. A la verdad, el cuerpo general de una nacion, considerado el estado social de los pueblos en el dia, no puede comprender que se hagan juramentos con reservas mentales, restricciones secretas y otros artificios que invaliden lo que se afirma con tanta solemnidad y aparato. El candor, la buena fe y la inocente simplicidad con que recibe por prenda segura del cumplimiento la mera formalidad de una oferta; tardan mucho en convertirse en desconfianza de que se le falte á lo prometido. Asi es que en todas las provincias se corrió un velo generoso sobre los seis años que mediaron entre 1814 y este glorioso dia. Impúnes quedaron los mayores atentados, los crímenes mas peligrosos que pueden cometerse contra el estado. Los que aconsejaron el decreto de 4 de mayo en Valencia; los que prepararon la fatal minuta; los que la autorizaron con su firma; los que formaron las sangrientas tablas de proscripcion en que fue envuelto todo lo mas digno y venerable de la monarquía; los viles delatores; los acusadores alevosos; los falsos testigos; los inícuos jueces que dirigieron la inaudita persecucion que comenzó en la funesta noche de 10 de mayo de aquel año; los que le dieron principio poniendo sus manos sacrílegas sobre los representantes de la nacion; abusando de la fuerza y prosti-



tuyendo las armas que su patria les habia confiado para defender sus derechos contra toda usurpacion, asi doméstica como estrangera; todos estos prevaricadores, todos estos perjuros, todos estos verdaderos parricidas hallaron en el orden constitucional proteccion y defensa para sus propiedades y personas. Jamas, en ningun tiempo, en nacion ninguna se habia deseado con mayor nobleza el olvido de las injurias, de las afrentas y baldones hechos de diversos modos y por diferentes caminos á tantas personas beneméritas y respetables. Jamas se habia aspirado con mas sinceridad á la reconciliacion de los ánimos, ni para conseguirlo se hicieron nunca mayores ni mas costosos sacrificios.

Este ejemplo tan insigne de moderacion y de cordura parece que debiera cautivar el corazon de los que no consideran la moralidad de las acciones como circunstancia indiferente, ó que no miran las virtudes sociales como objeto de risa y de sarcasmo, ó que no les sirven de argumento para probar impiedad en los que las egercitan. Parecia tambien que tanta nobleza de pensar, tanta magnanimidad en proceder hubiera refrenado á todos para que diesen tiempo á experimentar el orden restablecido y compararle con el que habia terminado tan desastrosamente. Era de esperar, enfin, que los que por diversas causas, no siendo premeditacion y mala fé, hubiesen cooperado al trastorno del gobierno constitucional en 1814 entrasen siquiera dentro de si mismos y se preguntasen de donde procedia el triste desengaño que tenian á la vista. Entronizado entonces el poder absoluto, y reforzado, por decir asi, con auxiliares que no pudieron resistir la ilustracion contemporánea en el reinado de Carlos III; celebrada su inauguracion por los gabinetes de la *Santa Liga*, y solemnizada como si fuera un triunfo que á todos tocase; ahogado en su mismo rudimento el principio re-



formador, y estirpado en todos sus senos el que se llamaba cancer revolucionario; ya no quedaba obstáculo que impidiese el establecer un régimen á la Europa; á lo menos ese *desideratum* que arrogantemente se decora con el título de *despotismo ilustrado*. Seis años hubo para ello, y seis años tuvieron, para desengañarse y salir de su error los ilusos y los que fuesen capaces de aprovecharse de lección tan dolorosa. Por fin apurado el sufrimiento de la nación toda la máquina de gobierno absoluto levantada sobre las ruinas de la libertad constitucional vino al suelo al leve impulso de pocos miles de hombres reunidos en el rincón mas apartado de la península, por confesion de los mismos que no quisieron reconocer otro origen en la revolución de 1820. Este hecho solo, desnudo de todas las circunstancias que recogerá la historia cuidadosamente, resuelve en humo cuantas imposturas y cuanta declamacion acumuló la furia de partido dentro y fuera de España.

Desconcertada la faccion opresora con el restablecimiento tan rápido y simultáneo del orden constitucional, cargada con la execracion de todos los hombres justos y amantes verdaderos de su patria no hubiera podido recobrarse ni volver en sí por sus propios esfuerzos á no ser porque iniciada al momento en los secretos de la *Santa Alianza*, recibió de ella direccion, consejos y todo género de promesas. Alentada con tan páfida proteccion, desde luego se ocupó en trazar el plan contrarevolucionario y ponerle por obra. Verdad es que las personas que forman en la nación esta vanderia, atendida la naturaleza de los institutos y cuerpos á que pertenecen y la organizacion particular que todos ellos han adquirido desde el siglo xvi, hubieran opuesto grandes obstáculos al pronto establecimiento de una administracion ilustrada cual convenia á un país sacrificado durante siglos á clases privilegiadas; pero el triunfo del orden constitucional



era tan completo, los medios de conservarle tan eficaces, tan irresistibles que la lucha, si hubieran tenido sus enemigos la temeridad de provocarla por si solos, no podia ser larga ni dudosa en su éxito. El clero y la magistratura, elementos principales de esta faccion, eran las únicas clases que como en todas épocas se oponian al régimen constitucional, formando liga, y dando á sus maquinaciones impulso combinado y direccion sistemática. Pero asi como no pudieron impedir ni su triunfo en la primera época, ni ahora su restablecimiento, del mismo modo se hubieran visto obligados á hacer treguas con el espíritu de la nueva era, para no irritar los ánimos y provocar una reaccion que solo se contuvo por una especie de prodigio. Mas seguros del apoyo estrangero como queda indicado se arrojaron á la empresa sin vacilar. Su obgeto preferente fue desde luego organizar la guerra civil, para dar á la *Santa Alianza* pretexto de intervenir con las armas. Este plan abominable abrazaba entre otras cosas la fuga de la familia Real antes que se reuniesen las Córtes. Descubierto este designio se adoptaron providencias eficaces para desconcertarle. Sin embargo la causa formada en Burgos á varios de los implicados en la ejecucion del proyecto, divulgando la intencion dió un golpe mortal á la confianza pública; alteró los ánimos y difundió por todas partes la agitacion y la zozobra.

Por fin, abiertas las sesiones de las Córtes esta asamblea presentó á la consideracion pública un espectáculo digno de eterna memoria, y á que la posteridad señalará lugar muy distinguido en el juicio que forme de todos los sucesos de esta época. Los diputados que mas habian sobresalido y brillado en las Córtes extraordinarias y en las primeras constitucionales por su talento parlamentario, por su integridad, su fortaleza y demas cuali-



dades que ennoblecen el carácter público en un sistema representativo aparecieron otra vez revestidos de aquel honroso cargo, de cuyo patriótico desempeño tantas y tan dulces esperanzas estaban pendientes nuevamente. Muchos de ellos salian de sufrir los castigos mas duros y mas ignominiosos, ó volvian de una triste y larga espatriacion, mientras pocos habia entre los demas que no hubiesen tambien experimentado en sus personas ó en sus inocentes familias los efectos de la crueldad con que se habia perseguido á todos. Cuanto no habia que permitir á hombres tan profundamente ofendidos! Cuanto no era preciso disimular en sus primeros desahogos, si las pasiones hubieran querido usurpar el lugar á la razon y á la prudencia! Pero las actas de aquel Congreso serán en todos tiempos un monumento ilustre de la época constitucional para demostrar hasta donde llegan los sentimientos generosos en corazones animados de verdadero amor á la patria. Todo se sacrificó entonces á la esperanza seductora de que llegase á ser libre y feliz, empezando una nueva era fundada en los nobles principios de condonacion y de olvido sincero y cordial de todas las ofensas personales. Que triste desengaño para las generaciones venideras al ver la ingratitude con que fue correspondido el ejemplo, tal vez mas sublime, de virtudes políticas que ofrece la historia antigua y moderna de los pueblos cultos!

La desnaturalizada faccion lejos de respetarlas, lejos de recibir por prenda de seguridad demostraciones tan públicas, tan solemnes de reconciliacion, arrojó al fin la máscara con que mal habia encubierto sus pérfidos desig-  
nios. De aqui adelante no aparecen mas que escenas dolorosas al ver de una parte á gran número de personas públicas y particulares haciendo los mayores esfuerzos por sostener el orden constitucional segun los medios que el



mismo tenia señalados; y de la otra á aquella faccion pérfida y sanguinaria provocando la circunspeccion de las autoridades públicas, abusando de la libertad que las leyes concedian y de la proteccion que dispensaban en la rigida observancia de los trámites y fórmulas judiciales. De aqui adelante ya no se ve mas que hombres públicos y particulares en gran número, consagrados   la defensa del órden restablecido; al triunfo de los principios en que se fundaba, y para ello ofreciendo como en holocausto, no sus intereses y fortunas, sacrificado todo antes con el mayor desprendimiento, sino lo que habian salvado de la furia de sus crueles enemigos, una reputacion ilesa de amor puro   la libertad de su patria; de ánimo y corazon para sufrir por sostenerla; de valor para arrostrar peligros; de integridad y de entereza en medio de todo linage de asechanzas, de ardides y de tentaciones. Mientras de la otra se descubre la misma atroz   ingrata vander a corrompiendo con su duplicidad la moral pública; estraviando la opinion de los incautos; poniendo en perplexidad el ánimo de personas inespertas y sencillas; fomentando la discordia por todos los medios imaginables; instigando   los descontentos   cualquiera clase que perteneciesen; y por último, revelando   los estrangeros cuanto era necesario para preparar la intervencion que estos le habian prometido.

En tal conflicto no quedaba otra esperanza que la que nunca abandona enteramente   los corazones generosos. Tal era el ver si redoblando el celo; si aumentando la vigilancia; si quitando todo pretexto por espacioso que fuera; si tranquilizando los ánimos; si calmando la irritacion y efervescencia de las pasiones; si apelando, en fin,   la perseverancia y teson de todos los que cooperaban de diversas maneras y en situaciones distintas   tan noble y patriótico intento, se lograba libertar   la nacion



de la catástrofe que provocaban las maquinaciones de la facción doméstica y de la liga estrangera. Todo fue inutil. Las agresiones tan públicas y tan repetidas confirmaron en la disidencia á los que sin ellas se hubieran sometido á la ley, y resignado á respetar un gobierno que les ofrecia la misma seguridad real y personal que á los que le sostenian. Verdaderamente la guerra civil fue proclamada con la intentada fuga de la familia Real, con los movimientos insurreccionales del Baron de *Santi Joanne* en Galicia y de otros cabecillas que le siguieron en algunas provincias; y estos hechos revelaron cuanto era necesario para que la discordia se encendiese, siendo lo demas obra del tiempo y de los sucesos dentro y fuera de España. Conseguido de este modo el fin á que aspiraba la *Santa Alianza*; hallado tambien pretexto para intervenir abiertamente en los negocios de Nápoles, esta confederacion no tardó en hacer declaraciones que alentasen todavia mas á los conjurados dentro de la península. La famosa circular en que el Emperador Alejandro con- citaba á los gobiernos de Europa á que sofocasen la insurreccion de España fue como el precursor de la conducta de los Príncipes aliados en toda ocurrencia que alterase el orden que se proponian sostener en las naciones. Si la *pausa*, cautelosa recomendada por el gobierno de Inglaterra al impetuoso y sobresaltado Príncipe era necesario para no comprometerse todavia en un *paso decisivo*, los disturbios fomentados en la península habian conseguido ya su objeto, y por tanto no habia para que detenerse en aplicar á este desventurado país la doctrina de intervencion estrangera. En vano se intentó despues en Verona desviar con reflexiones y conferencias diplomáticas á la *Santa Alianza* de la resolucion que habia tomado. El gabinete de Inglaterra habia reconocido anteriormente que un gobierno puede intervenir en los



negocios interiores de otra nacion siempre que lo exija así su propia seguridad. Admitido una vez este peligroso principio su aplicacion no podia menos de depender de circunstancias que sabria convertir en su favor, no el que tubiese la justicia de su parte, sino el que se hallase con fuerza suficiente para atropellarla con impunidad.

Otra circular de celebridad no menos funesta que la del Emperador Alejandro, comunicada por los Soberanos reunidos en Troppau en el mes de octubre de 1820 á sus legaciones respectivas en las córtes estrangeras, dió la señal de acometer la independencía de todas las naciones, so color de dirigirse contra un nuevo enemigo que se afectó llamar, *Poder de la rebellion*. Las revoluciones de España, Italia y Portugal eran el fantasma erigido en *Potencia* poderosa, contra la cual, se decia, que era necesario emplear los medios con que se habia destruido á Napoleon Bonaparte. Concertado al fin el plan se dió principio á él, decretando esta nueva manera de dar paz á esos mismos pueblos que solo se alteraban por haberseles negado el prezo de la victoria conseguida por sus esfuerzos contra aquel conquistador. Citado el Rey de Nápoles á comparecer en Laybach para oir el juicio pronunciado contra sus propios súbditos por aquel Congreso, de hecho quedó aniquilada la independencía de todas las naciones que no tuviesen dentro de si mismas los medios de defenderla contra una confederacion que con sus declaraciones acababa de trastornar en sus fundamentos el órden social de la Europa moderna. Tres solos de sus Príncipes se erigieron en árbitros de toda ella para egercer como les pareciese la misma dictadura que con pretesto de libertad se habia arrancado de las manos de un usurpador, que por cierto no abusó de ella con mas arrojo ni arrogancia.

Los ministros constitucionales que habia en España á



la sazón no pudieron desconocer que la conducta del Congreso de Laybach era una condenación directa del gobierno que regía en su patria. Los principios que servían de fundamento á este gobierno ya no eran una concepción metafísica y abstracta como se pretendía, sino un caso práctico inseparable de seis años de heroísmo en la nación que los había proclamado para sí; eran su misma independencia, conquistada por su propio esfuerzo y á cuya defensa había sacrificado toda una generación. Para conservar esta independencia juzgó necesario adoptar una Constitución que fuese depositario y protector de todos sus derechos, y asimismo un monumento levantado á la memoria de tantos prodigios de valor y patriotismo. Esta constitución y la independencia á quien servía de fundamento, no podían separarse ni subsistir sin el apoyo mútuo y recíproco que se prestaban entre sí. Triunfantes en 1812; aniquiladas en 1814, con el trastorno que sobrevino en aquella aciaga época; restablecidas en 1820 por un nuevo esfuerzo nacional se veían otra vez amenazadas por la liga de tres Soberanos que acababa de declarar sin rebozo que *jamás reconocería ningun gobierno fundado por la rebelion*. Como no solo estos Soberanos sino tambien otros que no eran fundadores de la *Santa Liga*, ni tampoco partes principales en el Congreso de Laybach, habían calificado de rebelion el restablecimiento del gobierno constitucional en España; como todos ellos se arrogaban ahora la facultad de juzgar por sí solos cuales eran las circunstancias que caracterizaban de rebeldes no á sus propios pueblos, sino á naciones independientes de su autoridad y poder, no se podia dudar que el ejemplo de Nápoles había de servir para justificar la aplicación del principio esterminador á cualquiera país á donde se pudiese estender con impunidad.



El gobierno constitucional no perdió momento en prepararse á resistir una agresion contra la independendia de su patria que no podia ser dudosa desde el momento en que se consumase el atentado de Nápoles. Para ello dirigió á sus legaciones en las córtes estrangeras una vigorosa protesta contra la intervencion en aquel reino, por considerarla destructora de la independendia de las naciones, y porque con este ejemplo veia amenazada de hecho la de España. Para dar apoyo á esta protesta, juzgó oportuno convocar extraordinariamente las Córtes y someter á su consideracion la necesidad de tomar actitud correspondiente al peligro en que colocaba la independendia nacional la conducta del Congreso de Laybach. Un incidente inesperado indujo al gobierno á diferir esta parte de su plan hasta la reunion ordinaria del Congreso, pero sin dejar de proseguir vigorosamente con todos los preparativos que consideraba necesarios. Mas acusado por el Rey en el acto mismo de abrirse las sesiones, y separados al dia siguiente todos los ministros no quedó de aquel plan otro vestigio que la alusion que se hacia en el discurso del trono á la protesta contra la intervencion en el reino de Nápoles. El ministerio sucesor pensó de otra manera, sin que por eso consiguiese calmar los disturbios interiores; reprimir la insolencia y descaro con que los conjurados llevaban adelante sus maquinaciones, y menos todavia que la liga estrangera abandonase su intento de intervenir con las armas en los negocios de España.

Antes de proseguir con lo ocurrido en esta horrible trama, es necesario examinar el estado de los dos partidos que se manifestaron en la nacion al empezar en 1810 la reforma constitucional. El uno se empeñó desde su origen en conservar ileso el régimen absoluto, sin admitir otro correctivo que el de cuerpos consultivos, aspirando



por este medio á la quimérica represion de los abusos y templanza del gobierno. El otro solo se satisfacía con restablecer la autoridad representativa de la nacion egercida por Córtes generales de todos los reinos y provincias de la monarquía, estendiendo de manera el principio electivo que fuesen independientes y pudiesen estar siempre en armonía con el espíritu contemporáneo. De la lucha de estos dos partidos nació la constitucion de 1812, cuya importante historia no es de este lugar, ni respecto á ella se pueden hacer ahora mas que breves indicaciones.

Publicada la constitucion el 19 de marzo de 1812, se planteó en las provincias libres, y sucesivamente en las demas del reino con estraordinario contento y alegría de todos los que no habian resistido los principios en que se fundaba. Este hecho es tanto mas notable cuanto la Regencia encargada de establecerla por primera vez nada omitió de su parte para entorpecerlo, oponer obstáculos y procurar, en su mala fe, que cayese en descrédito y se abandonase como impracticable. La mudanza de esta Regencia el 8 de marzo de 1813, allanó todas las dificultades, y desde entonces no pudo ser mayor ni mas glorioso el triunfo de la libertad constitucional. Con el decreto de 4 de mayo de 1814, el partido liberal y el partido contrario, llamado entonces *servil*, quedaron en sus respectivas posiciones; un acto de violencia como aquel no podia influir en el juicio de los que habian abrazado de buena fe la causa de la reforma, ni sorprender tampoco á los que le prepararon con sus doctrinas y maquinaciones. Restablecida en 1820 la constitucion sus afectos y parciales esperaban, como se ha indicado, que atendiendo á la moderacion con que usaron del triunfo, y á seis años de leccion práctica que sus contrarios tuvieron para desengañarse y salir de su error, estos



dejasen espedito siquiera el curso legal del gobierno, visto el interes que tenian ellos mismos en no aventurar la proteccion que les ofrecian las nuevas instituciones. Su duplicidad, empero, y su hipocresía los encubrieron solo por momentos; comprometidos á cada instante con actos de manifiesta agresion destruyeron en su fundamento la esperanza de los corazones generosos. Bien pronto la agitacion y la inquietud turbaron el sosiego; se exaltaron los ánimos; se encendieron las pasiones, y la discordia llegó á aquel punto de irritacion en que la deseaban ver los que la promovian.

Los enemigos de la reforma se habian valido antes de 1814 de la imprenta libre para corromper la opinion del pueblo ignorante y sencilló, presentándole las instituciones constitucionales como contrarias á su religion y verdaderos intereses. Clerigos, Cortesanos, Frailes, empleados reformados ó suspensos, con otros descontentos de aquella época, se habian reunido para inundar á la nacion, como lo hicieron, de libelos famosos é incendiarios contra lo mas digno y respetable en el partido constitucional. La Junta Suprema de censura, compuesta entonces por la mayor parte de enemigos de las reformas, les aseguraba constantemente con sus calificaciones, en apelacion la impunidad en el escandaloso abuso de infamar á los hombres y á las instituciones constitucionales. Mas ahora la conducta de los conspiradores fue en este punto mucho mas cauta. El uso de aquellas armas no podia ser tan eficaz, despues de seis años de continuos desengaños, ni estar como antes tan á cubierto de la responsabilidad legal, habiendose adoptado el juicio de jurados para los delitos de la imprenta. Abandonando pues la lucha literaria á otras manos que por decir así, fuesen menos sospechosas, dirigieron sus principales esfuerzos á organizar la guerra civil; al gobierno clandestino,



llamado de *Camarilla*; á seguir con el mayor celo y actividad las inspiraciones y consejos de la *Santa Alianza*, y sobre todo á que la oposicion al órden constitucional apareciese popular para que asi se creyese en Europa que la nacion le aborrecia. El partido liberal fue tan generoso en condonar ofensas y agravios personales, que no contento con olvidar seis años de cruel persecucion se empeñó tambien en disimular la reincidencia de sus ingratos enemigos, con la dulce esperanza de atraerlos á la razon y á sus verdaderos intereses.

Como sucede siempre en las alteraciones políticas esta noble conducta dió ocasion á disgustos y desavenencias entre los mismos constitucionales. Para proceder de otra manera hubiera sido necesario suspender las instituciones protectoras de la libertad personal, y contribuir desde el primer paso al descrédito de lo mismo que se queria establecer. Este es el fatal escollo en que se estrellan siempre las reformas que tienen por objeto el imperio de las leyes. Sus enemigos despues de quedar vencidos en la lucha, se acogen al sagrado que aquellas ofrecen indistintamente á todos los que se someten á su autoridad. En su profunda hipocresía nadie invoca su proteccion con mas descaro y arrogancia; nadie viste mas disfraces; nadie usurpa con mayor petulancia el estilo libre y atrevido; nadie emplea mas ardides para hacer que se olvide su anterior conducta, jugando las armas de la exaltacion y ardor patriótico con que se alucina á los incautos. Confundidos de este modo con los que proceden de buena fe, instigan á éstos y los precipitan á cometer excesos que comprometan el órden establecido para que la autoridad pública, obligada á conservarle, se vea acusada por sus propios amigos y parciales, y venga á ser al fin víctima de su misma justificacion y de su celo. Esto es lo que sucedió en España al restablecimiento de la constitucion en 1820.



La nacion, guiada de un principio noble, dejó á sus enemigos en libertad de preparar nuevamente su ruina, abusando éstos deliberadamente y con toda premeditacion de la generosidad con que fueron perdonados. Reunidos estrechamente con los estrangeros no se descuidaron en fomentar la division en el partido constitucional, y entre los medios empleados al intento merecieron particular la insidiosa propaganda que establecieron.

Para comprender mejor esta parte de su plan conviene tener presente que en general los liberales en 1820, evitaron por intempestiva la delicada disputa sobre reformar la Constitucion antes de la época señalada; creyendo que mientras llegaba el plazo, la libre discusion y las lecciones prácticas de la esperiencia ilustrarian la opinion pública y prepararian á la nacion á recibir sin violencia las alteraciones y mejoras que conviniese hacer en las instituciones que habia adoptado. Esta conducta era tan prudente y sensata que nadie hubiera podido contradecirla sin hacerse sospechoso. Era pues necesaria mucha circunspeccion en los directores de la trama para encubrir con destreza su designio. El régimen tiránico de los seis años habia hecho emigrar al partido constitucional á muchos que durante la guerra de la independencia, ó no contrariaron abiertamente las reformas que se hicieron entonces, ó se mostraron tibios en abrazarlas despues de establecidas. La conducta de estas personas es en todos los países uniforme. No estando guiadas en ella por principios fijos varian al momento con las circunstancias. Ora porque hubiesen penetrado en tiempo la duplicidad con que obraba la faccion servil, apesar de sus protestas y actos públicos; ora porque en realidad estuviesen iniciados en parte del secreto, no puede dudarse que sirvieron de vehículo á la propaganda que se ha indicado. Con-



fundidos con los liberales, difundian entre ellos sin escitar sospechas, la insidiosa y maligna censura que tanto deseaban establecer contra la Constitucion los agentes encubiertos de la liga doméstica y estrangera. Esta en realidad no necesitaba desacreditar las instituciones constitucionales para con su partido, que resuelto á no admitir jamas alteracion en su idolatrado despotismo, dispuesto estaba á emprenderlo todo por restablecerle. La censura iba dirigida ácia otra parte, y para eso se aglomeraban cuantos lugares comunes, cuantas trivialidades y cuanta declamacion es costumbre usar en todos los países contra las reformas. Del mismo modo se procuraba persuadir que las dificultades y obstáculos que hallaba la administracion constitucional, procedian unicamente de defecto suyo, para desviar asi la atencion de los incáutos de tantos hechos como señalaban el verdadero origen.

Por desgracia el silencio de los escritores constitucionales en punto tan esencial; la circunspeccion misma de las Córtes, y la resignacion con que los ministros tomaban sobre sí una responsabilidad de que tan facilmente podian eximirse, todo conspiraba á preocupar los ánimos y estraviar la opinion pública. A la sombra de tan maligna detraccion se introducía la funesta máxima en que vino á apoyarse despues toda la doctrina de *modificaciones*. Era esta máxima, que España, para florecer y conservarse en armonía con los demas estados, debia establecer sus instituciones y sus leyes; arreglar su administracion y su política segun el juicio y voluntad de las grandes potencias de la Europa; esto es, obedecer el mandato de la *Santa Alianza* en todo lo que esta liga le ordenase. De aqui se pasaba ya á condenar el restablecimiento de la constitucion, calificándole de inconsiderado, y de injusto; y por último se pretendia no ser obligatorio lo que se habia prometido con toda solemnidad. Ya fuese por inadvertencia,



ya por esceso de confianza y buena fe, ó por alucinamiento; se dejó que el veneno cundiese cuando nada hubiera sido mas fácil que contener, y aun estirpar su virulencia por los mismos medios con que se propagaba.

Los escritores que presumian de libres y de independientes tenian el antidoto en la mano. La constitucion, ni al publicarse en 1812; ni al restablecerse despues se fundó en otro principio que en el que dió origen á todos los gobiernos antiguos y modernos que existieron, y existen todavia con restricciones de la suprema autoridad. Hechos históricos, comprobados por los anales de todos los pueblos, y por ningunos mejor que por los de España no podian obscurecerse ciertamente con predicar la doctrina de la legitimidad, no menos teórica, metafísica y abstracta que la de los pretendidos revolucionarios. El juramento á la constitucion prestado en 1820, se hizo con conocimiento pleno de causa, porque no era posible ignorar lo que se prometía. Suponer violencia en él para eludir la obligacion de respetarle; usar de argumentos especiosos á fin de eximirse de responsabilidad, lejos de absolver, agravan la infraccion, porque prueban la doblez y falta de sinceridad en un acto tan público y solemne. Si la constitucion era defectuosa; si era perjudicial; si era contraria á lo que la nacion queria; como no era posible resistir su aceptacion? Quién hacia la violencia? Una rebellion militar de algunos pocos soldados desde la isla de Leon? Y esta rebellion no se habia manifestado del mismo modo en todas las provincias? Cual es el criterio para conocer la opinion pública donde no hay libertad de hablar ni de escribir? Cual para saber la voluntad de una nacion que no tiene cuerpos que la representen; que protejan sus derechos; que espongan sus quejas y sus agravios; que pidan y obtengan su remedio? Hay por ventura otro camino que el de 1820? No hubo seis años



de poder absoluto ; de autoridad ilimitada para precaver aquella demostracion ? Si pues se desperdiciaron del modo triste y lamentable que todos saben , donde está la culpa , donde la responsabilidad ? La pretendida fuerza en el juramento no le haria menos obligatorio , porque no se habia dejado otro medio á la nacion para salir de la esclavitud á que se la habia reducido despues de prometerle en 1814 , que seria gobernada en paz y en justicia . Lo que la posteridad podrá comprender apenas es que despues de faltar á tan solemne palabra volviere esta nacion noble y generosa á contentarse solo con recibir por prenda de seguridad la mera formula de un juramento . Ejemplo tan insigne de magnanimidad y confianza no merecia ser correspondido con repetir el engaño y agravar la ofensa .

Apesar de tan obvias consideraciones la maligna censura lograba introducir entre los liberales la mas funesta de todas las desavenencias , como lo es siempre el cisma en la doctrina . En el entretanto la faccion servil mantenía su unidad no solo en los principios de su secta sino tambien en el consejo y en la accion que dirigia sus operaciones . El poder absoluto sin mezcla era su dogma ; la autoridad arbitraria y despótica , su ídolo . Toda restriccion que alterase en lo mas mínimo ; que ajase ni aun de pensamiento la belleza ideal ; la pureza primitiva del régimen antocrático no era menos abominable para ella que para la comunión de Roma las pretensiones de sus diferentes reformadores . El centro que conservaba la unidad y comunicaba el impulso residia donde el orden constitucional tenia depositado tambien el principio activo de su administracion .

De todos los delirios en que dió la insensata furia de los que esclavizaron á la nacion en 1814 , ninguno escedió , ni por lo absurdo de la invencion , ni por lo funesto de las



consecuencias, á la formacion de un gobierno secreto que desconcertaba lo que resolvía el gobierno público y responsable; que hacia desaparecer hoy á los que habia elevado ayer; que devoraba sucesivamente á sus mas predilectas creaturas, y hubiera precipitado al fin á todos sus parciales en la misma sima que abrió para sus enemigos, á no haber puesto término á este escándalo la indignacion que se manifestó tan universal en el mes de marzo de 1820. Este gobierno secreto llegó á tener un nombre peculiar, tecnico y significativo como lo es el de *Camarilla*, y á quien la historia dará una celebridad odiosa y de maldicion. Apenas se recobró la faccion servil de su espanto con las promesas de los gabinetes extranjeros, cuando se apresuró á restablecer aquel monstruoso conciliabulo, compuesto de verdaderos vestigios y fantasmas, sin cuerpo porque no se ven; sin alma porque carecen absolutamente de todos los atributos que la ennoblecen; sin responsabilidad á la ley, ni á la opinion, porque huyen y se disipan en el momento en que el mal y daño que ocasionan rasga el velo que los encubria. Con este tenebroso conciliabulo tenian cabida y favor todos los que por cualquiera causa eran enemigos y contrarios del orden constitucional, especialmente si podian cooperar á destruirle con infidelidades, revelaciones y consejos. Para él no habia negocios reservados; secreto por importante que fuese; acuerdo de que no se enterase; resolucion que no viniese á sus manos, y en ellas pereziese si le convenia. En él se decidia soberanamente contra lo que se deliberaba en las Córtes; contra lo que consultaba el Consejo de Estado; contra lo que proponian los ministros, y hasta se pretendia obligar á éstos á salir responsables de lo mismo que habian resistido ó desaprobado. Jamas, en ninguna época, en ningunas circunstancias existió un estado de las cosas públicas mas incongruente. De aquí tantos hombres de honor



comprometidos; tantas virtudes ultrajadas; tanto saber desperdiciado; tanto celo, tanto afán, tantos esfuerzos en beneficio de la patria, obscurecido y malogrado todo para la edad presente; y lo que tal vez es mas lamentable, de aqui tanta discordia, tanta sangre y tantas lágrimas derramadas á torrentes; tantos odios, tanta desolacion como se transmitirá todavia á las generaciones venideras.

Que este conciliabulo no era efecto de las reformas como algunos pretendian, estaba demostrado por los seis años precedentes. La constitucion dejó de regir en 1814. Desde entonces la autoridad Real se ejerció sin restricciones; los elementos aristocráticos del reino no estuvieron eclipsados con el espíritu popular de un cuerpo representativo único y sin contrapeso como se decia ser las Cortes constitucionales; los tribunales y consejos supremos recobraron sus facultades y prerogativas; la libertad de hablar y de escribir quedó limitada á las materias y opiniones que el gobierno queria tolerar que se espresasen ó se controvirtiesen; en suma el régimen absoluto y despótico imperaba sin contradicciones ni obstáculos. Sin embargo, este es el período en que salió á luz tan monstruoso conciliabulo. Su maléfico influjo fue el que dió en el suelo con todos los proyectos económicos; con todos los planes administrativos que se propusieron durante aquellos seis años, arrastrando y envolviendo en su ruina á los ministros y hombres públicos que los recomendaron. Del mismo modo bajo sus auspicios se forjaron las innumerables leyes y pragmáticas, que poco despues se ampliaban interpretaban, derogaban y violaban impunemente sin tener cuenta con el parecer, ó dictámen de los cuerpos consultivos, apesar de haberlos restablecido para que fuesen sus defensores y único órgano de su promulgacion. Estos hechos tan públicos, tan evidentes para toda clase de personas, descubrian donde estaba el origen verdadero





de los males; destructor de todo orden legal; que de la misma manera trastornaria el gobierno, ora se fundase en una autoridad ilimitada y arbitraria, ora estuviese reprimido por instituciones constitucionales. Obstinarsse pues en desconocer verdades tan claras, tan demostradas por la esperiencia de las dos épocas, preciso era que hiciese sospechosos á unos; inquietos y desconfiados á otros; y que introdujese en el ánimo de todos la agitacion y disgusto que llegó al estremo al terminarse las sesiones extraordinarias de las Córtes en 1822.

Al mismo tiempo que se promovía, como queda indicado, la maligna censura contra las nuevas instituciones, se procuraba disfrazar con cierto aliciente que sedujese á los inespertos y poco cautos. Tal era prometerles otra constitucion diferente de la que con singular afectacion se llamaba de Cadiz, como si ésta no hubiese sido jurada una y otra vez en toda la nacion con un entusiásmo desconocido desde la época de las comunidades de Castilla; obedecida y respetada con la cordialidad y buena fe que no eclipsarán jamas las imposturas y calumnias de sus enemigos y detractores. Apesar de tan insidioso artificio era todavia muy pequeño el número de prosélitos á fines de 1822. A la verdad pocos desconocian que si habia algun medio de refrenar la audacia del partido enemigo de toda libertad, por mas justa y moderada que sea, no era por cierto abandonar la posesion de la que se hallaba establecida por la ley, y entregarse inconsideradamente á nociones especulativas de reforma, que por acertadas que algunos las creyesen nunca podian aparecer menos teóricas para con otros que las instituciones que regian. La nacion las habia aclamado segunda vez por un acto simultáneo y libre, sin que hubiese sido necesaria la presencia de egércitos extranjeros. Para que su opinion variase, para que volviese á espresar su voluntad era menester que



las experimentasé antes de buena fé; que para ello se diera el tiempo necesario, siquiera el que por decoro no podia escusarse sin atropellar todas las reglas de circunspeccion y de prudencia.

Si hubo momento en que pudo ser oportuno abrir la puerta á reformas en la constitucion, fue sin duda ninguna al espedir la convocatoria para las Córtes de 1820 y 21. Sin embargo, razones no poco graves retrageron de ello á la Junta Consultiva, como lo espuso entonces en su manifiesto. Reunidas aquellas Córtes, éstas no quisieron ni aun deliberar sobre si era llegado ó no el plazo que la constitucion designaba para su reforma. Las luces que reunió en su seno aquella asamblea no podian menos de descubrirle el estado de la opinion ilustrada y sensata de su tiempo; á no pretender que los cuerpos representativos que se eligen con la libertad, desprendimiento y órden que se observaron entonces, pueden sobreponerse al influjo de la verdadera opinion nacional cuando ésta adquiere el carácter que tanto la distingue de la que es solo de facciones ó bandos. La nacion, dividida en dos opiniones tomadas latamente presentaba entonces dos partidos igualmente latos. El llamado servil habia sostenido por seis años el régimen absoluto, sin que en su conducta pública ni secreta desde el restablecimiento de la constitucion dejase duda que perseveraba en su fé política con la misma firmeza. El liberal acababa de restaurar la suya. La hóstil repugnancia en su contrario á someterse al imperio constitucional no podia serle desconocida; debió preveerla, y es de suponer que así fuese, cuando no aprovechó el único momento en que cabia alguna transaccion, si es que no se consideraba con fuerza para sostener su triunfo. El partido servil nada habia cedido; nada habia propuesto en seis años que dominó despóticamente; y al ver cuales



eran sus máximas de gobierno; su proceder doble y falaz despues de vencido; y sobre todo su atroz resolucion de apelar al auxilio, estrangero, no quedaba esperanza de que renunciase jamas á sus pretensiones. El partido liberal, cualesquiera que fuesen las imposturas y calumnias de sus enemigos, comprometido estaba para con su patria á observar leyes y reglas conocidas, que todos invocaban, que á nadie eran mas útiles, mas necesarias que á sus mismos opositores, pues los protegian contra la venganza que habian provocado con su intolerable tiranía. Que diferencia entre los dos extremos!

Pero aun estas reglas y estas leyes no eran inalterables. La constitucion no condenaba á los españoles á una supersticiosa y eterna observancia. El período señalado para su reforma no era tan remoto que no bastase á moderar la impaciencia de los hombres justos y prudentes. De él habia transcurrido ya mucha parte, y la que faltase todavia necesaria era para preparar la opinion del partido constitucional, único que podia ser susceptible de ilustracion en estas materias, respecto á que se le concedia libertad para discutir las; mientras que la faccion contraria fundaba su sistema en la mas ciega sumision á sus doctrinas; en una fé implícita á todos sus preceptos, y en la obediencia pasiva á cuanto mandase la autoridad. Estando declarado en la constitucion así el tiempo como el modo de hacer su reforma nada mas natural que usar de la libertad concedida por la ley para examinar los defectos que se fuesen observando en la teoria y ejercicio practico de ella. No obstante, los escritores liberales no habian empezado aun á promover esta grave controversia con la calma y buena fé que podia conciliarles al aprecio de los lectores ilustrados y amantes de su patria. Para este género de discusiones ningun obstáculo habia entonces; á ningun peligro se



esponian los que entrasen en la lid que no sea común á toda disputa pública en que se agitan opiniones, y doctrinas enlazadas con grandes y complicados intereses. La verdadera causa de su silencio en este punto consistia en reconocer que la constitucion no estaba aun suficientemente experimentada; y que las providencias del gobierno se estrellaban á cada paso contra las alevés maquinaciones de la Camarilla; que era necesario rasgar antes el velo que encubria sus tramas dentro del reino, y su pérfida alianza con una liga estrangera. Por tanto es evidente que la opinion constitucional no habia perdido todavia á fines de 1822 la unidad y coherencia con que apareció dos años antes, para deducir con acierto la naturaleza y estension de las reformas que conviniese hacer en la constitucion. Las miras y deseos de individuos particulares no podian servir de criterio en materia tan árdua, cuando ni el cuerpo representativo habia querido hacer uso de la iniciativa propia de su mision y su instituto; cuando los escritores de mas peso y gravedad se abstenian de promover estas cuestiones; cuando las Cortes en sus deliberaciones y decretos; el gobierno en sus mensajes, en sus proclamas, en sus órdenes y actos públicos daban el ejemplo recomendando la obediencia al orden constitucional establecido; en suma, cuando en ninguna provincia se habia dejado de usar el mismo lenguaje y espresar el mayor respeto y deferencia á las autoridades que obraban en nombre y bajo los auspicios de la constitucion.

Asi se hallaban los dos partidos que dividian á la nacion tomados latamente, al abrirse en 1822 las Cortes ordinarias que empezaban su diputacion en el mes de marzo de aquel año. De estos dos partidos jamas podrá llamarse nacional el que para salir victorioso solicitó introdujo, y entregó el reino á los estrangeros; el que para



allanarles el camino les reveló los secretos del estado; adoptó el perjurio por máxima de gobierno; empleó las riquezas destinadas al culto de la religion y á sostener el decoro y dignidad Real en organizar la guerra civil y armar á los españoles unos contra otros, y desconfiando todavia del triunfo, consintió que la *Santa Alianza* abusase del sagrado de sus agentes públicos cerca del gobierno constitucional para establecer con toda seguridad una ale- vosa propaganda que dividiese los ánimos con falsas pro- mesas.

Las sesiones extraordinarias con que concluyeron las Cortes convocadas en 1820, habian sido estremadamente tempestuosas. La agitacion y calor de los debates se habia comunicado á todas las provincias, y no podia me- nos de influir en las elecciones para las nuevas Cortes. Asi es que desde las juntas preparatorias se echó de ver cuan numeroso seria en ellas el partido llamado entonces exaltado. Sin embargo abiertas las sesiones la opinion constitucional permaneció tan inalterable como en la época precedente. En ninguna de las cuestiones que se promovieron durante el primer año de la nueva diputa- cion se oyó jamas la alusion mas remota á reformas cons- titucionales antes del tiempo señalado por la ley. En este punto reinó constantemente la mas perfecta unani- midad, cualquiera que hubiese sido en otras materias la discordancia de opiniones. La diferencia entre los que se llamaban exaltados y moderados en las Cortes no estaba en los principios constitutivos del orden estable- cido, sino en la eleccion de los medios para sostenerle. No obstante esta division el gobierno solo con providen- cias ordinarias pudo evitar en la capital los disturbios, que tanto la habian alterado antes, y tener á raya en las provincias del Ebro las bandas de facciosos que las in- festaban. El espíritu constitucional de tal modo cundia



y se propagaba que hasta en las Cortes se habian ido aproximando los dos partidos, especialmente en el cuarto mes del primer año, como lo hizo ver entre varios hechos la igualdad con que ambos eligieron los miembros de la diputacion permanente, sin recurrir para ello á ningun artificio.

El ministerio se componia entonces en la mayor parte de diputados que se habian distinguido por su capacidad, su ilustracion y su talento parlamentario en las Cortes anteriores, y en las cuales habian profesado constantemente doctrinas moderadas. El encendimiento de los ánimos tanto en Madrid como en las provincias, se habia calmado progresivamente, comparándole ahora con la efervescencia del año anterior. Si pues en la faccion servil hubiese habido un solo átomo de amor á su patria, y en la liga estrangera que la instigaba sombra siquiera de buena fe, no hubieran elegido este período para desplegar un plan, atroz y sanguinario, nunca mas odioso que cuando aparecia en la nacion una nueva aurora de tranquilidad y orden legal. Si la faccion servil y la liga estrangera no hubiesen aspirado á destruir en sus fundamentos las instituciones constitucionales, no hubieran comprometido los intereses que aparentaban sostener, empeñándose de nuevo en los mismos experimentos que tantos y tan amargos desengaños habian acarreado; y que repetidos solo podian servir para preparar nuevas convulsiones mucho mas calamitosas. Ciegas una y otra de pasion se arrojaron ambas á poner por obra el plan exterminador que tenian trazado desde mucho tiempo, dando principio con la escandalosa tentativa de Aranjuez el 30 de mayo de 1822.

Frustrada totalmente aquel dia, la renovaron al siguiente mes en el momento de cerrar las Cortes sus sesiones del primer año; pareciéndoles que podrian con-



sumar en el intermedio el trastorno del orden constitucional. El triunfo conseguido el día 7 de julio acabó de hacer abominable la política anterior de la Camarilla y la de la liga estrangera á los ojos de todos los hombres desapasionados y justos. Los conjurados, vencidos y desechos quedaron á discrecion absoluta de los vencedores. La agresion era tan manifiesta; la atrocidad de su proyecto se habia descubierto de tal modo, que ningun derecho les quedaba de esperar capitulacion que los salvase. Sin embargo, la posteridad podrá comprender apenas que se hubiese llevado á tal extremo la generosidad, cuando la historia le revele todos los hechos y todas las circunstancias. Desde las diez de la noche anterior el gobierno supremo se habia suspendido enteramente por haber dispuesto la *Camarilla* que se cerrasen á un mismo tiempo todas las puertas del palacio, y no se permitiese entrar ni salir á nadie sin su conocimiento y orden espresa. Detenidos dentro de él todos los ministros, menos el de la guerra que pudo escapar por un postigo; y detenido tambien el magistrado á quien incumbia especialmente conservar el orden de la capital, ésta quedó entregada á la furia de una faccion frenética que, á salir triunfante entonces, hubiera inundado en sangre á toda la nacion. A la mañana siguiente una especie de instinto inspirado por ese mismo espíritu constitucional tan escarnecido ahora, no solo conservó en Madrid el orden mas admirable sino que mantuvo ademas la union de todas las provincias en medio de la exaltacion y enardecimiento en que volvieron á entrar los ánimos con la funesta noticia de lo acaecido. Cual hubiera sido la suerte de la nacion si en lugar de la organizacion constitucional que enlazaba la aldea mas pequeña con la capital de su provincia y á ésta con todas las demas, en virtud de magistraturas establecidas por la ley; dependientes solo de



ella; fundadas en la confianza que inspiraba su origen; dirigidas por reglas claras, sencillas, que todos conocían; ideadas no solo para regir en tiempos comunes, sino con el fin de precaver la disolución del estado aun en las circunstancias mas extraordinarias y de mayor peligro; cual la suerte de la nación si en lugar del orden constitucional se hubiera hallado el reino entregado al poder arbitrario y despótico?

Al rayar el alba en aquel día memorable, el sol halló á Madrid sumido en todos los horrores de una plaza asaltada alevemente por enemigos sedientos de sangre y de saqueo; rechazados y muertos unos en la brecha; desechos y prisioneros otros en las calles, y perseguidos los demas hasta sus mismos atrincheramientos que lo era en aquel caso la residencia del gobierno, supeditado entonces por los autores de la conjuración. Sitiados éstos por los vencedores, la autoridad gubernativa dejó de existir de hecho; la fuerza militar inevitablemente se hubiera subrogado por si misma en lugar de la ley, si en el orden constitucional que sobrevivía apesar del conflicto de sucesos, de miras, de opiniones y de una verdadera tribulación no estuviera señalada la senda que debía seguirse. Todos sin escepcion volvieron los ojos á la diputación permanente de cortes designada centro de union nacional en tan peligroso trance. A la distancia á que ya se hallan hoy aquellos acontecimientos no se puede desconocer que esta institucion conservadora protegió en Madrid de tal modo el orden y la seguridad real y personal de todos sus habitantes, que no se suspendieron ni un solo instante, los negocios públicos y privados de ninguna clase. De la misma manera, la persuasión de que este cuerpo vigilaba en la capital, produjo en todo el reino una admirable concordia, pues no obstante la inacción en que cayó el gobierno despues de



aquella catástrofe no hubo una sola provincia que le negase la obediencia.

Si la opinion ilustrada y sensata de la nacion no fuera entonces la opinion constitucional, y la que dominaba verdaderamente ¿como despues del 7 de julio se hubiera podido sostener ni por un momento el órden que regia? Quien hubo en el reino que dudase desde entonces donde estaba el origen de todos los desastres públicos; cuales los intentos de los conspiradores, y de que medios se valian para conseguir su fin? La nacion, no obstante, se mantenia fuertemente asida á las instituciones que habia jurado, para que no pudiesen sus derechos en el naufragio y se viese obligada á conquistarlos de nuevo. Este sentimiento profundo de propia defensa, en medio de la irritacion y furia á que llegaron las pasiones, triunfó de todos los demas, y conservó el órden hasta 9 de agosto siguiente en que se renovó en su totalidad el Ministerio. El movimiento de reaccion no podia menos de dar el ascendiente á las doctrinas mas exaltadas de la época. Los principios de moderacion habian caido en descrédito, pues á ellos se atribuía, si no toda, la mayor parte del arrojio y osadía de los conjurados. Apesar de esto el espíritu constitucional fue todavia mas eficaz y poderoso que lo que era de esperar en aquellas circunstancias. Los nuevos ministros no pudieron conseguir que se suspendiese el artículo 308 de la Constitucion á causa de la vigorosa resistencia que hallaron en las Córtes, y en la opinion ilustrada de los escritores que sostenian sinceramente la causa de la libertad legal. La exaltacion de los ánimos no podia ocultar á la razon y buen sentido que el partido constitucional derivaba su fuerza exclusivamente del órden que regia. En su nombre y bajo sus auspicios de hecho era invencible como se acababa de ver. Todas las declamaciones; todas las teorías que



se le oponian; todos los pronósticos con que se le habia amenazado hasta aqui se resolvian en humo, delante de la esperiencia coetanea. La furia con que se desencadenaron las pasiones despues del 7 de julio; las sumarias judiciales á que dió lugar aquel dia de horror y de conflicto; las sospechas que se suscitaron contra tantas personas públicas y particulares, todo cedió al irresistible influjo de aquel noble espíritu que clamaba en alta voz porque las córtés, que se habian convocado estraordinariamente, se mantuviesen inflexibles en sostener ileso el órden constitucional, sin cuya proteccion los mismos liberales hubieran sido envueltos sucesivamente en una persecucion espantosa. A ella aspiraba con el mayor empeño la faccion doméstica instigada por la liga estrañera como el mejor medio de desviar la atencion pública de los verdaderos conjurados, introducir la discordia entre los constitucionales y allanar así el camino á la intervencion armada que se habian propuesto como último remedio.

Las sesiones en que las Córtés declararon que el procedimiento contra los aprehendidos el 7 de julio con las armas en la mano no se podia estender á los que por la naturaleza de su responsabilidad tenian designada la autoridad competente que debia juzgarlos y los trámites que se habian de observar, serán en todos tiempos un triunfo esclarecido de las instituciones constitucionales que sobrevivirá al espíritu de partido, y á cuanta declaracion y censura se empleó despues para desacreditarlas. Aquella declaracion tranquilizó los ánimos; restableció la confianza y de tal modo inspiró seguridad en las leyes que regian, que al dia siguiente salieron de sus asilos todos los que se habian ocultado para substraherse de la persecucion que les amenazaba. Estos hechos, sin exornacion, son la mejor defensa contra las calumnias con que se in-



tentó obscurecer la verdad de lo ocurrido en aquella ocasion tan memorable. Los países mas célebres por su esperiencia en la carrera de la libertad no pueden presentar ejemplos que escedan á éste. Un sistema de gobierno que hallaba dentro de si mismo los medios de conservarse y proteger á los que se acogian á su sombra, y eso, á pesar de tanta oposicion doméstica y estrangera no merecia ser abandonado para correr tras de ilusiones. A esto es necesario añadir que los sucesos militares provocados por la guerra civil eran igualmente favorables á la causa constitucional. Sus enemigos habian logrado con la proteccion estrangera encender todavia mas la discordia en Cataluña, estableciendo en Urgel una regencia que consiguió hasta abrir un empréstito en París. Sin embargo, este fantasma de gobierno fue hechado de aquella provincia con las bandas que le sostenian, habiendo sucedido lo mismo en las fronteras de Navarra con los cuerpos de facciosos que se abrigaban en ellas. Este era el estado de las cosas públicas en España á mediados de diciembre de 1822.

Despues de tantos y tan inútiles esfuerzos para trastornar el gobierno constitucional ¿como se podia desconocer cual era el espíritu que predominaba en la nacion? como los que se hallaban en Europa fuera del torbellino que habian levantado con sus instigaciones no reconocian su error con estos desengaños? como no se convenian de cuan insensatas eran las pretensiones de una faccion que les representaba á este gobierno sin apoyo; sin mas séquito que un puñado de revolucionarios? como, enfin, resistirse á una demostracion, tal vez única por sus circunstancias, al ver á esas instituciones tan maltratadas, salir victoriosas de tan furiosos embates sin recurrir siquiera á los medios extraordinarios que tenian ellas mismas designados para su conservacion y defensa?



Por ventura se podia explicar este fenómeno sin reconocer que en España la parte ilustrada y activa de la nacion; aquella en que reside la fuerza intelectual de toda sociedad; cuyo influjo es mayor, y mas permanente, siempre que no se interpone alguna violencia estraña que invierta el orden, era la que sostenia la libertad y las instituciones en que ésta se apoyaba á la sazón? De que otra manera se ha establecido aquella en los pueblos antiguos y modernos; ni de que otra manera será jamas posible conseguir este bien inestimable sino por medio de reformas que luchen al principio con antiguos errores; con abusos envejecidos; con encontrados y poderosos intereses?

Esta lucha cuando es solo doméstica no destruye las naciones, ni por larga que sea les impide conseguir lo que se propusieron. A la independendia con que la sostuvo muchos años, debe la Inglaterra su prosperidad y su poder; y del mismo modo hubiera sucedido á otros estados si, como ella, hubieran tenido la buena suerte de no ser contrariados con intervenciones armadas. Este azote, todo lo desconcierta y aniquila, y si le hubiera alcanzado á ella tambien en aquel tiempo, no le hubiera valido ni su noble resolucion, ni la justicia de su causa, ni la conducta ilustrada y patriótica de sus gefes. Uno de sus mas graves escritores, hablando de la época de Carlos I, dice espresamente. »Los estados vecinos de »Europa, empeñados en violentas guerras, se cuidaban »poco de estas turbaciones civiles; y esta isla disfrutó »la singular ventaja (porque tal fue en realidad) de »refir sus propias querellas sin la interposicion de los »extrangeros\*.» En efecto, la Europa estuvo siempre tan lejos de mezclarse como ahora en los negocios interiores de sus estados, que ni los Papas, en mas de ocho

\* Hume, History of England, chap. lxxvi.



siglos que aspiraron á reducirla toda entera á feudo de la silla apóstolica, se habian atrevido nunca á intentar que, por ejemplo, la señoría de Venecia, los estados generales de Francia, las dietas de Ungria y de Polonia, las córtes de Aragon y de Castilla, los parlamentos de Escocia y de Inglaterra, se convirtieran en el régimen teocrático con que ellos administraban el patrimonio de San Pedro. Estaba reservado á la ilustracion y cultura de que se hace hoy tanto alarde, empeñarse en someter á todas las naciones á un solo principio de gobierno; el terror de una policia inquisitoria sostenida por la fuerza militar. Para estender á la desventurada España esta invencion exterminadora se alegaron turbulencias de que jamas estuvo ni estará libre ninguna nacion en igualdad de circunstancias. Pretender que un pueblo esclavizado durante siglos no puede establecer la libertad porque no salga de improviso ilustrado ya y práctico en el uso de ella, es lo mismo que condenarle á perpetua servidumbre. Los que raciocinan de este modo para deducir que las reformas solo se deben emprender por los gobiernos libre y espontaneamente, ó sostienen una quimera, ó proceden con insigne mala fe. Los gobiernos que no sean fruto de una reforma resistirán siempre toda alteracion, que les coharte siquiera, administrar arbitrariamente y sin responsabilidad. Hasta el bien que hagan ha de ser por su mero beneplácito; no ha de estenderse sino hasta donde les convenga; ni durar mas que por el tiempo de su voluntad, ó su capricho.

El gobierno de Francia para disimular su intento y asimismo fomentar y dar calor á la guerra civil en las provincias del Ebro, habia ideado en octubre de 1821 formar dentro de su frontera un egército con el nombre de *cordón sanitario*, aparentando temer la fiebre amarilla, que como en las épocas anteriores, se habia manifestado



únicamente en la parte litoral del mediodía de España. La facción servil conocía de tal modo la inutilidad de sus esfuerzos, que no cesaba de reclamar algún auxilio poderoso que la salvase. El *cordon sanitario* era, en realidad, un reconocimiento público de que el gabinete de las Tullerías ya estaba plenamente convencido de la debilidad de aquella bandería, pues no de otra manera se podría resolver á usar de un estratagema tan aleve, que así comprometía su decoro y buena fe. El 7 de julio desvaneció todas las esperanzas, acabando de desengañar á la liga Europea que no era posible trastornar en la península el gobierno constitucional sin recurrir á una intervencion armada. Para concertar definitivamente el plan se aprovechó de lo indicado al disolverse el Congreso de Laybach, donde se evitó pronunciar opinion colectiva sobre los negocios de España por no alarmar antes de tiempo el gabinete de Madrid. Con arreglo á aquella indicacion se reunió despues de algunas dilaciones, otro nuevo Congreso en Verona por octubre de 1822. La Francia en él, tomando la iniciativa, descubrió sin reserva la premeditada intervencion con que se proponia sostener en la península á una facción desnaturalizada y atroz, con quien estaba ligada estrechamente habia mas de dos años. En la iniciativa no se detubo en suponer próximo, y aun inevitable un rompimiento con España, pues estrechó á los miembros de aquel congreso á que le manifestasen los auxilios con que se proponian contribuir á tan ilustre empresa.

Los soberanos reunidos el año anterior en Laybach habian asegurado al gobierno Español que "en la causa de la revolucion peninsular; en lo uniforme de la voluntad general y en otras circunstancias que le eran peculiares reconocian motivos legítimos de confianza y seguridad que hacian esperar la continuacion de ar-



» monía y buena inteligencia entre España y las demás  
 » naciones. » Desde que se hizo esta declaración hasta  
 la apertura del Congreso de Verona nada habia ocurrido  
 en la península que pudiese alterar su estado político, á  
 no ser altercados y disturbios domésticos inseparables de  
 toda reforma, comunes á las demás naciones en casos  
 semejantes, y que jamas autorizaron intervenciones arma-  
 das, sino cuando se buscaron pretextos para ellas sin  
 pararse en la justicia, ó injusticia de la causa. La reunion  
 sola del Congreso de Verona bastaba para escitar grandes  
 temores; visto que la sumision de Italia y el estado de la  
 Europa no daban motivo á sospechar siquiera que se  
 alterase la paz en mucho tiempo. Alarmado justamente  
 el gobierno constitucional de España no dudó abrirse \*  
 con el de Inglaterra, confiando hallar en sus generosos  
 sentimientos toda la proteccion que fuese compatible con  
 la neutralidad á que le consideraba inclinado. El go-  
 bierno Español en este paso dió una nueva prueba de cir-  
 cunspeccion y prudencia, anticipandose á espresar el  
 mismo los términos, ó condiciones con que se le concederia  
 lo que solicitaba. Bien sabia que las instituciones cons-  
 titucionales de España habian estado siempre en disfavor  
 con el gabinete á quien se dirigia; mas no por eso debia  
 creer que los grandes intereses de dos naciones poco antes  
 estrechamente unidas en una causa comun á ambas, y á  
 cuyo triunfo tanto habian contribuido los nobles y pa-  
 trióticos esfuerzos que sin duda supieron promover aquellas  
 mismas instituciones, pudieran sacrificarse por un gobierno  
 ilustrado, y sobre todo libre, al empeño de sostener con  
 la *Santa Alianza*, una cuestion metafísica y meramente  
 doctrinal, en que esta liga iba á engolfarse en el Congreso

\* Véase el despacho del Señor San Miguel al Caballero Colon de 19 de noviem-  
 bre de 1822.—Parliamentary Debates, new series, page 913.



de Veróna. En efecto, el ministerio de Inglaterra no rehusó ofrecer su mediacion para con la Francia.

Cuando el gobierno Español no tubiese presente la conducta invariable del gabinete de las Tullerías desde el año 1820; cuando se hubiese querido desentender del carácter hóstil que tomaba esta conducta con el *cordon sanitario* y la abierta proteccion que daba este egército á las bandas Españolas de rebeldes que se apoyaban en su misma línea, la contestacion del ministro de negocios estrangeros en París 26 de diciembre de 1822 desechando aquella mediacion le hubiera descubierto la resolucion premeditada de aquel gabinete de usar de violencias y recurrir á las armas. Despues de tanto tiempo como ha transcurrido desde que empezó esta funesta negociacion; despues de haberse desplegado toda la malignidad que entonces no se quiso reconocer en ella; despues que se disiparon tantas ilusiones y se consumieron tan inícuos proyectos, justo será ya que se rectifique el juicio contemporáneo en que inconsideradamente se condenó á las Córtes Españolas porque habiendo penetrado los verdaderos designios contra la nacion que representaban, se resistieron á sancionar una intervencion estrangera que se intentaba legitimar induciendolas con ardides y con amenazas á que la reconociesen por causa justificativa de la más odiosa entre todas las prevaricaciones. Los documentos de aquella negociacion son en el dia públicos; pertenecen ya á la historia de la época, y en recurrir á ellos no puede haber indiscrecion ni ligereza \*.

+ Véase el despacho de Mr. Canning al Duque de Wellington de 6 diciembre 1822.—Parliamentary Debates, &c.

\* La mayor parte de estos documentos circularon en España poco despues de salir el gobierno constitucional para Andalucía, no solo por haberlos insertado los periódicos ingleses de aquella época, sino porque la legacion de Inglaterra los distribuyó á varias personas impresos por separado, y á ellos se aludió en las Córtes en las sesiones de 23 y 24 de mayo de 1823 en Sevilla.



○ Ninguno que lea con detenimiento la contestacion del Duque de Montmorency rehusando admitir la mediacion de Inglaterra en favor de España, podrá menos de fijar toda su atencion en el siguiente pasage. »S. M. no ha »podido dejar de ver que la situacion de la Francia con »respecto á España no es de naturaleza que pueda re- »clamar una mediacion entre las dos cortes. En efecto »no existe entre ellas ninguna diferencia, ningun punto »especial de discusion cuyo arreglo pudiese restablecer »sus relaciones en el estado en que deben subsistir †.» En el inmenso cúmulo de anales diplomáticos que pudieran consultarse para el caso, no se hallará ejemplo de que despues de reconocer esplicitamente que no existian altercados ni disputas de ninguna especie con una nacion vecina, sin embargo se le amenase con la guerra, y se desechase la interposicion de un gobierno amigo que se ofrecia á mediar para evitarla. Confesion tan categórica no solo descubria los intentos hostiles de la Francia, sino tambien lo premeditado é irrevocable de su resolucion. No es menos digno de notarse lo que á continuacion añadia aquel ministro: »España, por la naturaleza de su »revolucion y por las circunstancias que la acompañaban, »escitó los temores de varias grandes potencias. La »Inglaterra participó de estos temores, pues ya en 1820 »preveía las circunstancias en que seria imposible con- »servar con España relaciones de paz y buena inteli- »gencia.» Jamas argumento *ad hominem* se habrá empleado con mayor destreza, y en ninguna discusion diplomática, la recriminacion puede haber sido mas eficaz y poderosa, teniendo presente que el gobierno de Inglaterra no insistió en que se aceptase su mediacion aunque desechada de este modo, y no obstante las razones en que se fundaba para ello la Francia. Si todavia quedase alguna

† El Duque de Montmorency al Duque de Wellington; París 26 octubre 1822.



duda de lo futil y deleznable de estas razones véase el objeto ostensible de las medidas propuestas en el Congreso de Verona respecto de España, repetido en la misma contestacion del Duque de Montmorency. » El objeto era » conseguir, si fuese posible, que se mejorase el estado » de un país de tanto interes para la Europa. » Si pretestos semejantes bastasen á justificar intervenciones armadas, que pueblo en el mundo estaria jamas á cubierto de este azote? Bajo tan felices auspicios se entabló una negociacion cuyo éxito no pudo ser dudoso sino para el que tubiese empeño en alucinarse.

Las Córtes sin necesidad de otras revelaciones que los sucesos públicos dentro y fuera de España, tenian gran número de pruebas para creer muy próximo el peligro que amenazaba la independendia nacional. El modo como habian terminado los negocios políticos de Italia, señaladamente en Nápoles; la formacion de un egército frances en la frontera de los Pirineos, al principio so color de precaucion sanitaria, y como para irrision de los crédulos y los ilusos, convertido despues en cuerpo de observacion; la reunion de un nuevo Congreso de Europa cuando se proclamaba con arrogancia que la tranquilidad de ésta reposaba sobre fundamentos indestructibles, todos estos hechos asociados á la conducta temeraria de los conjurados dentro del reino no podian menos de agitar el ánimo de cuantos los observasen atentamente.

La aproximacion en las Córtes de los dos partidos interrumpida, al parecer, con lo ocurrido despues del 7 de julio, volvió á renovarse con el aspecto que dió á la política europea el Congreso de Verona. Asi es que el gobierno halló todo el apoyo que deseaba al proponer en diciembre de 1822 el aumento de la fuerza militar y otros medios de defensa. Todas las diferencias de opinion sobre cuestiones agitadas anteriormente cedian su



lugar á la necesidad de precaverse contra un peligro inmediato y comun porque á todos alcanzaba. La intervencion estrangera se veia y se oia anunciar por todas partes. Como queda indicado ya, el cuerpo diplomático en Madrid habia establecido la mas insidiosa y activa propaganda, no solo en los altos círculos que frecuentaba libremente, sino tambien en otros inferiores, valiéndose de diferentes medios que proporcionaban entonces las circunstancias. Un enjambre de agentes suyos bajo diversas formas y pretextos ausiliaba la empresa de dividir y estraviar la opinion de los constitucionales. Al mismo tiempo la imprenta periódica en los países estrangeros reclamaba la intervencion, publicando con el mayor descaro todo género de imposturas y calumnias contra los liberales españoles: ocultando con la mas consumada hipocresía cuanto pudiera recomendar su conducta y favorecer la noble causa que se sostenia.

Así se hallaba la desventurada península cuando el gabinete de las Tullerías rasgó el velo con que habia pretendido encubrir la iniquidad de su designio. El primer acto con que anunció su resolucion no tiene ejemplo en la historia diplomática de ninguna época, y bastó el solo para poner de manifiesto toda la profundidad y maquiavelismo de la trama urdida antes en Verona. Fue este acto la revelacion de un despacho del presidente del consejo de ministros en París dirigido á su embajador en Madrid, hecha por el monitor antes de llegar siquiera aquel documento á su destino. El despacho, por su tenor y su carácter, era estrictamente igual á las instrucciones que se han dado en todos tiempos y países á los agentes públicos que residen cerca de otros gobiernos. Toda comunicacion diplomática de estado á estado se dirige reservadamente por conducto de los funcionarios revestidos de autoridad para el caso, sin que la forma de



gobierno altere jamas esta regla general. Sin entrar en las obvias razones en que está fundada una práctica tan universal como prudente, el gobierno constitucional de España de hecho no habia sido escepcion de la regla. Tres años se habia observado con él por parte de todas las potencias de Europa, cuando de improviso hace esta novedad el gabinete de las Tullerías. Nunca es mas necesario el secreto de las comunicaciones diplomáticas que cuando por la gravedad de los negocios, ó por las circunstancias que acompañan á la discusion puede ofenderse á alguna de las partes interesadas, ó dejar en su ánimo impresiones vivas y desagradables. La falta de circunspeccion en este caso nunca podria menos de ser considerada como prueba de espíritu hóstil en el que la cometiese.

Si no se hubiera divulgado en París aquel despacho el gobierno constitucional ciertamente no hubiera dado publicidad á una correspondencia que tanto debia mortificar su amor propio; nadie podia estar mas interesado que él en la reserva. Pero los ministros franceses necesitaban de aquella revelacion para asegurar por este medio la publicacion de las notas de Verona. Si el gobierno constitucional hubiese creido necesario dar conocimiento de ellas á las Córtes, lo hubiera hecho con la reserva debida á los respetos de un cuerpo que no habia perdido el derecho de ser tratado con decoro porque no estuviese en la gracia de los que le vilipendiaban. Entonces la negociacion, á haber lugar á ella, no hubiera salido del curso señalado por las reglas comunes á todos los países cultos, y por las que á la sazón regian en España. La publicacion de Paris fue un acto premeditado para quitar al gobierno constitucional toda libertad y toda independencia en la negociacion, precipitándole á él, y si fuese necesario á las Córtes tambien, en una lucha abierta de



partidos que no podía menos de resultar con una revelacion anticipada de semejantes documentos. La frivolidad de las razones con que se pretendia cohonestar la publicacion no podia absolver al gabinete agresor de la responsabilidad que envolvía un acto verdaderamente temerario. Un gabinete que presumia ser todo circunspeccion, todo detenimiento, todo prudencia, todo aversion á medidas revolucionarias no podia, sin comprometer irrevocablemente su reputacion y su decoro, tomar una resolucion que todavia hubiera sido arrojo en el *comite de salud pública*.

La constitucion española entre las prerogativas de la autoridad real señalaba la de *declarar la guerra, y hacer y ratificar la paz, dando despues cuenta documentada á las Córtes*; y así mismo, *dirigir las relaciones diplomáticas y comerciales con las demas potencias*\*. En este punto las facultades de los Reyes en España no eran menores que las que reconocía en los monarcas franceses la carta otorgada por Luis XVIII. El gabinete de las Tullerías no podia desconocer estas disposiciones de la constitucion española para no conformarse con ellas en este caso. El desprecio que hiciese de esta constitucion, y el ódio con que mirase sus principios no le servirian de mejor disculpa que si los alegase para no respetar en sus comunicaciones las reglas establecidas en el divan de Constantinopla, ó la etiqueta usada en las regencias berberiscas. Menos aun ignorancia habiendo hecho á esa misma constitucion obgeto de su censura; aspirando á su abolicion, ó á su reforma, y declarando que una ú otra, ó ambas á dos era la condicion *sine qua* para no intervenir con las armas en los negocios interiores de España. Observadas, pues, con el gobierno español las reglas mas comunes de urbanidad y cortesania el ministerio constitu-

\* Artículo 170, facultad 3ª y 10ª.



cional no se hubiera visto obligado á leer públicamente en el Congreso el libelo de Verona. Los ultrages en sesion secreta hubieran perdido á lo menos la odiosidad del escándalo. Pero esto era precisamente lo que se buscaba; denunciar á la Europa que las Córtes españolas acababan de ser residenciadas por el Congreso de Verona para separarlas de este modo de la nacion que las habia constituido; deprimirlas en la opinion de otros países; privarlas de todo apoyo moral, y asi aisladas, allanar el camino á la pretendida agresion de aquella liga.

Los ministros franceses estaban demasiado versados en las artes de viciar y depravar las revoluciones para no conocer que con su inaudita delacion iban á escitar una curiosidad irresistible en los partidos; provocar todos los resentimientos; concitar todas las pasiones. Que los constitucionales alarmados al entender que se intentaba alterar las instituciones que regian, no podrian menos de clamar por una manifestacion de lo que pretendiesen los gabinetes estrangeros. Que la faccion servil, ufana con la intervencion, aumentaria su descaró y su insolencia; en suma, que el conflicto de opiniones, y juicios diversos, acrecentado por la misma obscuridad de los hechos exacerbaria los ánimos y obligaria al fin al gobierno á arrostrar las consecuencias de una publicacion que no podian ser mas funestas que la incertidumbre y ansiedad de unos; la provocacion y la arrogancia de los contrarios. Poca penetracion era necesaria para anticipar efectos tan naturales, y tan inseparables de la agitacion que habia entonces en los ánimos. El ministerio español, autorizado por la constitucion para tratar con toda independencia con los gobiernos estrangeros, hubiera contestado al gabinete de las Tullerías, y lo mismo á las notas de Verona reservadamente y sin necesidad de comunicar siquiera su respuesta á las Córtes; ó si lo hubiese creido



conveniente, lo hubiera hecho en sesion secreta, en la época, en la forma, y con las reticencias, omisiones, ó revelaciones que le pareciese, segun su propio juicio y discrecion, como habia sucedido invariablemente en todas las negociaciones anteriores. En este mismo caso habia ya el ejemplo cuando abrió su corazon á la Inglaterra para que mediase, sin que por eso lo hubiese puesto siquiera en noticia de las Córtes. Tal hubiera sido el curso seguido en estas negociaciones, porque no era dable que fuese otro, á no haber invertido el orden la maligna revelacion del gabinete de Francia.

Denunciado de esta manera el gobierno constitucional se vió obligado á abandonar toda reserva á fin de ponerse á cubierto de una responsabilidad, tremenda ciertamente en la exaltacion á que habian llegado entonces los ánimos. Es necesario tener presente cual era la irritacion de los partidos despues del 7 de julio para formar hoy idea exacta de la impresion que hizo en Madrid la lectura del artículo en que el Monitor insertaba las instrucciones dadas al Conde de Lagarde por el presidente del Consejo de los ministros franceses. No hubo en esta capital persona, cualesquiera que fuesen sus opiniones, sus miras, ó sus deseos, que no viese con asombro tan desusada revelacion. La alegría en unos; la ansiedad y confusion en otros; la vacilacion y el escándalo en todos los demas, eran una prueba irrefragable de que se consideraba aquella publicacion como un suceso extraño, nuevo y desconocido en el orden adoptado en todos tiempos para comunicaciones semejantes. Pasando del hecho de la revelacion al contenido del despacho la sorpresa que produjo es inesplicable.

Desde el restablecimiento de la constitucion el gobierno español habia asegurado constantemente en las Córtes que todas las potencias extranjeras manifestaban vivos



deseos de conservar con él toda armonía y buena inteligencia. Cual seria, pues, la admiracion de los que leyeron aquel singular documento al ver que un gabinete que hasta entonces no habia dejado de llamarse amigo y aliado, inopinadamente y por primera vez declaraba que no reconocía en el gobierno constitucional de España otro origen que una rebelion militar! Que de ella era de donde procedian las turbaciones que alteraban la península; que solo estas turbaciones obligaban á la Francia á mantener un ejército de observacion para seguridad de su propia frontera. Que los soberanos reunidos en Verona le ofrecian cuantos auxilios fuesen necesarios para conservar su dignidad y su reposo. Cual seria la admiracion al observar que siendo la Francia por su situacion geográfica la potencia que podia correr algun peligro con las pretendidas turbulencias en España, no por eso se presentaba como principal en la arena, sino que anunciaba por mantenedores de la lid á los que acababa de designar como auxiliares! Cual la admiracion y la sorpresa al leer la insolente amenaza de ser la voluntad suya y de sus aliados repeler por todos los medios posibles los principios y los movimientos revolucionarios! Y por último, como si la provocacion no fuera todavia bastante, añadir por irrision que se pudiese comunicar y aun dar copia de un despacho publicado en París por el periódico de oficio del gobierno antes de haber llegado siquiera á manos del agente público en Madrid para quien estaba destinado!

Encendidos los ánimos al contemplar este cúmulo de insultos, de alevos imputaciones, de ardidés y supercherias ya no era posible contener la impaciencia de saber las comunicaciones de Verona, y en este punto los justos y sinceros temores de los constitucionales se vieron confundidos con los diversos sentimientos de todos los demas partidos. Estrechado el gobierno por las cir-



cunstancias á dar una contestacion que no podia reservar despues de la alevosía cometida en París, se vió obligado á adoptar una resolucion que le salvase de ulteriores asechanzas. Guardar secreto en ella no solo era inutil pero imposible sin comprometer la tranquilidad de todo el reino. El clamor iba á ser universal ; la buena y la mala fé le hubieran levantado simultáneamente aunque con designios opuestos. En las Córtes necesariamente se habian de pedir esplicaciones al gobierno ; los ministros no hubieran satisfecho con respuestas evasivas como en tiempos comunes y ordinarios ; la discucion lejos de calmar los espíritus ardientes los hubiera enardecido ; toda omision, toda reticencia seria sospechosa ; la desconfianza no podia dejar de apoderarse de todos. En suma, el gobierno ora se anticipase á la escitacion de las Córtes, ora esperase su iniciativa para manifestar la verdad debia estar preparado á repeler los cargos que pudiesen promover contra él los mismos que le habian colocado en tan peligrosa situacion.

Sin mas exámen que la simple lectura de las comunicaciones de París y de Verona era evidente que la intervencion armada estaba resuelta con toda premeditacion, pues las condiciones para evitarla no solo eran exorbitantes, sino que estaban fuera de los límites de la autoridad del gobierno. La constitucion era el blanco de todas las amenazas ; la constitucion era la única víctima espiatoria que se admitia por la inexorable arrogancia de príncipes que en menos próspera fortuna no dudaron celebrar los triunfos, las bendiciones y entusiasmo que hicieron tan gloriosa y tan ilustre su publicacion en 1812 ; de los que en la misma época, llenos de tribulacion y amargura, la miraban como uno de los instrumentos que los podian libertar de la humillacion y abatimiento á que entonces se veian reducidos. Esta constitucion despues



de haber dejado de ser útil podia aparecer tan incongruente, ó tan absurda como se quisiera suponer; mas no porque hubiese sido proscrita en el Congreso de Verona era menos obligatoria en España. Sus enemigos y sus detractores pueden hoy calificarla á su gusto y con absoluta impunidad porque ha perecido; mas no se debe olvidar que los funcionarios públicos la juraban al entrar en sus cargos, y hasta los mas encarnizados contra ella usaban de toda hipocresía y disimulo para evitar, mientras la minaban la pérdida de sus empleos. Aquella época y no esta; la exaltacion que habia en diciembre de 1822, y no el terror que infundió en octubre de 1823 un ejército extranjero debe ser el criterio para juzgar acertadamente cual hubiera sido la suerte inevitable de los que hubiesen aconsejado y cooperado á lo que pretendian los que no tenian responsabilidad. Esta responsabilidad no era ideal, ó imaginaria; estaba declarada espresamente en las leyes; la exaltacion contemporánea se hubiera encargado sin la menor duda de que no fuese ilusoria. Todas estas consideraciones forzosamente habian de influir de un modo irresistible en la conducta del gobierno constitucional.

La participacion que hizo éste á las Cortes de su respuesta á las comunicaciones de París y de Verona, aunque un acto voluntario de su parte en el estado que tenia la negociacion, no podia dejar de promover debates vivos y animados. Las Cortes eran verdaderamente el campo que habia elegido para desplegar nuevas maniobras la liga estrangera; y á ello estaba dirigida la revelacion de París, como se ha indicado antes. La existencia en las Cortes de dos partidos casi iguales, le hizo creer que se encenderian de nuevo con discusion tan ináudita y peligrosa, no pudiendo menos el escándalo á que diesén lugar los debates de contribuir poderosamente al fin que se



deseaba. Sus esperanzas en este punto se frustraron como en otras ocasiones, por estar fundadas en un error que alcanzó á muchos otros. Los partidos en las Córtes, segun se ha visto, nunca tuvieron origen fuera de la constitucion desde que ésta fue restablecida en 1820. Las que á la sazón se hallaban reunidas, desde el primer año se mostraron resueltas á resistir vigorosamente toda intervencion estrangera en los negocios interiores, como entre otros casos lo hizo ver la discusion sobre el presupuesto general de gastos para el año económico de 1822. Si los agentes de la *Santa Alianza* despreciaron hecho tan importante, esto solo probará que ellos, sus gobiernos y parciales se engañaron en su juicio no obstante su presuncion y arrogancia.

Por fin, el 9 de enero de 1823, el gobierno dió cuenta á las Córtes de las comunicaciones de París y de Verona, juntamente con las respuestas que consideró oportunas. La revelacion de París, en realidad, habia sido una apelacion á los partidos en España, y no dejaba á los ministros otra alternativa que una contestacion explícita y constitucional, ó renunciar antes de comprometer su responsabilidad con otra que no siendo categórica admitiese, y aun provocase siniestras interpretaciones. Oportunamente se ampliará esta observacion. Ahora es necesario convertir la atencion ácia otra parte, pues desde este momento varia la escena en todos sus aspectos.

La mera lectura de las notas de Verona bastaba para descubrir el espíritu con que se habian estendido. Sus autores no dudaron que las Córtes, compuestas á juicio suyo, de sediciosos y gente desalmada se dejarían arrebatarse de cólera hasta dar en todos los excesos de un tumulto popular capitaneado por furiosos demagogos. A la verdad, aun suponiendo que los diputados fuesen las heces de la sociedad española todavia era de creer, que como



hombres no podrian oir con impasibilidad estóica aquel torrente de injurias personales sin justificar por merecido el vilipendio. Sin embargo, las Córtes tambien en este caso dejaron burladas las esperanzas de sus enemigos. Sin dejar de sostener la dignidad y decoro de su noble mision y su autoridad se abstuvieron entonces de deliberar, no fuera que se atribuyese á impresiones del momento la resolucion que se tomase. Esta sesion no puede ser desfigurada para la posteridad. Cualquiera descripcion que haya ideado el espíritu de partido; cualquiera la que hiciesen á sus respectivos gobiernos los agentes diplomáticos habrá servido para fines contemporáneos; la realidad de los hechos sobrevivirá á despecho suyo; la razon recobrará su imperio y será justa. Oida la comunicacion hecha por el gobierno, la impresion en las Córtes fue uniforme y profunda. Todos los diputados, sin excepcion de uno solo, por un movimiento interior y simultáneo, se pusieron en pie, sin faltar por eso á la gravedad y compostura en que tanto se distinguieron invariablemente las Córtes Españolas desde su restablecimiento en 1810. Así permanecieron hasta que considerado suficiente tan justo desahogo, el presidente les persuadió á que se sentasen; habiéndose notado que ninguno queria ser primero en obedecer por no manifestar quizá menos interés que otro en una demostracion tan nacional y patriótica. Esta circunstancia no puede omitirse; en aquel caso fue característica; no tuvo origen en el artificio; no habian precedido á ella coaliciones ni otros compromisos parlamentarios, tan frecuentes en los cuerpos representativos, cuando el peligro comun, ó algun suceso extraordinario exige la consolidación de opiniones y esfuerzos que suelen dividirlos. El interes, como nacional, no era de facciones ni bandos; la agresion no podia enmascararse con el grosero disfraz de aparentar que se dirigia





solo contra personas determinadas y doctrinas de secta. La unanimidad en aquella sesion memorable fue inesperada para los mismos diputados; era, por lo mismo, un fenómeno imposible de explicar sin recurrir al íntimo convencimiento que tuvieron de que la amenaza se dirigia contra la independencian de la nacion; contra el principio de todas las constituciones; que reproducia el caso de Bayona en 1808, mal encubierto con suponer que se aspiraba solo á libertar á un príncipe que se decia cautivo de sus propios súbditos, como si su redencion pudiera consistir en quedar entregado al arbitrio de un egército invasor.

Que este movimiento en los diputados no fue efímero; que no provino de una efervescencia pasagera y fugaz lo demostró su conducta posterior. Aplazada la discusion para dos dias despues, todos ellos perseveraron en su primera resolucion. Cuando el espíritu público se agita y se conmueve como sucedió con la lectura de aquellos documentos y lo ocurrido en las Cortes en la sesion del dia 9, el intermedio de dos dias es una eternidad para la impaciencia y exaltacion de los ánimos. En los países mas experimentados y mas prácticos en el uso de la libertad no se hallará ejemplo de circunspeccion que esceda á éste en igualdad de circunstancias; pero las Cortes españolas entonces estaban en disfavor y en vano hubieran esperado imparcialidad y justicia en sus émulos y adversarios. Durante estos dos dias no pudieron menos de manifestarse todas las opiniones que mereciesen algun séquito. Los disputados por su número, por sus conexiones personales, preciso era que estuviesen en contacto con los diferentes círculos en que se hallase distribuida la poblacion toda de la capital. Nada es mas verosímil que el que consultasen, que oyesen el juicio de sus amigos y conocidos; que participasen de sus sentimientos; que



escuchasen y cediesen á sus reflexiones; en suma; su propio parecer no podia conservarse en una independencia tal que se sobrepusiese á todos los principios y á todas las reglas morales que dirigen la sociedad humana. Sin embargo, su ánimo permaneció inalterable. La sesion de 11 de enero puede ser todavia obgeto de detraccion y de censura, pues todo lo consiguen la corrupcion y el terror. Pero á despecho suyo vivirá en los corazones generosos, y pasará á la posteridad como un ejemplo ilustre de concordia nacional.

Los dos partidos que habia en las Córtes, aunque aproximados ya por este tiempo, como queda dicho, conservaban todavia separacion en muchas cuestiones y materias en que los hombres como los cuerpos no pueden pensar con uniformidad. Mas ahora de improviso se reunen y consolidan en la misma opinion respecto á un punto de la mayor gravedad é importancia. Que esfuerzo hubiera podido triunfar de los obstáculos que en todos tiempos y países oponen á una concordia semejante las pasiones inherentes á la naturaleza humana, si no hubiese intervenido el primero y mas durable de todos los intereses sociales! No fue, no, idolatría á la constitucion que regia entonces; no lo fue á una ú otra teoría de gobierno representativo, ni tampoco á doctrinas, ó nociones especulativas de esta clase, sino un convencimiento íntimo, profundo, irresistible en el ánimo de los diputados, sin relacion á opiniones, ó principios políticos; convencimiento que les puso delante de los ojos cual iba á ser la suerte futura de la nacion despojada de su independencia y sus derechos, entregada al influjo estrangero, y condenada nuevamente á la humillacion y vilipendio en que cayó despues de 1814.

Este convencimiento, esta persuasion íntima y profunda no procedia solo de haber oido leer las notas de



Verona. Las Córtes hallaron concentrado en este libelo todo lo ocurrido desde 1820 dentro y fuera de España, con el fin de trastornar en ella las instituciones que la dirigian en su carrera de restauracion; vieron desplegada la insidiosa trama de tres años urdida á la sombra de tanta lealtad y buena fe, y la cual iba á consumarse con la odiosa intervencion de los gobiernos de Europa, resuelta con premeditacion y ademas anunciada de un modo irrevocable para cerrar la puerta á toda negociacion y compromiso. Para ello se procuró herir de muerte el honor, no de un bando; no de un puñado de hombres solamente, como se quiso suponer, sino de la nacion entera. La separacion de personas en categorías designándolas con nombres escogidos; aislándolas y segregándolas de su patria para que recayese esclusivamente sobre ellas la proscripcion de la liga estrangera podria lisongear por el momento la vanidad de unos; alhagar el orgullo de otros; satisfacer resentimientos y fomentar ilusiones y quimeras. Mas si este funesto error pudo alucinar á algunos, las Córtes no era dable que cayesen en el mismo lazo, obligadas como estaban á examinar, á desentrañar lo que se les ponía delante.

Las declaraciones de París y de Verona no admitian interpretacion; no podian ser mas esplicitas y terminantes. La del gabinete de las Tullerías decia sin rebozo, que *una insurreccion militar habia obligado al Rey Fernando á admitir una constitucion que ni habia reconocido ni aceptado al reasumir la corona\**. Esta asercion podia hacerse impunemente y con la petulancia y descaro de estrangeros que ninguna responsabilidad reconocian para con la nacion á quien calumniaban. Pero una asamblea que no se habia elegido asimismo, sino que existia por voluntad de la nacion para que defendiese sus derechos,

\* M. de Villele al Conde de Lagarde, 25 de diciembre de 1822.



no para que disputase y sentenciase sobre los títulos con que los poseia, esta asamblea no podia reconocer á una autoridad incompetente, é intrusa que se arrogaba la facultad de decidir soberanamente lo que era ó no legítimo en un país que habia conquistado su independencia á precio de su sangre. Esta asamblea no podia desentenderse de la amenaza de que la *Francia no dejaria un momento de proseguir en las medidas preventivas que habia tomado mientras España continuase despedazada por las facciones.*

Las Córtes compuestas de Españoles nacidos en España; enlazados por vínculos de sangre, de amistad, de respeto, de benevolencia con las clases que formaban su estado político y civil no podian oír sin escándalo que el restablecimiento de la constitucion en 1820 no tuviese mas origen que una insurreccion militar. Las Córtes en tan atrevida impostura vieron mancillado el honor de tantas personas beneméritas é ilustres como en el intermedio transcurrido desde 1 de enero hasta 9 de marzo inmediato, se apresuraron á condescender con los deseos de su patria que para espresarlos ciertamente no se propuso jamas escoger por sus procuradores á los agentes de ningun gobierno estrangero; de tantas personas beneméritas, é ilustres como despues del mes de marzo se conformaron con los deseos de su misma patria desde los miembros de la Junta consultiva hasta los individuos del último y mas humilde Ayuntamiento del Reyno. Si este prodigioso número de personas en todas las clases y categorías que espresó su voluntad deliberadamente; si el número todavia mayor de las que, sin pertenecer á la administracion pública en ninguno de sus ramos, declaró igualmente su opinion con demostraciones no menos enérgicas y eficaces ofreciendose á defender el orden constitucional con las armas, con la ilustracion, el



talento, la industria y los capitales, no quedaba así como el primero infamado y envuelto en la calumniosa asercion del gobierno de Francia, entonces es forzoso confesar que no son los actos exteriores de los hombres, ni las protestaciones libres y espontáneas que los corroboran, lo que ha de servir para conocer sus deseos y deducir de ellos lo que conviene, ó perjudica á los estados.

Las Córtes, que ninguna otra regla tenian para formar su juicio sino los principios que hasta entonces habian dirigido el orden moral del mundo civilizado, hallaron comprendidos con ellas en la proscripcion de París á todos los que de cualquier modo y en cualquiera época contribuyeron al restablecimiento, conservacion y defensa del régimen constitucional. Creyeron por lo mismo que si su mala estrella queria oprimirlas ahora á ellas solas con el peso de las dificultades y de los peligros, la responsabilidad era tambien de muchos otros mas felices en encontrarse en aquel momento libres de tanta tribulacion y amargura. Por tanto, no podian esperar de la sensatez y cordura de la nacion que ésta las abandonase, y menos aun que se dejase deslumbrar con la insidiosa promesa de que los *pueblos de la península, restituidos á la tranquilidad, hallarian en sus vecinos amigos leales y sinceros\**. Ardid pérfido y aleve usado para estrañar de las Córtes á los que inespertos se dejasen engañar y entregarlos despues con su triste patria á la furia implacable de una banderia fanática y sanguinaria. Pasando de la declaracion del gobierno de Francia á las del Congreso de Verona las pruebas de la premeditada é irrevocable intervencion no eran menos directas y evidentes.

El gabinete de San Petersburgo, sin respetar, ni aun por su propio decoro, el reconocimiento explícito y volun-

\* M. de Villele, *ibidem*.



tario que habia hecho de la Constitucion en 1812, no se detenia en traher sobre si la mas grave responsabilidad. Despues de asegurar que un puñado de *soldados perjuros habian vuelto sus armas contra su soberano y su patria, para imponer á España leyes que el juicio público de toda la Europa ilustrada por la esperiencia de los siglos, habia condenado con la mas alta desaprobacion*, se gloriaba de haber sido el primero á sonar la trompeta de alarma en esa misma Europa, ya en el año de 1820, señalándole las calamidades inseparables de *instituciones que consagraban las revoluciones militares por el modo mismo con que se establecian* †. No es posible usar espresiones mas claras y decisivas. El anatema comprendia asi el origen como los principios del gobierno constitucional de España. Un régimen cargado con la execracion de la Europa ya no era susceptible de modificaciones ni reformas; su estirpacion únicamente podia calmar el terror causado á los soberanos, y á los pueblos, segun se aseguraba. Descendiendo luego, como si fuera para escoger hechos con que probar sus aserciones, recorria con prolijidad los actos de la administracion constitucional. No eran, no, las Córtes reunidas á la sazón, no lo era tampoco el ministerio coetáneo sobre quienes recaia esclusivamente la condenacion del antocrata de todas las Rusias, sino tambien las que se convocaron en 1820, y con ellas todos los que componian entonces el gobierno general del reino; los que le obedecian, respetaban y defendian de cualquier modo, y en cualquiera situacion en que se hallasen. Véase sino el arrojó con que se infamaba y calumniaba sin consideraciones ni respetos á una nacion entera, en las autoridades y cuerpos que la dirigian y gobernaban, abusando del sentido natural de las palabras; pervirtiendo los hechos mas públicos; depravando las

† Véase la Nota de Rusia.



intenciones mas puras, las resoluciones mas rectas, mas justas y reclamadas por la ilustracion, ó por la urgencia. *La anarquía*, aseguraba aquel príncipe, *apareció como séquito de la revolucion; el desórden vino en pos de la anarquía. Largos años de tranquila posesion pronto dejaron de ser título suficiente para que se respetase la propiedad; los derechos mas sagrados se pusieron en litigio; contribuciones y empréstitos ruinosos, renovados incesantemente atacaron al momento la riqueza pública y las fortunas de individuos particulares. Como sucedió en la propia época, y de recordarlo solo la Europa se estremece, la religion fue despojada de su patrimonio; el trono del respeto popular; la dignidad real se vió ultrajada; la autoridad pública transferida á asambleas donde las ciegas pasiones de la multitud se apoderaron de las riendas del gobierno. Por último, y para completar el paralelo con aquellos dias de calamidad, reproducidos tan desgraciadamente en España, la sangre el 7 de julio se vió correr en el palacio del Rey, y la guerra civil estendió sus estragos por toda la península\*.*

En este libelo, verdaderamente famoso, las Cortes no pudieron reconocer diferencias de épocas ni personas. Todos los actos legislativos de las Cortes precedentes; las operaciones administrativas de los ministerios que gobernaron durante su diputacion, las consultas del consejo de estado; las sentencias y fallos de los tribunales; el uso de la fuerza armada para conservar la tranquilidad y orden público, todo sin escepcion quedó confundido con los sucesos posteriores á aquel periodo, todo fue envuelto con ellos, y del mismo modo anatematizado como anárquico y revolucionario. En suma, la era constitucional fue inexorablemente condenada toda entera al esterminio con los que obedecieron y respetaron las autoridades y las leyes que rigieron durante ella.

\* Nota de Rusia.



La Côte de Viena pasaba todavia mas adelante en sus declaraciones. *En todas partes*, decia, *la constitucion española ha llegado á ser el punto de reunion, y el grito faccioso de guerra combinados igualmente contra la seguridad de los tronos y el reposo de los súbditos\**. Es decir, que su existencia en España era incompatible con la tranquilidad de la Europa. Que lejos estaban las Córtes extraordinarias, en la modestia con que se ocuparon en reformas meramente pátrias y municipales, de pensar que sus humildes trabajos habian de ser algun tiempo despues el terror del mismo soberano que mientras sancionaban ellas en Cádiz la constitucion † proscrita ahora, ponía á disposicion de Napoleon Bonaparte un egército ausiliar de 30 mil hombres, conservando al propio tiempo escondido en Gibraltar un agente encargado de persuadir á la Regencia constitucional que el Emperador su amo deseaba ardientemente el triunfo de los Españoles! Que reflexiones tan melancólicas no escita sobre la suerte del genero humano la comparacion de una conducta con otra en los que se dicen destinados por la providencia para gobernarle! Despues de una declaracion tan esplicita de parte del gabinete de Austria, no quedaba á las Córtes de 1822 y 23 otro recurso que rendirse á discrecion, ó seguir el ejemplo que les habia dejado aquel venerable y patriótico congreso.

La Côte de Berlin desvanecia de la misma manera todas las ilusiones, si alguna podia quedar aun despues de lo que va indicado. Segun su juicio y parecer, *una revolucion que brotó de una sedicion militar habia roto de una vez todos los vínculos del deber, trastornado todo orden legítimo, disuelto los elementos del edificio social, que no*

\* Véase la nota de Austria.

† La constitucion se juró en Cádiz el 19 de marzo de 1812: y el 14 del mismo mes el Austria se habia obligado por un tratado á dar á Napoleon 30 mil hombres para la guerra de Rusia.



podia desplomarse sin cubrir con sus ruinas toda la nacion. Se creyó que era posible reedificar esta fábrica arrancando al Soberano, despojado ya de toda autoridad verdadera y de toda libre voluntad, el restablecimiento de la constitucion de las córtes de Cádiz del año 1812; la cual confundiendo todos los elementos y todo poder y tomando solo el principio aislado de permanente y legal oposicion al gobierno, destruyó necesariamente aquella autoridad céntrica y tutelar que constituye la esencia del gobierno monárquico. . . . . El gobierno sin fuerza y paralítico, perdió los medios de hacer el bien, ó prevenir el mal. Toda su autoridad vino á concentrarse, acumularse y confundirse con una asamblea sola: esta asamblea no presentaba mas que un conflicto de opiniones, miras, intereses y pasiones en medio de los cuales sin cesar se hacian, se resistian ó neutralizaban las mas heterogeneas proposiciones y acuerdos\*. La constitucion tanto en su teoría como en su juego y egercicio es visto que pasaba toda ella por la inexorable censura de este severo catedrático, acostumbrado á que España hubiese venerado por cerca de un siglo la rigidez é inflexible dureza de sus leyes y ordenanzas militares. Por tanto los atrevidos reformadores que en las Córtes estraordinarias tuvieron la avilantez de adoptar otras reglas para el régimen civil y administrativo de su patria, no menos que los que en las Córtes sucesivas, se creyeron, en su inesperta simplicidad, obligados á respetarlas y defenderlas justo era que recibiesen ahora la pena y corrección que tanto merecian.

Por estas breves indicaciones se hallará que las Córtes no podian, sin incurrir en el error mas lamentable, circunscribir el estenso anatema de Verona, ni asimismo, ni al ministerio contemporáneo, ni aun á banderías determinadas dentro de la region liberal. La condenacion

\* Véase la Nota de Prusia.



abrazaba no solo el dogma constitucional y todo el cuerpo de doctrina que emanase de sus preceptos, sino tambien todos sus sectarios, y con ellos cualesquiera variaciones que intentasen introducir algunos miembros de la comun-ion que quisiesen protestar, ó abjurar sus errores. Las tablas de la ley antigua no quedaron mas borradas, ni proscritos con mayor abominacion sus adoradores por la ley de gracia que lo fueron por este famoso libelo la constitucion y sus secuaces, ahora que ya estaba destronado Napoleon Bonaparte, llamada ella de Cádiz y aquellos revolucionarios por los amigos, deudos y fieles aliados de aquel conquistador. Las Córtes todavia hallaron mas, pues encontraron cerrada con los mas fuertes cerrojos la puerta á toda transaccion que no fuese tender su cuello y el de la nacion que representaban á una ignominiosa y dura servidumbre. Las pruebas de haberse pronunciado tan bárbara sentencia no eran menos evidentes que las que quedan indicadas.

La nota de Rusia aludiendo al gobierno que debia substituirse al que se proscribia, decia espresamente: *Mientras el Rey no se halle en el caso de declarar libremente su voluntad; mientras tan deplorable orden de cosas facilite los esfuerzos de los artífices de revoluciones, que estan unidos por un vínculo comun con los de otros países de Europa, para turbar su reposo, ¿está en el poder del Emperador, lo está en el de algun monarca mejorar las relaciones del gobierno español con las potencias extranjeras? Por otra parte, cuan fácil seria conseguir este fin esencial, si el Rey recobrarse con su perfecta libertad, los medios de poner término á la guerra civil; evitar la guerra extranjera, y rodearse de los mas ilustrados y mas fieles de sus súbditos, á fin de dar á España las instituciones que reclaman sus necesidades y sus legitimos deseos\*. Las Córtes,*

\* Véase la Nota de Rusia.



á la verdad, compuestas no de seres privilegiados como los autores de estas notas, sino de hombres sujetos á todas las imperfecciones y miserias humanas, todavia se hubieran resignado en que se las separase de los Españoles de luces y de lealtad, sino vieran que este *veto*, que tan tremenda esclusiva no podia menos de estenderse á muchas personas fuera de la nomenclatura de sus diputados. Segun los principios del gabinete de San Petersburgo, el Rey entre otras cosas, debia rodearse de los mas *ilustrados y mas fieles de sus subditos*. Esto ciertamente no aludia á la servidumbre de palacio en que jamas se habia mezclado el órden constitucional, sino á los que por sus funciones públicas y su autoridad legal reconocida y responsable eran capaces de dar consejo y ausiliar al Príncipe en la direccion y servicio del estado. Su número no podia circunscribirse tan poco solo á los ministros secretarios del despacho de la época coetánea; comprendia á muchas otras personas, á lo menos en la alta administracion del gobierno; y no porque no hubiesen tenido voz y voto en la Camarilla; no porque no perteneciesen á juntas apostólicas, ni se hubiese alistado en las bandas de la fé, dejaban por eso de ser respetadas en su patria por su saber, su esperiencia y sus virtudes; por su celo y su inalterable constancia, así en la adversa como en la próspera fortuna, en perseverar en el homenaje á los Reyes y Príncipes que la nacion quiso preferir, no obstante sus renunciias y sus órdenes para que éstas fuesen obedecidas y atacadas. Considerado, pues, el medio propuesto por el Emperador de Rusia, para *evitar la guerra y mejorar las relaciones del gobierno Español con las potencias estrangeras*, las Córtes vieron condenada nuevamente á su desventurada patria á caer otra vez en las manos de los mismos que aconsejaron y dieron cumplimiento al decreto de 4 de mayo de 1814; de los que



en lugar de lo que en él se prometia, no hallaron otras leyes que promulgar, ni mas instituciones antiguas y venerables que restablecer sino la *Santa Inquisicion* y la *Compañía de Jesus*.

La nota de la *Córte de Viena* era tan conforme con la anterior, que bastaba leerla para hallar la mas perfecta identidad de sentimientos y miras entre ambos soberanos. *El Rey de España será libre*, se decia en ella, *desde el momento en que tenga poder y autoridad para poner término á los males que afligen á sus súbitos, restaurar el orden y la paz en su reino, rodearse de hombres que sean igualmente dignos de su confianza por sus principios y sus talentos, y finalmente, para substituir á un régimen reconocido impracticable por los mismos que solo se adhieren á él todavia á causa de egoísmo, ó de orgullo, un orden de cosas en que los derechos del Monarca se mezclen felizmente con los verdaderos intereses y legítimas miras de todas las clases de la nacion\**. La única circunstancia en esta nota que agrava mas que la anterior el crimen de ser afecto, ó partidario del gobierno constitucional, es que ni la buena fé, pues tambien el amor á la libertad suele producirla, podria alegarse para atenuacion, puesto que hasta los pocos secuaces que aun le sostenian segun la *córte de Austria*, se fundaban solamente en interes personal, ó en amor propio. Las *Córtes*, como era natural, no podian menos de considerarse comprendidas en esta categoria.

La nota de *Prusia*, en este punto, parecia mas cauta que las dos anteriores cuando decia, *que no tocaba á las Cortes estrangeras juzgar cuales serian las instituciones que podrian conservar mejor la armonía con el carácter, las costumbres, y las verdaderas necesidades de la nacion Española; pero que indudablemente les correspondia formar juicio de las consecuencias que produjesen experimentos de esta clase*.

\* Véase la Nota de *Austria*.



con respecto á si mismas, y conforme á esas consecuencias arreglar sus futuras determinaciones, y su posicion sucesiva con España. Que por tanto la opinion de S. M. el Rey de Prusia, era que á fin de conservar y restablecer sobre fundamentos sólidos las relaciones con las potencias estrangeras, el gobierno Español no podria hacer menos que dar á estas potencias pruebas nada equívocas de la libertad de S. M. católica, y seguridades adecuadas de su disposicion y facultad de remover las causas de nuestra afliccion y nuestra demasiado fundada inquietud con respecto al estado en que se halla \*. Este vislumbre de respeto ácia la independencia de la nacion en no dictarle las instituciones que debian regirla, no podia producir ni aun ilusiones momentáneas atendidas las condiciones con que terminaba la nota. Despues de suponer al Rey preso, exigir pruebas nada equívocas de estar en libertad sin indicar siquiera la naturaleza de estas pruebas; pedir ademas seguridades adecuadas de estar dispuesto y tener los medios de remover causas de afliccion é inquietud que no se especifican, pues se hace uso de espresiones vagas, capciosas y susceptibles de varios sentidos, era conformarse con las comunicaciones de los otros soberanos, empleando unicamente frases y palabras distintas para alucinar á los incautos.

Estas notas, despachos; ó sea cual fuere el nombre con que se designen, ¿ á quien, y con que objeto se dirigian ? No al Rey de España, pues en todos ellos se pretendia que estaba preso en su propia capital y en su palacio; no para que remediase males de que solo se le suponía víctima, y sin autoridad ni poder para corregirlos ni precaverlos. Las intimaciones, pues, se hacian á los funcionarios públicos que segun el órden que regia entonces podian recibirlas de oficio, tomarlas en consideracion y deliberar

\* Véase la Nota de Prusia.



sobre ellas en cualquiera de las épocas, ó casos en que su intervencion fuese necesaria. En todas estas intimaciones espresamente se atribuía á aquellos funcionarios la falta de libertad en el Rey; del mismo modo se les acusaba de los actos, ó sea ejercicio de sus cargos respectivos, calificado todo de usurpacion violencia y despojo del poder y dignidad real. Si el obgeto de estas intimaciones era el que se aparentaba, ¿como se hacian en el modo y en la forma mas apropiado para que no se consiguiese? Ademas de las provocaciones y ultrages en que hervian contra todas las clases del estado, visto lo vago y general de su language y su estilo, se hacia aplicacion inmediata y personal de ellos á los mismos que no podian dejar de ser el órgano por donde se comunicasen y se hiciesen públicas. A este acto de humillacion se unia otra circunstancia inaudita en la historia diplomática. Tal era la condicion de que para evitar la intervencion armada de los soberanos, el Rey de España, ante todas cosas, se rodease de los *mas ilustrados y mas fieles de sus súbditos: de hombres que fuesen igualmente dignos de su confianza por sus principios y sus talentos*. Atendido, pues, el orden constitucional que á la sazón regía en toda la monarquía el paso preliminar que se señalaba para la pretendida reconciliacion con la Europa era, que las Córtes, los ministros y todos los demas funcionarios designados en las instituciones vigentes para servir al Rey y á su patria con sus luces, su lealtad y su consejo se reconociesen y se proclamasen asimismos indignos de esta mision y de este cargo. Insulto semejante no tiene ejemplo entre las naciones civilizadas.

Tal era el caracter de aquel manifesto de guerra, ó mas bien tea incendiaria, arrojada en medio de la nacion para que se abrasase en facciones y bandos, y de esta manera se allanase el camino á la odiosa intervencion de



los extranjeros. Las Cortes para atacar con tiempo esta calamidad se apresuraron á dar ejemplo ellas mismas, ahogando todo sentimiento que no fuese de union y concordia de que tanto se necesitaba en aquellas circunstancias, cualquiera que fuese el giro que tomasen las negociaciones. A este fin empezaron por un acto de justicia para con el gobierno de aquella época, reconociendo la dura condicion á que le habia reducido la inaudita provocacion del Congreso de Verona. En la situacion en que ésta colocaba á España, las Cortes no podian confundir una cuestion práctica de derecho público nacional con acepcion de personas. Las que componian entonces el Ministerio podian renunciar ó ser separadas libremente por el Rey, sin que por eso variase la cuestion en sus principios. La constitucion regia de hecho, y mientras no fuese trastornada, á ella hubieran tenido que sugetarse los nuevos Ministros, aunque la Camarilla los hubiese escogido en su propio seno. Luego que estos tomasen en la mano las comunicaciones emanadas del Congreso de Verona hallarian que la tempestad levantada contra la independenciam de la nacion no se podia conjurar con respuestas evasivas y argucia diplomática, después de haberse hecho árbitro de la negociacion el gabinete de las Tullerías, publicándola anticipadamente. Aunque los enviados extranjeros en Madrid no empleasen los medios inícuos de que se valian, y aunque procurasen no comprometer el nuevo ministerio con las maquiavélicas instigaciones que usaban antes, la exaltacion que habia en los ánimos llevada al estremo con aquella pérfida revelacion, no hubiera consentido dilaciones ni reservas. El velo le habian ya corrido los Ministros Franceses en París. Nadie ignoraba que era lo que se pretendia. Entonces no habia en ningun partido personas ni reputaciones capaces de contrarrestar la irritacion y la impaciencia



con que hubiera tenido que luchar el nuevo ministerio, asaltado noche y día para que manifestase el verdadero estado de las negociaciones. La irritacion y la impaciencia podrian aparecer injustas, indiscretas y tan revolucionarias como se quisiese, mas no por eso dejarian de ser tambien irresistibles, como lo han sido siempre en todos los países sin escepcion ninguna, cuando las pasiones se exaltan y se encienden del modo que lo estaban entonces en España. Convencidos los nuevos ministros que con notas y conferencias no era posible contener una agresion premeditada se hubieran visto obligados á renunciar tambien, ó á buscar en la cooperacion de las Cortes algun auxilio que los salvase. He aqui renovada la escena anterior. En este caso, presentado en las Cortes el mensaje, hubiera estado de ver como se sostenia la iniciativa del gobierno, supóngase lo mas favorable, para *modificar* la constitucion. Desde su restablecimiento en 1820 el reino habia sido administrado conforme á los principios y reglas constitucionales. La conducta del gobierno fue calificada desde entonces constantemente segun el espíritu mas ó menos constitucional que se le atribuia en los actos discrecionales en que la ley no estaba espresa. Si alguna vez fue reconvenido por tales actos, nunca dejó para justificarse, de alegar su adhesion y su respeto á las instituciones que regian, procurando demostrar que de modo alguno habian sido quebrantadas. Jamás, en ninguna ocasion, con ningun motivo, en las discusiones mas vivas, en los debates mas animados y violentos, los ministros, por mas acosados que se viesen, buscaron su defensa en defectos, ó errores de la constitucion, ni aun en las opiniones personales que pudiesen tener sobre este punto. Era por lo mismo moralmente imposible que se hallasen en tan criticas circunstancias hombres de arrojo que quisiesen envolverse voluntaria y directamente en una



responsabilidad de hecho declarada por la misma propuesta que hiciesen á las Córtes. »Hasta pasados ocho años despues de hallarse puesta en práctica la constitucion en todas sus partes, no se podrá proponer alteracion, adicion, ni reforma en ninguno de sus artículos\*.» Esta disposicion sería tan incongruente como se quisiese suponer, pero la incongruencia debia ser reconocida antes de aceptar el ministerio para no admitirle, ó para presentarse en las Córtes preparado á sufrir las consecuencias. Esto es lo que previeron las Córtes cuando en la sesion de 11 de enero de 1823 hicieron justicia al ministerio que existia entonces, porque para preveerlo bastaba solo tener uso de razon.

Declarada la unanimidad de las Córtes, como lo fue en aquella sesion memorable, cualquiera ministerio se hubiera visto obligado á contestar con ella á las pretensiones de los gobiernos estrangeros. El gobierno Español carecia de autoridad y poder para admitirlas y acordarlas; las Córtes por su parte, ni tenian facultades que supliesen las del gobierno; ni su condescendencia, aunque hubiese sido asequible, hubiera allanado las dificultades insuperables que oponia la opinion pública segun queda demostrado. Si, pues, en aquellos gabinetes hubiese existido un solo átomo de buena fé, y no estuviesen irrevocablemente resueltos á llevar adelante la agresion no hubieran podido menos de moderarse en sus gestiones, para no correr los riesgos de una empresa tan inícuca y tan odiosa, y de que no dejarán de gustar amargos frutos algun dia.

La respuesta del gobierno constitucional á las comunicaciones de París y de Verona, y la aprobacion que hicieron de ella las Córtes poco despues, dejaron tan espedito como estaba antes el camino de toda negociacion

\* Artículo 375.



qué se entablase en términos justos y decorosos. Las Cortes en su declaracion nada mas hicieron que espresar con sinceridad su juicio acerca de los verdaderos designios de la liga estrangera, en desempeño de sus mas sagradas obligaciones para con su patria. Tal era desvanecer las ilusiones con que se intentaba seducirla, descubriendo como lo hicieron sin misterio ni reserva, el peligro que corria en dejarse adormecer con falsas promesas. La resolucion del dia 11 de enero no aconsejó al gobierno y á la nacion que fuesen agresores, sino que se preparasen á sostener y defender vigorosamente la independenciam, esto es, la existencia política del estado que no se podia conservar con allanarse á conceder lo que la destruia en sus mismos fundamentos. En la crisis á que se habia llegado ya, no habia medio entre pelear, si se insistia en las locas pretensiones de los estrangeros, ó rendirse á discrecion para que ellos solos dictasen la ley. Por tanto las Cortes no vacilaron en declararlo; en dar el ejemplo de union de sentimientos; en escitar á sus conciudadanos á la misma concordia; finalmente, en apelar á la nacion con noble confianza para que no se dejase arrebatar la posesion en que estaba de sus derechos, conquistados por su propio esfuerzo en el tiempo mismo en que cooperaban con Napoleon Bonaparte para que no saliese victoriosa los que ahora intentaban despojarla otra vez de su libertad con no menos injusticia que aquel ambicioso.

Esta opinion y este juicio de las Cortes no eran un arrebató; sobradas pruebas quedan alegadas que lo demuestran. Los elementos de esta opinion y de este juicio existian en la larga série de sucesos ocurridos desde el restablecimiento de la constitucion en 1820. De ellos traia origen la crisis del dia. No procedia esta solo, como se pretendia por algunos, de la conducta aislada de las Cortes coetáneas. En realidad acumular sobre



ellas esclusivamente lo que estaba muy lejos de ser obra suya ; olvidar lo que antes de su época habia escitado en los ánimos tanta efervescencia y tanta exaltacion ; atribuirles tal variedad de causas y de efectos como se reunian ahora era una injusticia que no debian esperar de la equidad y noble proceder de las personas rectas y desapasionadas. Cargaráseles inexorablemente, enhorabuena , con sus propias culpas, y su responsabilidad, pero repartiérase á cada uno lo que le correspondiese, y entonces se hallaria como todos estaban obligados á llevar la pérdida y ganancia que les tocaba.

La autoridad de las Córtes era limitada. Si, pues, lo que se exigia de ellas escedia sus facultades, obligadas estaban á declararlo, y á no perder momento de advertir á la nacion las asechanzas de sus enemigos para que no se dejase engañar, ni se hallase desprevenida. Esto y no mas resolvieron las Córtes en la sesion de 11 de enero de 1823.

Los enviados de Rusia, Prusia, y Austria, no se detuvieron en abandonar la escena de Madrid despues de haber representado en ella con tanto brillo el carácter que les estaba asignado por el Congreso de Verona. De aqui adelante convenia ya confiar la direccion y enredo de este drama á otros personajes para que el desenlace fuese menos embarazoso, se preparase mejor y pudiese hacer mas espantosa la catástrofe. Habiendo pedido sus pasaportes se retiraron sin dilacion , dejando libre el campo al embajador de Francia para que obrase segun las instrucciones y deseos de su córte. Este ministro habia aparentado quedar pendiente de la conducta de aquellos enviados que se presentaban como partes principales en sus comunicaciones al gobierno español. Logrado ya el que se difundiese por toda la nacion el veneno de aquellos libelos, este era el momento de redoblar la



actividad y los esfuerzos para asegurar el éxito de una empresa comenzada con tanta felicidad. Con este objeto el gabinete de las Tullerías dirigió á su enviado en Madrid el 18 de enero de 1823, un despacho ostensible que su importancia es necesario insertar á la letra en este lugar.

„ He recibido con fecha 10 del corriente el despacho ,  
 „ No. V, que me dirigisteis. Aun haciendo justicia á los  
 „ términos corteses con que está estendida la nota del  
 „ Señor San Miguel al Señor Duque de San Lorenzo  
 „ todavia al consejo de ministros no ha podido menos de  
 „ observar que el gobierno español desechaba toda me-  
 „ dida de conciliacion. No solo este gobierno no muestra  
 „ apariencia ninguna de mejora que se pudiera esperar  
 „ de los sentimientos que por tanto tiempo han unido á  
 „ los españoles y á los franceses en el amor á sus so-  
 „ beranos , y á una prudente libertad; sino que llega á  
 „ exigir que la Francia retire su egército de observacion  
 „ y espela á los extranjeros que le han pedido asilo.  
 „ La Francia no está acostumbrada á oir language seme-  
 „ jante y no puede perdonarle á su autor, sino en consi-  
 „ deracion á la exasperacion que reina actualmente en  
 „ España. Jamas renunciaremos á los privilegios que  
 „ hemos heredado de nuestros antepasados. Todo el que  
 „ pone el pie en el territorio frances es libre, y goza de  
 „ los derechos de una hospitalidad inviolable. Los que  
 „ son víctimas de las conmociones que agitan á España  
 „ se han refugiado entre nosotros, y han sido tratados  
 „ con toda la consideracion debida á las desgracias; mas  
 „ pues que no se les ha permitido conservar sus armas,  
 „ el derecho de las naciones ha sido escrupulosamente  
 „ respetado. Y España se ha conducido del mismo modo  
 „ con la Francia? España ha dado asilo á hombres cul-  
 „ pables, condenados por los tribunales, y nosotros te-



»nemos hasta listas de los súbditos de S. M. cristianisi-  
 »ma á quienes el gobierno español ha prometido empleos  
 »en los egércitos destinados á pelear contra su patria.  
 »Nosotros hubieramos podido reconvenirla por esta con-  
 »ducta, mas por amor á la paz hemos guardado silencio.  
 »Por otra parte, con que derecho exige que disolvamos  
 »nuestro egército de observacion en el momento en que  
 »por segunda vez las tropas constitucionales acaban de  
 »violar el territorio frances? Os he comunicado, Señor  
 »Conde, en mi último despacho las pruebas de oficio de  
 »este lastimoso acontecimiento. La confusion que reina  
 »actualmente en España es perjudicial á nuestros  
 »mayores intereses; y al mismo tiempo que no quiere  
 »poner remedio á este mal, exige que nosotros renun-  
 »ciemos á precauciones que nos obliga á tomar su reso-  
 »lucion. Es muy desagradable haber de recordar contra-  
 »dicciones semejantes. S. M. cristianisima, en su so-  
 »licitud por la prosperidad de un país gobernado por un  
 »príncipe de su propia familia habia deseado que su  
 »ministro pudiese permanecer en Madrid despues de la  
 »salida de los enviados de Austria, Prusia, y Rusia;  
 »pero no se han escuchado sus últimos votos; se ha  
 »desvanecido su última esperanza; el genio insano de  
 »las revoluciones que por tanto tiempo ha desolado la  
 »Francia, preside en los consejos de España. Para ello  
 »apelamos á la Europa; que ella diga si no hemos hecho  
 »cuanto estaba de nuestra parte para conservar con  
 »España relaciones que con el mas vivo pesar nos vemos  
 »obligados á interrumpir. Pero ahora que se ha alejado  
 »toda esperanza, ahora que la manifestacion de los sen-  
 »timientos mas moderados solo nos atrae nuevas pro-  
 »vocaciones, no puede ser conveniente, Señor Conde, á  
 »la dignidad del Rey, ó al honor de la Francia que per-  
 »manezcáis mas tiempo en Madrid. En consecuencia



„el Rey ordena que pidais vuestros pasaportes para vos mismo y toda vuestra legacion, y que partais sin pérdida de momento apenas se os entreguen. Estais autorizado, Señor Conde, á dar cópia de esta carta al Señor San Miguel al pedir vuestros pasaportes\*.”

Al recordar que el gabinete de las Tullerías para desechár la mediacion de Inglaterra se fundaba en que no existia entre Francia y España *ninguna diferencia, ningun punto especial de discusion cuyo arreglo pudiese restablecer sus relaciones en el estado en que debian subsistir*; que asi mismo en las instrucciones al Conde de Lagarde reveladas en París, tampoco se hace al gobierno constitucional ninguna acusacion específica, ninguna reclamacion determinada que pidiese reparacion espresa y directa de su parte, no es posible dejar de ver la contradiccion entre el modo de esplicarse entonces y el que se adopta en la carta que se acaba de insertar. En ella, para no hablar de la recriminacion y descortesia que son tan notables, se dan quejas, se alegan agravios, se señalan ofensas cometidas contra la Francia por España; pero sin que se demuestre que esta última potencia rehusa entrar en esplicaciones para responder á los cargos, ó para ofrecer la satisfaccion correspondiente si no los desvaneciese; y en cuyo caso podria tener fundamento la órden de pedir los pasaportes con que inopinadamente termina esta carta.

Pues que en la urbanidad que en este mismo despacho se reconoce en la contestacion del ministro español se hallaba ya una prueba de que éste deseaba proseguir en la negociacion; pues que las quejas de la córte de Francia recaen sobre ocurrencias que por su naturaleza admitian toda aclaracion y desagravio, y á que ciertamente no se negaba el gobierno constitucional, no se concibe por qué se tomaba una resolucion tan decisiva que asi cerra-

\* El Vizconde de Chateaubriand al Conde de Lagarde 18 de enero de 1823.



ba la puerta al pretendido restablecimiento de las relaciones que debian subsistir entre los dos países. A cada paso que se da en esta dolorosa reseña se descubre mas y mas cuan profunda era la malignidad con que estaba urdida la trama de Verona. Con la revelacion de París se habia conseguido que se publicasen las resoluciones de aquel Congreso; que la nacion entrase en nuevas sospechas; en mayores inquietudes y zozobras; mientras se hacia uso como se verá luego, de los mismos ardides de 1814, afin de que se entregase como entonces á ilusiones y fantásmas, y se dejase despojar otra vez de la posesion de sus derechos. La premeditacion con que se procedia en todo eleva este plan á un grado de atrocidad de que no hay ejemplo en la época contemporánea. Para ilustracion de esta triste verdad es necesario indicar todavia uno de los estraños artificios empleados con el mismo intento.

Los agentes de la propaganda en Madrid se empeñaban en persuadir que los ministros franceses estaban divididos respecto á las negociaciones de España; y que siempre que los liberales españoles se allanasen á modificar la constitucion el partido opuesto en el gabinete de las Tullerías á la guerra no podia menos de triunfar y contener á los que insistian en una intervencion armada. Para apoyar esta superchería se citaban las doctrinas de ciertos periódicos de París donde se pretendia que aquellos ministros sostenian sus diversas miras. Aunque semejante incongruencia, caso de ser cierta, estaba desmentida con las resoluciones del gobierno de Francia, comunicadas tan decisivamente á su enviado en Madrid, por desgracia este ardid contribuía poderosamente á fomentar las ilusiones que se deseaba. Mientras los periódicos franceses, llamados entonces *ultra realistas*, vomitaban á torrentes las injurias contra las Córtes, contra el



gobierno y contra los constitucionales en general, recogiendo con esquisita prolijidad en la nomenclatura revolucionaria los apodos mas estrepitosos y espantables para aplicarlos con la propiedad de costumbre en estos casos; mientras con predicacion tan piadosa y caritativa encendian en furor santo al egército de la fe y á todos sus secuaces en las provincias; mientras preconizaban la excelencia del immaculado despotismo de los seis años precedentes para que arrebatada de celo apostólico la Camarilla no desmayase ni en su propósito ni en sus esfuerzos, los periódicos moderados de la *legitimidad* usaban lenguaje distinto y aparentaban dirigirse á otras personas. Desplegando carácter mas flexible y conciliador ya reprendian con afectada dulzura á los que inespertos, se decia, intentaban dirigir los negocios especulativamente; ya se mostraban indulgentes con los que noveles en la carrera pública se empeñaban en administrar el estado por las que se llamaban meras teorías de escuela. Cuando creian haber ganado de este modo el corazon, procuraban lisongear en unos la vanidad, en otros la ambicion y el amor propio; representaban con viveza y calor los peligros de una guerra en que se hiriese demasiado el pun-donor militar del egército español, y entonces con la mas consumada hipocresía, valiéndose de indicaciones vagas y capciosas, se introducía el cisma funesto de modificar la constitucion como medio único y decoroso para ambas partes de evitar un rompimiento y la efusion de sangre. Asi se procuraba mantener viva en París esta controversia para que refluyendo sobre los partidos en España se entregasen todos sin reserva en las manos de la liga estrangera como árbitra de sus divisiones y de sus intereses.

La sesion en las Córtes de 11 de enero habia desconcertado en mucha parte este plan; mas apenas llegó á



Madrid el despacho que se insertó arriba, cuando los agentes de la trama se pusieron otra vez en movimiento para divulgar por todos los círculos de la capital las diversas miras que convenia atribuir al gobierno de Francia. La escena que presentaba Madrid en aquellos tristes dias será para siempre memorable, y ojalá que la historia la pinte con sus verdaderos colores, para que sirva de leccion y saludable escarmiento á la generacion venidera. Entre los liberales se hacia correr que todo estaba allanado; que nada faltaba á la reconciliacion y perfecto arreglo de las desavenencias con los gabinetes estrangeros si las Córtes y el gobierno aceptaban las proposiciones conciliadoras que presentaba á nombre de todos el ministro de Francia. Que no habia motivo para sospechar de la sinceridad de los soberanos aliados, deseosos de ver en España una administracion que estuviese en armonía con los estados de Europa. Que la política ilustrada de esta, asi como no podia tolerar las monstruosas teorías de la constitucion de Cádiz, jamas consentiria que se restableciese el régimen absoluto, por ser ya incompatible con la civilizacion de la era presente.

Al mismo tiempo, en los círculos serviles se aseguraba que el Congreso de Verona nunca hubiera comprometido su decoro y dignidad no siendo para restaurar la monarquía de España en la plenitud de su autoridad y poder. Que era necesario confiar en la firmeza y sabiduría de los Santos Aliados, sobre todo al ver la magnánima resolucion de retirar de Madrid á sus ministros, despues de haberse espresado tan categoricamente en sus comunicaciones. Jamas se habrán empleado con mayor perfidia las artes del engaño; jamas se habrá abusado tanto de las pasiones y afectos del ánimo que son inseparables de la fragilidad humana en momentos de confusion y peligro como en los pocos dias que corrieron desde la llegada de



aquel despacho hasta que dejó á Madrid el embajador de Francia. Para que esta determinacion hiciese en el público impresion mas profunda no se perdonó medio ni traza con que hacer creer que el gobierno no habia querido dar oidos á las proposiciones de aquel ministro, apesar de ser tan moderadas y tan favorables á los verdaderos intereses de la nacion. Ora el embajador de Francia no hubiese comunicado al gobierno constitucional estas proposiciones, ora se desechasen por inadmisibles fué público en Madrid en aquella época que cierta nota confidencial, de que se hablará luego, fue transformada alevemente en otra tea incendiaria para acabar de introducir la division y desacuerdo de los ánimos; comprometer á las Córtes y al gobierno, y hacer impracticable todo arreglo que no fuera rendirse á discrecion de la liga de Verona.

Como todas las quejas vinieron á recaer al fin sobre las Córtes; como se atribuyó á obstinacion suya la retirada del embajador de Francia; la supuesta repulsa del gobierno á las propuestas que se hicieron para evitar la guerra; en suma, cuantas imputaciones acumularon contra ellas sus enemigos dentro y fuera de España; y así mismo, como el único fundamento que pudo haber para tanta detraccion y tanta censura es la espresada nota confidencial, será necesario insertarla integramente para que se pueda formar juicio con conocimiento de causa, y no por declamaciones y cargos arbitrarios con que se ha procurado obscurecer la realidad de los hechos. Esta nota\* acompañaba al despacho anterior y tenia como él la fecha de 18 de enero de 1823. Su tenor es como sigue:--

» Tengo la honra de remitiros con fecha de hoy, por  
 » mi despacho, No. XIV, las órdenes del Rey. Os manda  
 » que pidais vuestros pasaportes y salgais de España con  
 » toda vuestra legacion; pero es de mi deber daros algu-

\* Dirigida por el Vizconde de Chateaubriand al Conde de Lagarde.



„ nas esplicaciones sobre las espresiones que han pare-  
 „ cido anfibológicas al Señor San Miguel en la nota de  
 „ M. de Villele, de 23 de diciembre último. Dichas es-  
 „ presiones no son dudosas sino para los que no las  
 „ entienden; mas afin de que los enemigos de la Francia  
 „ no puedan decir que salís de Madrid sin que vuestro  
 „ gobierno supiese perfectamente lo que sucedia, voy á  
 „ esplicarme. Para restablecer el órden en España y  
 „ volver á dar seguridad á la Francia, y asimismo á los  
 „ demas estados del continente hay un medio tan sen-  
 „ cillo como eficaz. Todo estará acabado el dia en que  
 „ Fernando VII; podrá por sí y de su propia autoridad,  
 „ hacer las modificaciones necesarias en las instituciones  
 „ rectificadas por S. M. católica. Ademas el Rey nuestro  
 „ amo es de parecer, que seria conveniente promulgar una  
 „ amnistía general para todos los actos políticos desde el  
 „ año de 1812, hasta el dia de la promulgacion. Todo  
 „ español estará obligado á someterse al nuevo órden de  
 „ cosas, el cual por el mero hecho de volver á Madrid los  
 „ ministros estrangeros recibirá la única sancion, la única  
 „ seguridad de que es susceptible este acto de parte de  
 „ los demas gobiernos. Esta feliz mudanza conservará  
 „ la paz entre Francia y España; pero es evidente que  
 „ no puede tener lugar mientras que permanezcaís en  
 „ Madrid. Desde la salida de las legaciones de Austria,  
 „ Prusia y Rusia, hasta el recibo de esta carta habrán  
 „ pasado quince dias sin que se os haya escuchado en  
 „ el intermedio. Lord Fitzroy Somerset y Sir William  
 „ A'Court no habrán sido mas felices; es pues evidente  
 „ que vuestra presencia en Madrid, como medio de con-  
 „ ciliacion, es del todo inutil; al contrario, vuestra se-  
 „ paracion es en efecto necesaria para la conservacion de  
 „ la paz, pues solo ella puede autorizar la reunion en  
 „ nuestras fronteras de cien mil hombres que apropósito



„tenemos prontos. Cuando S. A. R. el Duque de Angulema, que debe mandarlos, se habrá adelantado á las orillas del Bidasoa, el Rey Fernando podrá entonces presentarse en la ribera opuesta al frente de sus tropas. Los dos príncipes podrán luego tener una entrevista que será *acaso*\* seguida de un tratado de paz, de modificaciones constitucionales y de la amnistía que S. M. cristianísima desea. Entonces no solo se retirará nuestro ejército, sino que nuestros soldados, nuestros navíos y nuestros tesoros estarán á disposicion de España. Nos consideraremos muy dichosos por haber contribuido á su reconciliacion con las potencias continentales. Tales, Señor Conde, son los sentimientos del gobierno frances; no pretende imponer forma alguna de gobierno á pueblo ninguno; pero no puede mirar como legítimas y estables instituciones que emanan de un poder ilegítimo.”

Este documento singular y único en su clase fue leído al Rey de España y al embajador Ingles por el mismo Conde de Lagarde enviado de Francia. Este es ya un hecho histórico. Su autenticidad resiste toda cavilacion y toda duda. La nota en que lo dice Sir William A'Court á su gobierno fue presentada en el parlamento de Inglaterra entre otros despachos relativos á las mismas negociaciones. Mas no consta igualmente que el enviado de Francia diese conocimiento de la espresada nota al gobierno español, pues Sir William A'Court, hablando de ella en su despacho, dice solo „probablemente comunicará su contenido al Señor San Miguel en el discurso del día †.” Este hecho solo puede aclararle el ministro constitucional de aquella época; por lo mismo, es propiedad agena, y respetándola en este lugar es preciso

\* *Peut-être*, decia el original.

† Sir William A'Court á Mr. Canning, 27 enero de 1823.



llamar la atencion ácia otro punto de la mayor importancia.

La nota confidencial estaba dirigida por el gabinete de las Tullerías á su enviado en Madrid para esplicar las *espresiones* que habian parecido *anfíbológicas* al ministro español en la *nota de M. de Villele de 23 de diciembre de 1822*; y á fin de que los *enemigos de la Francia* no pudiesen decir que aquel enviado salia de Madrid sin que su gobierno supiese perfectamente lo que sucedia. Sin embargo, es evidente que antes de dirigirse al ministro constitucional, esto es, á aquel funcionario á quien se aparentaban deseos de satisfacer en sus dudas, y que segun el orden vigente en España á la sazón, era el único conducto legal reconocido, y sobre todo responsable, el enviado de Francia le evita y le pospone á otras personas; busca primero al representante de una potencia, cuya mediacion respecto á este mismo negocio habia sido deseada por su propio gobierno, y le comunica sin reserva cuanto contenia la nota. Al ver esta prueba de confianza y de intimidad es preciso creer que hubiese habido esplicaciones estensas entre los dos agentes diplomáticos. No obstante, el enviado de Inglaterra no se atreve á decir mas á su gobierno sino que *probablemente* se comunicaria el *contenido* de la nota al ministro constitucional de España. Que indica el que solo fuese *probable* la comunicacion al espresado ministro de un despacho cuyo objeto se suponía ser la aclaracion de espresiones que habia hallado *anfíbológicas*? Pero que podia indicar sino el haberse reconocido impracticable la comunicacion bajo de ninguna forma, y en ningunas circunstancias? En realidad, no se concibe en que lenguaje, con que serenidad y compostura era dable leer, ó decir de palabra, que *para restablecer en España el orden y volver á dar seguridad á la Francia y á los demas estados del continente,*



era indispensable que *Fernando VII*, por sí mismo y de su propia autoridad, pudiese hacer las modificaciones necesarias en las instituciones rectificadas por S. M. católica. Esto es, proponer al ministro constitucional que fuese el mismo el que cooperase al restablecimiento del régimen, que en el año de 1814 sumió á sus predecesores en horrendos calabozos, y los condenó por meras órdenes arbitrarias á los presidios de Africa á que viviesen en ellos confundidos con asesinos y malhechores. La lengua castellana en su copiosa nomenclatura no tiene término adecuado con que espresar ultrage semejante al que envolvería esta propuesta si en realidad se hubiese hecho en los términos espresados en la nota. Sea de ello lo que fuere, el embajador de Francia lee por sí mismo á S. M. católica el despacho en que se hacen estas proposiciones. Este embajador, subsistiendo todavía el gobierno constitucional, se interpone entre el ministro responsable en este mismo gobierno y el príncipe que le habia exigido juramento de *guardar la constitucion, ser fiel al Rey y desempeñar debidamente su encargo*, para anunciarle que su soberano, de acuerdo con los demas monarcas de Europa, está resuelto á ayudarle con las armas á que trastorne y destruya esta constitucion así jurada; convierta en actos de traicion y alevosía la lealtad y buen desempeño de aquel funcionario, y despues le persiga, le condene y castigue como á sus antecesores. Dígase ahora á vista de este hecho si es verdad que el Rey de España estaba preso y sin libertad como se aseguraba. Muestrese que príncipe reinante entonces en Europa era, ni podía ser mas accesible, puesto que ni aun las reglas comunes de urbanidad y cortesanía, ni la etiqueta misma de palacio sirven de obstáculo á un embajador extranjero, no para entregar en propia mano del soberano cerca del cual reside alguna carta congratulatoria, ó de mera



formalidad diplomática, sino un libelo incendiario contra sus propios súbditos; contra los que lo habian aventurado todo por rescatarle á él y su familia del poder de Napoleon Bonaparte.

Pues de este modo, con artificios semejantes, con tales imposturas, ardides y supercherías fue sorprendido el juicio contemporáneo, y lo seria igualmente el de la posteridad si no fu era porque la historia no podrá menos de recoger todos los hechos y todas las pruebas que necesite para vindicar la justicia de tan noble causa.

Bien se hubiese comunicado directamente al gobierno español la nota confidencial, bien por intermedio de otra persona, ó bien el enviado de Francia no hiciese uso en sus conferencias con el ministro constitucional de otro documento que del despacho ostensible que se insertó antes, no se participó á las Córtes cosa alguna sobre esta negociacion despues de las sesiones de 9 y 11 de enero. Pero supóngase que se hubiera hecho. Supóngase que para allanar las dificultades de la negociacion se hubiera disuelto el ministerio que habia entonces, y se hubiesen encontrado hombres de valor, de arrojo suficiente para presentarse en las Córtes con las declaraciones de la nota confidencial, preparados y firmemente resueltos á arros-trar la responsabilidad y sostener los debates ¿que hubiera sucedido? Las Córtes como se ha visto antes, desde el momento de instalarse en marzo de 1822 aparecieron divididas en dos partidos proximamente iguales. No obstante la exaltacion en el uno, y la moderacion en el otro, tenian ambos por fundamento la constitucion segun existia entonces; la diferencia consistia solo en preferir medios mas suaves, ó mas violentos para asegurar su ejecucion y su observancia. La reunion ahora de estos dos partidos provenia esclusivamente de la amenaza hecha para destruir las instituciones vigentes con



una intervencion armada. Mientras esta amenaza subsistiese, mientras en lugar de revocarla se repitiese en estilo todavia mas acerbo, la union de los partidos en las Córtes no podia menos de estrecharse y consolidarse cada vez mas. La misma causa forzosamente habia de producir los mismos efectos. Mas afin de que no se diga nunca que se elude la cuestion donde empieza la dificultad, llevase la hipótesi comenzada hasta donde se quiera.

Supóngase, pues, sometidas á la consideracion de las Córtes las propuestas de la nota confidencial. Las Córtes no podian olvidar la responsabilidad que les imponia su propia mision como cuerpo representativo; que su existencia no tenia otro fundamento que la constitucion que habian jurado defender. Su encargo era sostenerla, no sugetarla á nueva discusion, porque asi lo pretendiesen gobiernos extranjeros. Absurda, ó abominable en el juicio de estos, las Córtes solo podian exigir de la nacion obediencia; reclamar auxilio; esperar sumision y respeto á sus resoluciones y decretos mientras permaneciesen fieles á su juramento. Su mision espiraba en el momento en que hubiesen quebrantado lo ofrecido con tanta solemnidad. Ni esto era sacrificar á meras teorías los intereses de su patria. Violar abiertamente una promesa envilece siempre al que comete con premeditacion este acto; le priva del poder y del influjo que necesita para conseguir el mismo fin que se propone en la prevaricacion; y los enemigos interiores y extranjeros aspiraban sin disfraz á este triunfo sobre las Córtes.

Declarada su falta de autoridad en el hecho mismo de traspasar sus poderes ¿con que derecho podrian exigir obediencia á las alteraciones que hiciesen en la constitucion? Si la nacion se resistiese á admitirlas, la liga estrangera no hallaria en ello el pretesto mas plausible



para negarse despues á cumplir lo mismo que hubiese estipulado sobre fundamentos tan deleznales? Por ventura podian las Córtes confiar en la buena fe de los que las habian llenado de ultrages y de injurias para desautorizarlas, y esperar que despues las sostuviesen en su prevaricacion? Pero, y en que se podian fundar para creer que ni aun esta prevaricacion fuese lo que se queria? El libelo de Verona declaraba espresamente ilegítimo el principio en que reposaba la autoridad de las Córtes. La Francia, al presentarse despues en la escena no disipaba menos las ilusiones que algunos hubiesen concebido. „Para restablecer el órden en España,“ decia, „y volver á dar seguridad á la Francia, y así mismo á los demas estados del continente, hay un medio tan sencillo como eficaz. Todo estará acabado el dia en que Fernando VII, por sí mismo y de su propia autoridad podrá hacer las modificaciones necesarias en las instituciones rectificadas por S. M. católica.“ En efecto, no era posible dudar de la sencillez y eficacia del remedio. Pero lejos de ser precisa para adoptarle la intervencion de las Córtes, al contrario, la virtud de aquella heróica medicina consistia cabalmente en que quedase este mismo dia aniquilada su autoridad, y si fuese posible hasta su memoria. Si las modificaciones se habian de hacer por autoridad única y privativa de Fernando VII ¿que razon tenian las Córtes para creer que se necesitaba ni aun su propia prevaricacion? Hay acaso en la nota confidencial al enviado de Francia alguna frase, alguna espresion, una sola palabra que siquiera indique su concurrencia como cuerpo representativo? Las modificaciones se habian de hacer en las *instituciones rectificadas* por S. M. católica. Quien no veía por entre este juego de voces la idea clara, la proposicion directa, esplicita de que se restableciese el régimen absoluto



antes de todo, y que se dejase, como en 1814, á la voluntad y beneplácito del rey hacer despues lo que le pareciese? Trastornar la constitución; abolirla bajo pena de muerte como entonces, he aqui *rectificadas* las instituciones. Restaurar el Santo Oficio de la Inquisicion y la Compañía de Jesus; introducir la policia de Bonaparte; purificar el suelo de los pretendidos revolucionarios, he aqui las modificaciones porque suspiraban los *Santos Aliados*; he aqui el *orden de cosas á que todo español estaria obligado á someterse*. Y esto proponia la Francia para conservar la paz; y á esto se daba nombre de condiciones moderadas y conciliadoras; y á esto se habia de someter al juicio de las Córtes!

Pero, cuales habian de ser los ministros que llevasen el mensaje; que le leyesen á viva voz; que abriesen la discusion y sostuviesen los debates? El gabinete de las Tullerías estaba demasiado versado en revoluciones para ignorar que estas propuestas no se hacen en los cuerpos representativos sino con la espada desnuda y el apoyo de legiones preparadas al intento; conocia demasiado cual era el incendio que el mismo habia causado en la desventurada península para creer que se hallasen personas en ninguna clase, en ninguna categoría con arrojo suficiente para tomar sobre sus hombros esta empresa y conducirla por medios parlamentarios. Su designio verdadero brota por todas partes; se descubre y se revela el mismo á despecho de ardides y artificios. *Esta feliz mudanza*, añadía á su enviado aquel gabinete, *no puede tener lugar mientras permanezcáis en Madrid*. Ocurrencia singular y peregrina, ciertamente, retirar en medio de una negociacion que se suponía de tanta importancia, á la única persona que podía conducirla con probabilidad de éxito, despues de haber su gobierno desechado la mediación de otra potencia amiga de ambas naciones. Por eso se



buscan pretextos con que cohonestar la premeditada resolución ; por eso se amontonan hipótesis, indiferencias y todo género de suposiciones sobre puntos inconesos con la cuestión verdadera.

Perdido en este laberinto de contradicciones el gabinete de Francia daba á la nota confidencial, de aquí adelante, carácter tan desusado en el día que no pertenece en realidad á esta era. »Cuando S. A. R. el Duque de »Angulema . . . . . se haya adelantado á las orillas »del Bidasoa, el Rey Fernando podrá entonces presen- »tarse en la ribera opuesta al frente de sus tropas. Los »dos Príncipes podrán luego tener una entrevista que »será *tal vez* seguida de un tratado de paz, de modifica- »ciones constitucionales y de la amnistía que S. M. »cristianísima desea.» El que estendió este pasage sin duda alguna se dejó arrebatarse allá en su fantasía del espíritu caballeresco de los progenitores de aquellos Príncipes enviándose tres siglos ha á Guiena y á Borgoña, sus reyes de armas, para desafiarse. Solo le faltó añadir que los ejércitos en el entretanto corriesen cañas, ó justasen en algun torneo . . . . . Es posible que la suerte de dos grandes naciones que tantos motivos tenían para respetarse y desear sinceramente el desagravio de anteriores ofensas estuviese pendiente otra vez de tales extravagancias y delirios? Y esto se llamaba correspondencia diplomática; y sobre ello habia de deliberar con gravedad y compostura una asamblea, que no porque en Verona hubiese sido proclamada sediciosa y revolucionaria, estaban todavia declarados insensatos en su patria los que la componian!

En semejantes proposiciones, aun dado caso que no se hubiesen hecho por irrisión, no habia una sola palabra sobre la concurrencia de Córtes, ó de algun simulacro de autoridad representativa para aprobar, ó consentir en las



modificaciones constitucionales. Al contrario, lo que se intentaba era que una nacion que habia salido victoriosa en una de las mayores luchas que jamás sostuvo contra sus invasores; una nacion que cuando menos se hallaba en posesion actual y práctica de los derechos que habia conquistado, los abandonase todos para cometer su futura suerte al trance de *unas vistas* entre dos Príncipes en armadura y arreo militar, tomando consejo de sus gefes y capitanes. La posteridad no podrá concebir que se hubiesen llevado á tal esceso la arrogancia y las pretensiones contra un pueblo independiente y libre, que á ningun otro habia ofendido, y á nada mas aspiraba que al arreglo interior de sus propias leyes y sus instituciones.

Despues de encubrir tan mal la alevosía, se procuraba destilar todo el veneno de las pretendidas proposiciones. *Entonces*, añadia la nota, *no solo se retirará nuestro egército, sino que nuestros soldados, nuestros navios, y nuestros tesoros estarán á disposicion de España.* Aquí era donde la Camarilla en sus profundas concepciones, fundaba la esperanza de ver á esas escuadras, á esos egércitos victoriosos contra los revolucionarios peninsulares, volar al socorro de la legitimidad en America, cuya independenciam no tardó en reconocer el gabinete de las Tullerías mas tiempo que el que empleó en reducir á la metrópoli á la imposibilidad absoluta de estorvarlo, ó de tomar alguna resolucion sábia que reconciliase las discensiones de su dilatada familia. Con no menos perfidia se tendia al mismo tiempo un lazo á la inesperta credulidad de los que imaginasen que se podia conseguir con auxilio de enemigos lo que se quita, pero no se da jamas; de los que incautos descuidasen la defensa de su patria, abandonando los medios nacionales; los únicos que eran suyos; que no pendian del arbitrio ageno; que cuando no



alcanzasen el fin á que se aspiraba, al menos, salvaban el honor; dejaban libre de remordimientos la conciencia, y presentaban en toda su deformidad la violencia y la usurpacion sin mas apoyo que los crímenes de sus agentes.

Por último, la insidiosa nota concluía con un nuevo juego de palabras, como si fuera posible disimular lo que estaba ya tan descubierto. *El gobierno Frances. . . . no pretende imponer forma alguna de gobierno á pueblo ninguno; pero no puede mirar como legítimas y estables instituciones que emanan de un poder ilegítimo.* Las instituciones á que aqui se alude no podia ser sino la constitución, porque entonces no regian otras en España. Y acaso no era prescribir á esta nacion la forma de su gobierno declarar ahora nuevamente que el origen de sus instituciones era ilegítimo, y que jamas las consideraria legítimas y estables, despues de haberla amenazado anteriormente que sino las abandonaba se invadiria su territorio; se le haria la guerra; esto es, se le obligaria por la fuerza de las armas á sujetarse al régimen que el agresor tuviese á bien reconocer por legítimo y permanente?

Pues estas y no otras fueron las proposiciones que se supuso entonces haber hecho la Francia al gobierno español. Estas proposiciones fueron las que los agentes de la liga doméstica y estrangera divulgaron en los diferentes círculos de Madrid, y desde aqui se extendieron á las provincias, desfigurado y alterado todo como mejor les parecía, afin de estraviar la opinion; comprometer al gobierno; desautorizar á las Córtes; separarlas y aislarlas de la nacion á quien representaban. Esto era lo que se pretendia que ellas desechaban por miras interesadas y personales, no de otra suerte que si la diputacion á Córtes fuera un patrimonio, adquirido por juro de heredad,



y no un cargo temporal que la nacion podia muy en breve confiar otra vez á los que mejor le pareciese; conservando siempre ilesos sus derechos y el inapreciable egercicio de su autoridad electiva. Y esto, en suma, era lo que al fin produjo la funesta y lamentable ilusion que a manera de contágio cundió por todas partes haciendo estragos hasta en las complexiones intelectuales mas sanas y robustas. Solo en un estado de enfermedad moral se podia pretender que las Córtes debian aspirar al fin sin pararse en los medios; como si esta máxima trivial no fuera inaplicable á negociaciones que la Francia habia desconcertado en su mismo origen para que jamas hubiese seguridad de ver cumplido lo que se pudiese estipular en ellas.

Estas dos notas de 18 de enero eran posteriores á las sesiones de las Córtes del 9 y 11 del mismo mes; y confirmaron plenamente todos los temores y presentimientos que se manifestaron en ambas ocasiones. Suponer que el gobierno de Francia ignorase al estenderlas la opinion y juicio de las Córtes era llevar la afectacion á donde no llegaba la verosimilitud. Su enviado en Madrid no podia menos de haberle participado la impresion que causaron en aquella asamblea las notas de Verona. El ódio ó menosprecio con que la mirasen los ministros Franceses no los absolvía de la obligacion de remover las causas de su desconfianza y sus recelos, si era verdad que deseaban sinceramente su cooperacion en las pretendidas negociaciones. Lejos de tranquilizarla, lejos de calmar algun tanto su inquietud, siquiera para ocultar la impostura y llevar adelante las ilusiones se fulmina la nota confidencial de 18 de enero que se ha analizado ultimamente, y la cual, como se ha visto, acabó de poner obstáculos invencibles á toda transaccion y á todo concierto.

Despues de ser tan evidente el verdadero designio de



la Francia, que podian hacer las Córtes sino apelar á la nacion para que se preparase á repeler vigorosamente la agresion con que se la amenazaba? Por ventura habian de abandonar todas las ventajas que les ofrecia un gobierno reconocido y existente iba tres años; que podia reclamar en nombre de la ley la cooperacion de todos sus agentes, y de cuantos Españoles le habian sostenido y sostenian todavia con su lealtad, su adhesion y todo género de servicios; de un gobierno, en fin, de hecho y de derecho, para engolfarse inconsideradamente en una controversia sobre no se sabe que teorías, ó especulaciones políticas? Y cual era la iniciativa á que se habia de contraher la deliberacion? No la del gobierno, porque este habia declarado ya su resolucion en su respuesta á las comunicaciones de Francia y de Verona. No la que se originase dentro de las Córtes, porque en ellas, como se ha dicho ya, los partidos jamás estuvieron discordes respecto á defender la constitucion que habian jurado no alterar. Era necesario en todo caso proclamar á viva voz que la proposicion se hacia á sugestion y mandato de gabinetes estrangeros. Mas no por eso se crea que las dificultades se allanaban con tan ignominiosa confesion; no por eso se crea que lo que pretendia la Francia á nombre suyo y demas aliados se podia conseguir pasando en revista uno despues de otro todos los artículos de la constitucion para dar con los que le pareciesen mas ominosos y acertar de esta manera con el espurgatorio que se suponía deseaba. Todas las comunicaciones hechas al gobierno Español se ha visto que no consentian estas ni otras ilusiones. Sobre todo la nota confidencial de 18 de enero en que se pretendia haberlas moderado la Francia, es preciso repetirlo, declaraba espresamente que no se podian mirar como *legítimas y estables instituciones que emanaban de un poder ilegítimo*. Era, pues, necesario



abrir la discusion examinando ese mismo principio que con tanta arrogancia condenaba el gabinete de las Tullerías: era necesario hallar antes hombres de valor, y valor imperturbable, que arrostrasen la autoridad de las Córtes extraordinarias que le proclamaron entre los mayores peligros, y en el momento mismo en que el Príncipe á cuyo nombre hablaba aquel gabinete fundaba desde un asilo extranjero las esperanzas de su restauracion en el triunfo de una causa á que tanto contribuyeron los esfuerzos de aquella ilustre asamblea: era necesario que estos hombres no temblasen de pavor al recorrer las graves y profundas razones que tuvo aquel Congreso tan augusto y venerable para sacar á este principio del olvido funesto en que habia llegado á caer con las usurpaciones y violencias de tres siglos: en suma, era necesario que destruyesen la fuerza y eficacia irresistible de los argumentos que en la primera, en la esclarecida y para siempre memorable sesion de 24 de setiembre de 1810 arrancaron la aclamacion y unánime sufragio con que fue sancionado aquel principio entre la admiracion, el entusiasmo y las bendiciones de un pueblo agradecido, noble y generoso. Todo esto y mucho mas era necesario aunque no lo previesen, ó no lo quisiesen reconocer los que no tenian responsabilidad; para no hablar aquí de la inconcebible indiscrecion de promover con semejante controversia quejas, recriminaciones, defensas y apologias, acusaciones y cargos de todo género, como hubiera sido inevitable en una discusion originada, no en la opinion y juicio libre de las Córtes, sino en la voluntad y amenaza de un gobierno extranjero. Que discordia, que furia, que desenfreno de ódios y resentimientos no hubiera trahido sobre sí una asamblea sin mision, sin autoridad competente, usurpando facultades que la nacion negaba espresamente en los poderes otorgados á sus representantes;



llevando en fin la prevaricacion hasta sancionar ella misma que se despojase á su pátria de la posesion en que ya se hallaba de su libertad y sus derechos, despues de haberle prometido con toda solemnidad que los protegería, los defendería y los haría respetar! Que triunfo para la Camarilla y para la liga estrangera ver á las Córtes luchar entre la confusion y desconcierto de una desautorizacion provocada por su propia imprudencia y el grito universal que hechándosela en cara clamase por su responsabilidad! Universal, universal sería, pues los mismos que entonces censuraron la legalidad y circunspeccion de su conducta, luego que las viesén acometidas por todas partes se hubieran apresurado á confundirse en el tumulto para que no los reconociesen partidarios de una empresa desgraciada.

Y en tal conflicto ¿cual podia ser la proteccion, cual el apoyo de las Córtes para llevar adelante su prevaricacion y conseguir que se adoptasen las modificaciones, ó reformas que hubiesen sancionado? No podia haber mas proteccion ni mas apoyo que el que les ofreciesen dentro del reino los que aspiraban á ellas, ó alguna potencia estrangera que prometiese salir garante ó fiadora de lo que se estipulase con la Francia. Los que intentaban modificar anticipadamente la constitucion no eran conocidos sino imperfectamente antes de presentarse en las Córtes el libelo de Verona, como lo prueba la variedad misma de nombres con que se les designaba en el público. Nunca se habia llegado á saber los principios que profesaban; cuales eran sus miras verdaderas; quienes sus secuaces. Lo único que entonces se oía en este punto se reducía á rumores vagos acerca de sus conversaciones privadas, sus proyectos, ó teorías de gobierno, y principalmente, su continúa detraccion y su censura del órden constitucional que existia á la sazón. Este modo de



ilustrar á las naciones jamas ha conseguido en ningún país otro fruto que estraviar la opinion; crear obstáculos y aumentar oposicion á lo mismo que se desea. Los que entonces hubiesen querido consagrar sus tareas á la dilucidacion y exámen polémico de cuestiones y materias enlazadas con el sistema representativo, protegidos estaban por la libertad de imprenta y por el espíritu de investigacion y controversia que es inseparable de las instituciones que regían. Los escritores no podian correr otros riesgos que los que encuentran siempre los que intentan reformas de cualquiera naturaleza que sean, especialmente si no tienen séquito y estan poco ó mal preparadas. De hecho, el proyecto de modificar la constitucion sin aguardar al período que ella misma tenia designado, si es que existió alguna vez, no logró séquito en el público antes de las notas de Verona. Como, pues, era dable que le hallase en las Córtes que por imperfectamente que representasen la opinion y voluntad de su patria nunca podia ser peor que personas sin mision reconocida sin investidura pública para el caso, y sobre todo sin responsabilidad legal?

Dadas ya á conocer las pretensiones de la liga estrangera, tiempo era entonces de que los que opinaban por que se cediese y modificase la constitucion rompiesen el silencio; desplegasen su plan; hiciesen alarde de su influjo y de sus fuerzas, afin de que siendo todo conocido se juzgase si en efecto era practicable lo que pretendian. Sin embargo nada de esto hicieron. La sesion de 11 de enero no podia ser obstáculo, como no lo han sido jamas las declaraciones de los cuerpos representativos para no combatir lo que se considera perjudicial á la causa pública. Las Córtes, apesar de su resolucion, arrastradas hubieran sido por la opinion general si ésta se hubiese llegado á inclinar á favor de los que demostrasen la nece-



sidad, ó el interes de condescender con los deseos de la liga estrangera. Las Córtes para la decision que tomaron no se valieron de otros medios que de los que eran propios de su instituto. Publicamente deliberaron, publicamente espusieron los fundamentos de sus dudas, de sus temores y sus presentimientos; pero sin haber impuesto silencio á los que quisiesen contradecirlas. Para tranquilizarlas, ó para convencerlas de su error, imprenta libre habia que sirviese de órgano y vehículo á las ideas y reflexiones de los que juzgasen de otro modo. En los gobiernos constitucionales no hay camino mas recto y seguro para dirigir la opinion, ilustrarla y rectificarla si se estravia. Empero pretender que sin discusion; sin controversia pública en que se destruyese el efecto de las razones y argumentos alegados en la sesion de 11 de enero, pudiesen las Córtes resolverse á sancionar contra su propia conciencia lo que propusiesen con amenazas gobiernos estrangeros, ademas de ser injusto y repugnante era en realidad una quimera.

La constitucion que se intentaba modificar ciertamente no habia sido presentada de este modo á la aceptacion de los españoles; y para que éstos recibiesen ahora con buena voluntad y respeto su reforma, era preciso no humillarlos con el odioso espectáculo de ver á las Córtes convertidas en vil instrumento de usurpacion y violencia contra los derechos de su patria. Es por lo mismo evidente que visto el silencio de los que aspirasen á modificaciones este proyecto no podia tener en el público otro carácter que el de meros deseos, ó miras individuales y aisladas de personas dispersas, muy lejos de formar un partido estenso y poderoso capaz de conseguir su fin contra la opinion y voluntad constitucional que se habia declarado en la nacion para que se resistiese á las pretensiones de la Francia y sus aliados.



No era otro el parecer de los mismos extranjeros que mas empeño tenían en que se hiciesen modificaciones. Uno\* de ellos, que habia venido á Madrid encargado de ausiliar confidencialmente al embajador de Inglaterra, dando cuenta á su gobierno de lo poco que adelantaba en su comision, decia espresamente con fecha de 25 de enero de 1823: »He hallado aqui á muchos de mis antiguos »amigos que ni son diputados, ni tienen destinos de »responsabilidad; todos dispuestos á convenir conmigo »acerca de las dificultades que rodean á España, y de la »necesidad de modificar la constitucion. Algunos re- »claman altamente esta medida y la intervencion de la »Gran Bretaña; pero cuando les pregunto de que modo »se puede hacer lo uno y lo otro no dan respuesta satisfactoria.» Este juicio no era de parte interesada contra el proyecto de modificaciones. Este juicio está formado despues de observar atentamente lo que pasaba en los círculos mismos donde aquel plan tenia, por decir asi, su asiento. Dígase ahora con imparcialidad si con semejante apoyo era ó no una quimera pretender que las Cortes se arrojasen á un acto de prevaricacion tan insigne y peligroso para no conseguir siquiera con el éxito alguna razon plausible que las disculpase. Resta, pues, examinar si era posible hallar fuera de su patria esa seguridad y ese apoyo que no le ofrecian dentro de ella los que aspiraban á modificar anticipadamente la constitucion.

La única potencia capaz de salir garante de lo que se estipulase con la Francia era sin duda alguna la Inglaterra; mas por desgracia su mediacion habia sido desechada en París al proponerse, quedando sus gestiones reducidas meramente á buenos oficios. A la ineficacia de estos, especialmente cuando proceden solo de ruegos

\* Lord Fitzroy Somerset. Véase su carta á Mr. Canning, fecha en Madrid á 25 de enero de 1823.



del necesitado era preciso añadir lo mucho que perdían de su valor y su influencia para con el gabinete de las Tullerías, á causa de la acrimonia con que el gobierno ingles, se habia esplicado sobre el restablecimiento de la constitucion española. Ya se ha indicado antes como se aprovecharon los ministros franceses de esta circunstancia al escluirle como mediador para hacerse ellos árbitros de las negociaciones.

La interposicion sola de buenos oficios no era suficiente para que las autoridades constitucionales hallasen el apoyo necesario en caso de acceder á lo que se exigia de ellas, vista la declaracion tan anticipada y tantas veces repetida de neutralidad que hizo el gobierno de Inglaterra. En este punto nunca hubo lugar á ilusiones. Con semejante declaracion era evidente que la Francia nada tenia que temer aun cuando se negase á cumplir lo prometido sobre su palabra. Despues de estar tan manifestó su pérfido designio toda estipulacion era inútil á no fundarse en alguna seguridad solemne y esplicita que precaviese la infraccion. Sin que una potencia amiga y poderosa saliese garante de la fiel observancia de lo que se acordase ; como las autoridades constitucionales, á no estar compuestas de insensatos, se habian de resolver á concluir tratados de la naturaleza que se proponian, fiando solo en la moralidad y buena fe de un gabinete que habia perdido para con ellas todo derecho y todo título á su confianza y respeto?

Es verdad que la mediacion de Inglaterra no llevaba consigo aquella seguridad, ó garantía, mientras el gobierno constitucional no la estipulase y obtuviese esplicitamente de aquesta potencia. Pero el recelo solo de que pudiera conseguirla algun dia, hubiera inducido á la Francia á moderar sus locas pretensiones y á no reducir al gobierno español á la dura alternativa de rendirse á



discrecion de sus enemigos, ó apelar á las armas para defenderse. Privado del apoyo de la mediacion no le quedaba otro consuelo que el ver si se suplía con la eficacia de buenos oficios; pero aun este consuelo se desvanecía con la constante repeticion de que no se esperase ninguna cooperacion ni auxilio en caso de guerra. Sin embargo habia todavía un rayo de esperanza y era este el que la Inglaterra, no delarando publicamente su neutralidad enfrenase de este modo á la Francia en sus audaces intentos.

Si es cierto que una potencia tiene derecho á permanecer neutral aun en el caso mismo de guerra entre los estados que no pudo reconciliar, tambien lo es que no está obligada á declararlo con un acto esplicito y solemne cuando en ello puede perjudicar á una de las partes con quienes desea proceder con imparcialidad. Ya que la Inglaterra, ademas de condenar abiertamente la injusticia de la Francia, no dudó espresarse en términos de la mas alta desaprobacion, no parecia necesario que se comprometiese con una declaracion pública de neutralidad, como al fin lo hizo, la cual no solo privaba al gobierno español de toda esperanza de apoyo en adelante, sino que dejaba libre á su adversario hasta del mas remoto recelo que pudiera contenerle en su injusta empresa. Bajo de este aspecto la declaracion, lejos de producir los efectos de un acto imparcial entre dos estados, ya tan desiguales en medios de ofenderse, aumentaba de tal modo la preponderancia del mas poderoso, que en realidad le aseguraba la victoria. Al contrario, dejar esta declaracion en suspenso, al paso que no comprometía á la Inglaterra á dar auxilio contra su voluntad á ninguna de las partes, no podia menos de influir poderosamente en contener la agresion de la que estaba tan resuelta á cometerla. Que la Francia consideraba esencial para sus fines esta decla-



racion es evidente por toda su conducta. Ni el ver que no insistió la Inglaterra en que se admitiese su mediacion; ni el haberse ésta explicado con toda claridad en sus comunicaciones al gobierno español; ni el calor con que los agentes ingleses en Madrid se esforzaban en promover las modificaciones, nada pudo satisfacerla en este punto; mientras todas sus dudas y vacilaciones acabaron en el momento en que la declaracion adquirió el caracter de una resolucion pública é irrevocable. La neutralidad de Inglaterra fue anunciada por los ministros en el Parlamento el 26 de marzo de 1823, y el 7 de abril inmediato el ejército frances pasó el Bidasoa.

Por esta breve indicacion es visto que ningun fundamento habia para esperar apoyo estranero, caso que la Francia se obstinase en intervenir á fuerza armada aun despues de haber consentido las Cortes en que se modificase la constitucion. Como una reforma prematura, hecha ademas por autoridad incompetente, no podia menos de hallar gran resistencia en el mismo partido liberal, era necesario precaver que el gobierno frances se aprovechase de aquella nueva division para no cumplir lo que hubiese prometido. Si las Cortes sin suficiente seguridad se hubieran arrojado á tan peligroso experimento, el fruto de su imprevision y su imprudencia, cuando menos no podia dejar de ser el desprecio que merecen los que se dejan engañar por sus enemigos.

Desde la sesion de 11 de enero las Cortes ninguna intervencion volvieron á tener en las negociaciones que quedaron pendientes; y si la Francia hubiese estado dispuesta á preferir los medios de conciliacion á la fuerza de las armas, árbitra era ciertamente de moderar sus pretensiones. Y que pruebas dió de desealarlo? Despues de multiplicados despachos, notas, conferencias, protestaciones de sinceridad y buena fe, Luis XVIII, sentado



en el trono, en presencia de las cámaras del reino, tomando al cielo por testigo de la pureza de sus intenciones, anunció al mundo que cien mil franceses mandados por un príncipe de su familia estaban prontos á marchar, invocando al Dios de San Luis para conservar el trono de España á un nieto de Enrique IV, preservar á este hermoso país de su ruina y reconciliarle con la Europa. Y afin de evitar toda ambigüedad y toda duda sobre el modo de conseguir tan piadoso designio, no se detuvo en añadir estas precisas palabras. » Que Fernando VII » sea libre de dar á sus pueblos las instituciones que solo » pueden recibir de sus manos, y que asegurando su reposo, disiparán las justas inquietudes de la Francia. Desde » este momento cesarán las hostilidades; delante de vosotros, Señores, empeño solemnemente mi palabra.»

Esta arrogante y decisiva declaracion desvaneció todas las ilusiones, deshizo hasta el encanto con que se habian dejado adormecer los crédulos y los confiados. Antes de ella pudieran alegarse razones todavia plausibles para dar crédito á promesas vanas, pero acompañadas de la pompa y aparato con que es costumbre revestir lo que se trata en juntas y conferencias diplomáticas. Mas despues de una manifestacion tan pública, tan explícita de las verdaderas intenciones de la Francia no quedaba disculpa á los que persistiesen en su alucinamiento.

El gobierno\* de Inglaterra no perdió momento en instruir á su embajador en París del juicio que formaba acerca del discurso de Luis XVIII, pues ya con fecha de 3 de febrero le decia, que » no se podia esperar que la » nacion española se sometiese á condicion semejante, y » que no habia en Inglaterra hombre de estado que la » sostuviese ó defendiese.» Poco despues el enviado †

\* Mr. Canning á Sir Charles Stuart, 3 de febrero de 1823

† Sir William A'Court á Mr. Canning, 16 febrero de 1823.



de la misma potencia en Madrid escribia á su córte:  
 » Una proposicion tan estravagante como que el Rey,  
 » restituido á su pleno y absoluto poder, conceda el mismo  
 » una carta ha aumentado singularmente las dificultades  
 » de la cuestion. El principio en que esta proposicion  
 » está fundada es evidente que jamás puede ser admitido  
 » por el gobierno ingles; y si la Francia hace de él la  
 » *sine qua non*, nuestra intervencion cae por el suelo.»

La Francia en vez de abandonar esta proposicion estravagante, este principio inadmisibile, insistió como antes en promover solo nuevas ilusiones; fomentar esperanzas vanas de modificaciones y reformas ideales. Ningun otro fruto podian dar de si conferencias privadas; esplicaciones verbales y secretas entre enviados, agentes y ministros estrangeros que á nada se obligaban ni comprometian; interpretaciones arbitrarias y confidenciales para fijar el sentido de lo que se habia anunciado publicamente y con tanta solemnidad; de lo que no podia revocarse, ó alterarse sustancialmente, atendida su naturaleza y su importancia, sin usar formalidades y promesas de no menor autenticidad y firmeza que las empleadas en la amenaza.

Comprometida ya la Francia con el discurso del trono, era inutil esperar que retrocediese sincera y solemnemente de su declaracion pública solo por buenos oficios; ni que las Córtes, sin otra seguridad y apoyo que estos, abandonasen la conducta legal y circunspecta que habian seguido hasta aqui. Si gestiones de la eficacia que pueden tener buenos oficios eran capaces de contener una intervencion armada, de tan pernicioso ejemplo para todas las naciones, la verdadera oportunidad se habia perdido en Verona. Allí se descubrieron las intenciones; allí se revelaron los designios; allí se espusieron los fundamentos y las causas de la iniquidad que se meditaba;



alli era por lo mismo donde convenia pesar todas las razones; hacer uso de todos los argumentos; desplegar toda la firmeza y vigor con que convenia desconcertar la trama mas pérfida y atroz que manchó jamas los anales diplomáticos de ninguna época. No ya interesado, de una parte, el orgullo de la liga agresora en salir triunfante con su empresa, y de la otra ofendida la dignidad de una nacion independiente; vulnerado el decoro y pundonor de las autoridades públicas que la administraban y regian; ultrajado, enfin, y vilipendiado cuanto puede ser entre hombres generosos maspreciado y mas digno de respeto.

Desvanecida, enfin, con la sentencia pronunciada en París, toda esperanza de evitar la guerra á no rendirse á discrecion del enemigo, las Córtes no vacilaron en resolver que el gobierno se trasladase á donde mejor pudiese evitar una sorpresa, mientras se preparaba á resistir con vigor la agresion de que se veia amenazado. No bien habian tomado las Córtes este acuerdo y cerrado sus sesiones, que eran entonces extraordinarias, quando fueron separados todos los ministros. Nadie podia disputar el ejercicio de esta prerrogativa, pero nadie tampoco debia estrañar que el uso de ella en circunstancias tan críticas se estrellase como sucedió en la imprudencia, ó malignidad de los que dieron el consejo. El ministerio, al cesar las Córtes, no solo tenia mayoría en ellas sino unanimidad de opinion respecto del mas grave y mas urgente negocio que á la sazón las ocupaba. Disolverle inopinadamente, sin atender siquiera al juicio y deliberacion de aquella asamblea contrariaba demasiado la índole y carácter del gobierno representativo, para no ver que se aspiraba á desconcertar de este modo una traslacion que se habia considerado esencial á todo plan de defensa que se adoptase. Asi fue que una resolucion tomada tan



precipitadamente contra los ministros fue abandonada á las primeras demostraciones de disgusto en el público, cuando, ó debieron preverse para contenerlas y reprimirlas, ó no haberlas provocado con tan inesplicable ligereza.

Porque hubiese personas empeñadas en transigir con la Francia, admitiendo condiciones ideales y fantásticas como las que se proponían, no por eso se vencían las dificultades que quedan espuestas, presentándose ahora una nueva *Camarilla* en abierta oposicion con lo que acababan de resolver las Córtes. Aun dado caso que la traslacion acordada fuese un desacierto, éste ya no se corregía con cometer otro mayor. Suponiendo como se dijo entonces, que se intentaba preparar un plan de modificaciones, ¿quien que estubiese en su sano juicio podia no prever el éxito que tendria la deliberacion si se habia de someter á la aprobacion de las Córtes que entonces existian? Los secuaces de semejante proyecto, cualquiera que fuese su número y calidad no podían, á no estar ilusos, aspirar á mayoría en ellas despues de la declaracion de Luis XVIII, y aunque la obtuviesen, contener por medios parlamentarios los designios tan premeditados de aquel príncipe.

En la situacion á que habian llegado las cosas, á la penetracion de los disidentes tocaba discernir lo que aventuraban con promover en momentos tan críticos un cisma en el partido liberal á que pertenecían. Este, aunque triunfase haciendo respetar la independendencia de la nacion, no cerraba ni podia cerrar la puerta á modificaciones sensatas y bien meditadas en las instituciones que defendia. Su fin era solo escluir la odiosa intervencion de los estrangeros, para que se hiciesen por la voluntad y consejo propio, y se adoptasen sin humillacion y sin violencia. La constitucion por lo que ella misma declaraba;



por los principios y doctrinas que le servian de fundamento; por su índole y su espíritu, y por la proteccion que concedia á la libre discusion de materias políticas, promovia directamente su propia reforma. Bajo de su imperio la opinion pública no podia conservarse inalterable; permanecer en reposo, ni dejar de recomendar eficazmente hasta las mismas modificaciones á que aspiraban los que la censuraban y detraian si lograban demostrar la utilidad y conveniencia de abrazarlas. Empero, si en lugar de conducta tan prudente se obstinaban en que se hiciesen reformas, que mal podian tener séquito, siendo desconocidas en su naturaleza y estension, forzosamente habian de aumentar las dificultades con que luchaba su patria, disminuyendo la union y coherencia de los que presumian de afectos al gobierno representativo, sin otro fruto que servir de instrumento á la liga estrangera en su pérfido designio de soplar la discordia para entregarlos despues á la furia y desprecio de sus crueles enemigos, no menos irreconciliables con la constitucion modificada que sin modificaciones. Entre los dos estrechos no era posible vacilar un momento á no tener perturbado el juicio por pasiones y resentimientos que jamas justificarán la venganza á espensas de la causa pública.

Abiertas nuevamente el 1 de marzo las sesiones ordinarias, las Córtes insistieron en que ya no se dilatase mas tiempo el señalar parage y dia para hacer la traslacion acordada. Apesar de los ardides y artificios que se emplearon para frustrar tan prudente resolucion al fin se escogió á Sevilla, pero solo como punto provisional y de mero descanso, mientras los trances de la guerra no obligasen á buscar en Cádiz un asilo que no podia ofrecer aquella ciudad abierta y sin defensas militares. Respecto al momento de partir se prorogó varios dias mas en consideracion á la comodidad del Rey y conveniencia de su



servidumbre. A tan cruel y dura estremidad redujo á las Córtes la declaracion de Luis XVIII; de un Príncipe anciano y hasta ahora venerable por sus anteriores infortunios, mas de aqui adelante cargado con la tremenda responsabilidad de un crimen premeditado y atroz, apenas creible despues de la esperiencia y los desengaños que parece debia haber adquirido en su larga carrera de adversidad.

Las Córtes despues de las sesiones de 9 y 11 de enero no tardaron en conocer los efectos de la noble confianza con que apelaron á la nacion, al ver las demostraciones de todo género con que ésta se apresuró á manifestar sus generosos sentimientos. De todas partes se les dirigieron felicitaciones, promesas y ofrecimientos sin número; y en vano se intentó despues obscurecer la notoriedad de estos hechos, negándolos ó atribuyéndolos al influjo de maquinaciones secretas. Es necesario desconocer totalmente lo que pasa en los países libres para pretender que tantas y tan diferentes personas como entonces firmaron representaciones congratulatorias á las Córtes, así en la capital como en las provincias no tuviesen otro estímulo que aquella imaginada influencia. En todos ellos, sin exceptuar los mas prácticos y experimentados en el uso y ejercicio de la libertad, semejantes demostraciones se solicitan con mucho mas ardor, se promueven con mayor empeño y diligencia que pudo haberse empleado en aquella época en España, sin que por eso dejen de considerarse tan sinceras como espontáneas. Los que expresaron entonces su opinion y sus sentimientos no eran ciertamente del número de aquellos en que puede recaer la nota de seducidos ó débiles sin que del mismo modo sea aplicable á iguales actos en otras circunstancias. Si las felicitaciones á las Córtes en 1823, no sirven de criterio para conocer la opinion contemporánea, y ni aun la



de los mismos que las autorizaron con su propia firma ¿en que vienen á parar las de época posterior, de que se hizo y continua haciendo tanto alarde creyendo destruir el efecto y hasta la memoria de las que las precedieron? A estas pruebas la nacion uni6 otras que no estan sugetas á falsas interpretaciones, y con las cuales demostr6 cuan resuelta estaba á defender su independencia y libertad aun á costa de los mayores sacrificios.

El reemplazo del egército se hizo con toda facilidad y presteza hasta en distritos inmediatos á bandas de insurgentes. La numerosa y esforzada juventud de todas clases que formaba en el reino la milicia constitucional corri6 presurosa sin esceptuar un solo punto, á reunirse á las tropas de línea y participar con ellas de las fatigas y peligros de la guerra. Las diputaciones provinciales con la mas noble emulacion se esmeraron en cumplir dentro del plazo señalado, y no pocas antes de él, las importantes y árduas comisiones que se pusieron á su cuidado. Finalmente, innumerables familias en todas partes, independientes y libres, porque ningun cargo de administracion pública tenian que las estimulase, ú obligase á emigrar, abandonando voluntariamente la comodidad y regalo doméstico se resolvieron á seguir, y de hecho muchas siguieron al gobierno para ayudarle si fuese necesario, y dar por su parte ejemplo de union y patriotismo.

Del mismo modo se nombraron con toda imparcialidad para mandar los egércitos y plazas generales y gefes acreditados por sus servicios anteriores con la noble confianza de que sacrificarian generosamente quejas y resentimientos personales si los tuviesen, que jamas pueden satisfacerse con honor, y menos con utilidad pública á espensas de la mas sagrada de todas las obligaciones. Todos ellos admitieron libremente sus cargos cuando no podian ignorar á que se comprometian. La resolucion del go-



bierno y de las Cortes era conocida. Pelear ó someterse á la dura ley que dictase el enemigo, tal era ya la cruel alternativa que habia dejado la inexorable arrogancia con que éste propuso sus condiciones.

Con estos medios y otros que el tiempo y las circunstancias no podian menos de proporcionar; con la justicia de tan noble causa; con la perseverancia, enfin, con que merecia sostenerse la empresa mas ilustre y mas esclarecida que puede encender en pechos generosos amor á la verdadera gloria el triunfo, aunque difícil y costoso, estaba muy lejos de ser inasequible. Si es cierto que la nacion no se hallaba tan unánime como en la guerra de la independencia; si en vez del poderoso cooperador que entonces era su aliado tenia ahora un tibio amigo y desafecto intercesor, tambien lo es, que la disidencia actual proporcionalmente y bajo muchos aspectos no era mayor ni mas temible que la que amenazó en diferentes periodos de aquella época la concordia nacional; como tambien lo es que cien mil hombres que en el día la invadian á las órdenes del Duque de Angulema ni por su número, ni por su calidad, ni por su disciplina, ni por su entusiasmo militar podian compararse con los formidables egércitos que la acometieron en 1808, mandados en persona por Napoleon Bonaparte, embriagados de gloria, de triunfos y conquistas; para no hablar aqui de las ventajas estrategicas conseguidas fraudulentamente por sus generales en las principales provincias antes de empezar aquella lucha, de que eran dueños ahora los gefes constitucionales. Ademas, la resistencia entonces no podia terminar sino con la subyugacion de toda la península como en la irrupcion de los árabes; ó venciendo á aquel guerrero empeñado ya en salir triunfante con una empresa en que le iba no solo la reputacion de invencible sino la seguridad de su mismo imperio. Mientras ahora solo se aspiraba á



contener y volver en su acuerdo á un rey anciano y valedunario encaprichado en que se restableciesen en España los intereses de la Compañía de Jesus y los bellos tiempos del Santo oficio de la Inquisicion.

Asi es que aunque el egército frances pasó el Bidasoa el 7 de abril; aunque los generales Españoles que tenían mayores y mas eficaces medios de defensa, ninguna resistencia le opusieron para detenerle siquiera en su marcha sino capitulaciones desconocidas en las leyes militares, reprobadas por el derecho público de los pueblos cultos, como hechas sin autorizacion competente, y destituidas hasta del apoyo que la fidelidad y el valor dan al vencido para ser respetado en su desgracia; y en fin, aunque tan funestas deserciones causaron la mas espantosa desorganizacion en todos los ramos del servicio público, todavia el gobierno constitucional no dejó de existir hasta 1 de octubre del mismo año; y todavia despues de disuelto en Cádiz se consiguieron triunfos á su nombre por el denuedo, la lealtad y el patriotismo que le sobrevivieron en muchas partes. Dejando aqui tan triste y dolorosa digresion es necesario volver atrás en busca de hechos importantes.

Las Córtes continuaron sus sesiones en Sevilla entre las contrariedades y amarguras que su mala estrella quiso derramar sobre ellas con tan pródiga mano, bastantes á quebrantar la fortaleza del senado mas firme y mas constante, sin añadir tambien el abandono de los que defendian, no ciertamente la causa personal de los diputados, sino de una patria inocente á que unos y otros pertenecian. El primero á sonar la trompeta de la desercion fue el gefe del egército que cubria á Madrid, y ocupaba el centro de la línea de defensa. Aunque desamparado por todos sus oficiales y soldados la tentativa no por eso dejó de acarrear consecuencias calamitosas. Tan fatal disidencia



hirió mortalmente la confianza pública, introduciendo por todas partes la irritacion y la discordia. El enemigo, aprovechándose de tan funesto incidente pudo penetrar en Andalucía mucho antes y con mayor facilidad que sin él lo hubiera conseguido. Amenazada con sus rápidas marchas la residencia del gobierno no habia momento que perder para ponerse á cubierto de un golpe de mano. Penetradas las Cortes de la urgencia que las estrechaba quisieron oir á los ministros antes de tomar ninguna resolucion.

En la mañana del 11 de junio el secretario interino del despacho de la gobernación de la península espuso en sesion pública lo siguiente. „Que previendo el go-  
 „bierno que los franceses, tarde ó temprano podian,  
 „aunque contra toda regla militar, invadir la Andalucía,  
 „habia reunido una junta de generales y otras personas  
 „de la mayor confianza, y afin de explorar su opinion les  
 „habia propuesto dos cuestiones, á saber: si en todo el  
 „mes de junio intentasen los franceses invadir la Anda-  
 „lucía, atendido el número y posicion de nuestras fuerzas  
 „¿habria probabilidad de impedir la invasion? Y si no  
 „hubiese esta probabilidad ¿á que punto deberian tras-  
 „ladarse las Cortes y el gobierno? Que estas dos cues-  
 „tiones se habian discutido en junta presidida por el  
 „mismo ministerio, y que al paso que todos los votos  
 „estuvieron conformes en la negativa con respecto á la  
 „primera cuestion, lo estuvieron tambien con respecto á  
 „la segunda, conviniendo en que el único punto de  
 „seguridad era la isla Gaditana. Repitiéronse los avisos,  
 „unos confidentiales, otros vagos de los movimientos de  
 „los franceses; y deseando el gobierno proceder en este  
 „asunto con la madurez correspondiente, propuso por  
 „escrito las mismas cuestiones á la referida junta, la cual  
 „contestó en los términos que lo habia hecho verbal-



„mente. Con las noticias de ayer se dió cuenta de todo  
 „á S. M.; y el Rey, conformándose con el dictamen del  
 „ministerio y arreglándose á lo prevenido en la constitu-  
 „cion, mandó se consultase al consejo de estado, el cual  
 „se reunió inmediatamente: estuvieron en él los secre-  
 „tarios del despacho hasta las once de la noche, y  
 „creyendo el consejo que era imposible dar en el acto su  
 „parecer, lo suspendió hasta el dia siguiente, ofreciendo  
 „que se declararia en sesion permanente hasta evacuar la  
 „consulta. Esta se recibió anoche, y en efecto el con-  
 „sejo convenia con el dictamen de la junta de generales,  
 „apoyando la absoluta necesidad de trasladarse las Córtes  
 „y el gobierno, variando solamente en cuanto al punto  
 „de traslacion, que creia deber ser á Algeciras. Inme-  
 „diatamente el ministerio informó á S. M. del resultado  
 „y en este momento no puedo decir otra cosa sino que  
 „S. M. hasta el instante de nuestra salida no ha llegado  
 „á resolver definitivamente. De todos modos puedo  
 „asegurar á las Córtes que el ministerio, en lo que cabe  
 „en su posibilidad, ha hecho y hará cuanto debe\*.”

En virtud de esta manifestacion, las Córtes acordaron  
 enviar á S. M. un mensaje por una diputacion de su seno,  
 afin de que ordenase la salida de Sevilla para no caer en  
 manos de los enemigos de la nacion y su real persona.  
 Señalada por el Rey la hora en que recibiria la diputacion  
 pasó ésta á palacio, y habiendo vuelto de su comision al  
 cabo de media hora su presidente dijo: „La diputacion  
 „se ha presentado á S. M. y le ha hecho presente que  
 „las Córtes quedaban en sesion permanente, y habian  
 „determinado trasladarse de hoy á mañana segun las  
 „noticias que habia, y segun el estado de las cosas, pues  
 „si los enemigos hacian algunas marchas forzadas no  
 „darian lugar á la traslacion; y que por lo tanto convenia

\* Sesion pública del dia 11 de junio de 1823.



» la salida de su real persona y familia y de las Cortes á  
 » á la isla Gaditana. Suplicó asimismo á S. M. que tubiera  
 » la misma bondad que en Madrid cuando determinó  
 » trasladarse á Sevilla. S. M. contestó que su conciencia y  
 » el efecto que profesaba á sus súbditos no le permitian  
 » salir de aquí: que como particular no tendria inconveniente en hacer este y cualquiera otro sacrificio; pero  
 » que como Rey no se lo permitia su conciencia. Repuse  
 » á S. M. que su conciencia estaba salva, pues aunque  
 » como hombre podia errar, como monarca constitucional  
 » no tenia responsabilidad alguna, ni otra conciencia que  
 » la de sus consejeros constitucionales y de los representantes de la nacion, sobre quien estribaba la salvacion  
 » de la patria. Y le añadí que S. M. podia oir, si gustaba á cualquiera de los demas individuos de la diputacion que me acompañaban, y quisiera esforzar las reflexiones que acababa de poner en su consideracion.  
 » S. M. contestó, '*He dicho.*' La diputacion, pues, ha cumplido con su encargo, y hace presente á las Cortes que  
 » S. M. no tiene por conveniente la traslacion\*.,»

Cerradas de este modo, tan inesperado y decisivo las puertas á la súplica, á la persuasion y á la esperanza; cumplidos los preceptos y formalidades de la ley; observadas las reglas y hasta las indicaciones de la prevision y la prudencia; agotados, enfin, cuantos medios pudieron sugerir la lealtad y el respeto, era evidente que el Rey con su resolucion y su respuesta se habia imposibilitado asimismo de egercer su autoridad. Las Cortes en tal conflicto, penetradas íntimamente de que el peligro no daba treguas para perder un solo instante, oprimidas de amargura y dolor, se hallaron en la dura y cruel necesidad de declarar: que » En vista de la negativa de S. M. á  
 » poner en salvo su real persona y familia de la invasion

\* Véase la misma sesion de 11 de junio.



» enemiga , era llegado el caso de considerar á S. M. en el  
 » del impedimento moral señalado en el artículo 187 de  
 » la constitucion , y que se nombrase una regencia provi-  
 » sional que para solo el caso de la traslacion reuniese las  
 » facultades del poder ejecutivo\*.»

Considerados estos hechos , cuya autenticidad todo el poder humano no es capaz de destruir ni obscurecer , la posteridad juzgará si se dejó ó no á las Córtes otro camino de salvacion que el que tomaron. Cualquiera que fuese el consejo fatal que se interpuso ; cualquiera el origen que tuviese la negativa del Rey á salir de Sevilla , era evidente que la noble confianza con que las Córtes condescendieron que se hiciese alto en esta ciudad se iba á convertir ahora en ardid y traza para entregarlas á la furia sanguinaria de sus atroces enemigos. Este designio no podia menos de provocar un acto de justicia y de vigor que precaviese el atentado que se meditaba contra ellas y contra la nacion á quien representaban. Escudriñese en la historia de todos los países por si se halla ejemplo igual , porque mayor no le puede haber , en que un congreso numeroso ya conmovido hasta la exaltacion con los sucesos anteriores , al ver que se le condenaba á una suerte trágica y afrentosa todavia buscase los medios de evitar una catástrofe que irremisiblemente hubiera envuelto y alcanzado á todos , no en los impulsos de la desesperacion y de la cólera , sino en las providencias mas legales y ordenadas á que era dado apelar entre tanta tribulacion y peligro. Este ejemplo no será perdido para la generacion venidera , que hallará en él una leccion saludable en que aprender , y un escarmiento de grande utilidad si quisiere aprovecharle.

El obgeto de este escrito no permite continuar con lo ocurrido de aqui adelante. Los sucesos son demasiado

\* Véase la misma sesion de 11 de junio.



dolorosos para renovar con su triste relacion las profundas heridas que el tiempo, que todo lo acaba, parece haber empezado á cicatrizar de alguna manera. Se añadirá únicamente para concluir el último acto con que las Cortes cerraron en Cádiz sus sesiones.

En esta ilustre y benemerita cuna de la libertad constitucional, las Cortes, despues de haberse visto abandonadas de las principales fuerzas que podian contener al enemigo; convencidas de que tan infausta desercion iba á traher todo el peso de la guerra y de las desgracias sobre los esforzados y leales cuerpos que defendian el estenso recinto de la isla Gaditana, sobre su patriótico vecindario y sobre las generosas y valientes tropas que se conservaban fieles á su patria en puntos y provincias diferentes, pero sin apoyo en los egércitos que habian capitulado con el invasor, entonces se consideraron obligadas á ceder al rigor de la fortuna; entonces resignadas á su suerte, y buscando proteccion dentro de su propia conciencia, dejaron á la integridad y patriotismo de los funcionarios que á la sazón administraban el gobierno el que consultasen á la situacion en que éste pudiera hallarse, y entonces finalmente fue cuando acordaron poner término á su carrera declarando: "Que solamente en el caso de verse obligado "por la fuerza y por la imperiosa ley de la necesidad el "gobierno obre segun lo exijan las circunstancias; procurando salvar el honor de la nacion y sus derechos: "protestando desde luego las Cortes contra todo cuanto "se haga en virtud de esta fuerza y necesidad en perjuicio de estos mismos derechos\*."

Estos hechos, entre muchos otros no menos importantes para la historia de la época, son los que mas directamente se refieren á la horrenda trama urdida en Europa por espacio de tres años para privar de independencía y

\* Véase el acta de la sesion de 27 de setiembre de 1823.



libertad á una nacion ilustre que las habia conquistado con su sangre y heroismo; á una nacion que habiéndose-las arrebatado la ingratitud y la perfidia por sorpresa y engaño las volvió á restablecer espontáneamente y con sus propios esfuerzos, observando, en medio de grandes contrariedades y provocaciones, tanta circunspeccion y prudencia que á ningun otro país dió motivo para quejarse de ofensas ni agravios; á una nacion, enfin, pacífica y nada peligrosa por su misma situacion geográfica, y por tanto sacrificada con toda premeditacion al triunfo de una loca teoría, con la cual, bajo pretesto de contener revoluciones se aspira á someter al dominio de las armas el imperio de la razon y del entendimiento.

Estos hechos son los que deben ser examinados detenidamente y con imparcialidad para formar juicio de la conducta de las Córtes desde el dia 9 de enero de 1823 hasta el 11 de junio del mismo año, en que se vieron obligadas á sostener por su parte la independencian y libertad de la nacion, como habian prometido solemnemente, nombrando una Regencia para el solo acto de la traslacion á Cádiz por haberse negado absolutamente el Rey á dar las órdenes necesarias para ejecutarla, y no la sentencia y fallo de tristes cinco oidores de la sala criminal de una Audiencia de provincia. Estos jueces, cuando no fueran incompetentes para residenciar al cuerpo representativo de la nacion como meros delegados del Rey que en ninguna época de la monarquía tuvo por las leyes semejante autoridad ni poder; carecian de las circunstancias mas esenciales al ejercicio de tan alto ministerio. Entre ellas independencian y libertad no podian hallarse en cinco magistrados amovibles, *ad nutum*, sin ninguna responsabilidad á la nacion oprimida por un ejército extranjero; prevenidos en su opinion por el decreto arbitrario de una autoridad intrusa y usurpadora como la vil Regencia de



Madrid cuando declaró sin pruebas ni formalidad alguna lo que solo podia resultar del criterio judicial en la solemnidad de un proceso. Estos jueces, ademas, avezados toda su vida á inquirir hechos atroces y alevosos de malhechores y asesinos; desenmarañar ardides, trampas y enredos de ladrones, pícaros y gente perdida, eran poco apropiado para entrar exentos de pasion en el exámen de uno de aquellos grandes sucesos en que hierve la historia legal y política de la nacion española, pero entre los cuales no se hallará uno solo en que la urgencia fuese circunstancia tan predominante, y en que se hubiese procedido con tan evidente necesidad y tan legítima autorizacion como en el caso de las Córtes en Sevilla.

Cuanto mas se pretendiese agravar aquel acto, tanto mas importaba no abrumar con su peso y su responsabilidad á cinco alcaldes criminales, confusos y perdidos en el laberinto de nociones forenses y doctrinas de curia á que se les hubiera querido sujetar en la substanciacion de un proceso de orden muy superior á los que se pueden instruir conforme á principios de derecho privado; proceso que forzosamente habia de abrazar en todas sus relaciones una resolucion que no siendo efecto sin causa, no podia separarse de la complicada série de sucesos y ocurrencias de que trahia origen. Si el entregar las Córtes á tan estraña residencia se hacia para envilecer y degradar la augusta institucion, el intento no puede menos de quedar frustrado. El atentado contra las Córtes extraordinarias y las primeras constitucionales en 1814 no pudo impedir que se restableciesen seis años despues. La violencia no aniquila los derechos de las naciones. Si les interrumpe el egercicio, tambien hace que sean mas precavidas, y les inspira mas constancia y teson para defenderlas.

Al concluir esta triste y lamentable reseña, forzoso es



llamar la atencion de los hombres generosos y amantes verdaderos de su patria ácia dos graves consideraciones. La primera es: que si la nacion, para prosperar y florecer aspira sinceramente á ser libre, es necesario que ponga término al escándalo de ver á las Córtes que la representan perseguidas hoy y atropelladas otro dia. La impunidad de semejantes atentados no se justifica con acepcion de personas. Tan funesto error estaba ya demostrado con las proscripciones ocurridas en el siglo XVI, que acarrearón á la nacion tres siglos de dura servidumbre. Para esterminar á los Procuradores que mas se distinguieron en defender la libertad en las Córtes de Valladolid de 1518, y de la Coruña en 1520, no hubo que echarles en cara estraccion plebea, siendo de las familias mas ilustres de Leon y de Castilla, no obstante que como diputados pertenecian al brazo popular reconocido por la ley y la costumbre de su tiempo. Su integridad, su firmeza y su acendrado patriotismo fueron despues de vencidos los enormes delitos que se les atribuyeron. Reproducido dos veces este ejemplo en la era presente, quien sabe, quizá no será fácil hallar á cada paso personas dispuestas á arrostrar patibulos, espatriaciones y pobreza en premio y galardón de defender los derechos de su patria.

La otra consideracion, aunque de naturaleza diferente, no por eso es de menos importancia. Si la nacion pretende en realidad ser independiente y conciliarse el respeto de otros estados, es indispensable que abandone la política que la perdió en 1823. La que adopte en adelante debe ser, ilustrada sí, pero nacional. Para ello no es preciso ofender á nadie; causar celos; promover rivalidades; mezclarse en los negocios interiores de los demas países, como cuando dominaba en Flandes, en Italia y en el Nuevo Mundo. Mas si para hechar los fundamentos del gobierno; si para establecer los principios de ad-



ministracion con que debe desarraigar tantos y tan perniciosos errores; corregir abusos tan envejecidos ha de consultar primero que puede estrechar y fortalecer todavia mas el pacto de familia; que no alarmar en San Petersburgo; que ser agradable al gabinete de Berlin; que merecer la aprobacion de la córte de Viena, entonces es mejor que se resigne para siempre y se entregue sin reserva á la clandestina direccion de camarillas, y al genio teocrático de juntas apostólicas.

---





18



